

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

168

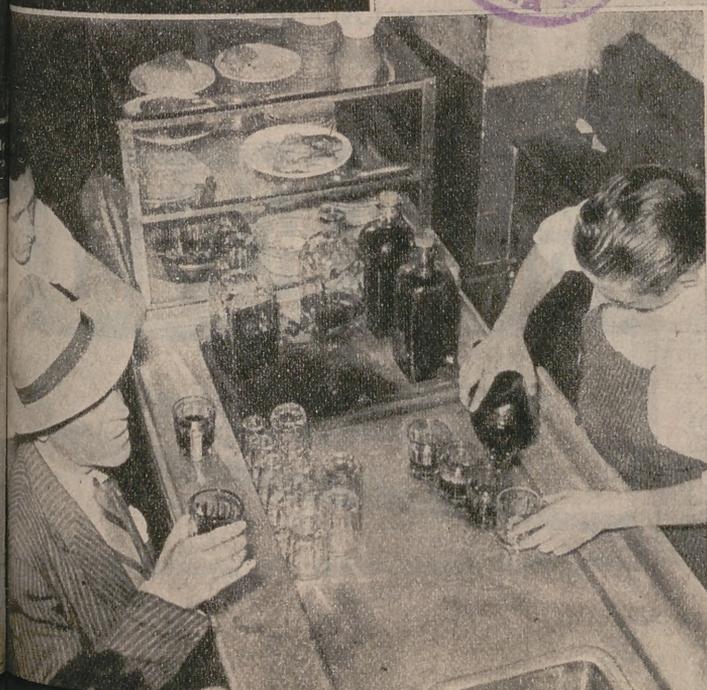
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 28 noviembre - 4 diciembre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 31

¿DEBE USTED VINO

SOLO SE ALCOHOLIZA QUIEN NO SABE BEBER

ESPAÑA, BODEGA DEL MUNDO: 40 MILLONES DE LITROS REPARTIDOS EN LOS 5 CONTINENTES



Carney, el hombre que manda los barcos del Tío Sam

Reportaje biográfico, por M. Blanco Tobío (página 51)

Carta del director a don Juan Alvarez Mendizbal (pág. 8) ● El Observatorio del Ebro, por nuestro enviado especial F. Costa Torró (página 11) ● Entrevista con el nuevo embajador inglés en Madrid (pág. 15) ● La nueva Casa de Caridad de Barcelona, por Joaquín M. de Nadal (pág. 19) ● La conversión de Bergea, por Domínguez Berrueta (pág. 23) ● Churchill en los dos pies en el estribo, por Jesús Pardo de Londres (pág. 25) ● San Agustín, por Lorenz Ribet (pág. 29) ● Egipto: Treinta minutos históricos, por Fernando P. de Camba, desde el Cairo (pág. 32) ● Entrevista con Antonio F. Bert (pág. 43) ● El libro que es menester leer «El pueblo de Benito», por Vittore Querel (página 46) ● El viaje de Ruiz-Giménez por Hispanoamérica (pág. 53) ● V Congreso Nacional de Música Sagrada (pág. 57)

MEJILLAS ENCENDIDAS

Novela

Por Vicente Risco (pág. 38)



LA MASCARA DEL Otoño

La Naturaleza parece sonreír como una Primavera. Todo es plácido y alegre a nuestro alrededor. Pero el buen tiempo es sólo por fuera. El otoño se pone la máscara primaveral para sorprendernos confiados. Adelantémonos a sus designios, aumentando la resistencia orgánica.

INDICACIONES DE LA "SAL DE FRUTA" ENO

MALESTAR GENERAL
DESARREGLOS DIGESTIVOS
INSUFICIENCIA HEPÁTICA
ESTREÑIMIENTO
ARTRITISMO
INAPETENCIA
INSOMNIO - JAQUECAS
DESGANA - IMPUREZAS

"Sal de Fruta" ENO colaborará en la defensa, regulando nuestra fisiología, entonando los nervios y adaptando el cuerpo a los cambios climatológicos de la estación.



C. S. 14112

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST

LIMPIA EL ORGANISMO
POR DENTRO

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

BEBA USTED VINO



**SOLO SE ALCOHOLIZA
QUIEN NO SABE BEBER**

**ESPAÑA, BODEGA DEL MUNDO:
40 MILLONES DE LITROS
REPARTIDOS POR LOS 5 CONTINENTES**



UN mostrador largo y curvado. Sobre él—vacíos, llenos o a medio consumir—vasos con vino oscuro, con vino claro, con cerveza o, a lo más, copas achata-das con anís o coñac. En la puerta, un nombre: Triana. Y en la esencia, como flotando, un sustantivo: taberna.

De entre el murmullo de la clientela surgen en la voz, unas palabras típicas y clásicas:

—¡Un chato de blanco para el señor Trujillo! ¡De parte de don Manuel!

Y el señor Trujillo, que está con un grupo de amigos, alza el vaso recién llegado, y bebiéndolo de un trago, dice, con una elegancia simple, lo ritual:

—Gracias...

Pero en el grupo la conversación no ha sido cortada por la invitación del amigo. En el grupo se habla:

—¿Sabéis que en Francia andan asustados con lo del vino?

—¡Bueno! Esos se asustan con facilidad... ¿Qué les pasa ahora?

—Pues que hay tal cantidad de borrachos, alcohólicos y cascs de muerte producidas por el alcohol, que el asunto se ha convertido en una preocupación nacional.

Un cliente, antiguo y conocido de la casa, que se acercaba a dejar su vaso en el mostrador, lanzó una opinión rotunda:

—Es que el vino de Francia no es tan bueno como el nuestro. Y claro, les hace daño.

Hubo unanimidad.

De estas dos frases escuetas

surgió la discusión. ¿Es bueno beber vino? ¿Es malo beber vino? ¿Se debe beber vino? ¿No se debe beber vino? ¿Hay que beber más vino? ¿No hay que beber tanto vino?

PRISA POR MORIR

En Francia hay más alcoholismo en el campo que en las ciudades. Porque, merced a un privilegio que data del año 1875, se autoriza a los agricultores la destilación de diez litros de alcohol puro sin tener que pagar nada al Estado. En 1918 el número de estos destiladores privados y particulares —«bouilleurs de cru»— era de un millón cien mil; en 1953, el censo de estos mínimos fabricantes se ha elevado a tres millones y medio. De los ochenta mil hectolitros primitivos de aguardiente rural se ha pasado a cuatrocientos mil. El campo francés se ha alcoholizado bebiendo, no los buenos vinos de sus cepas ni los coñacs de larga historia, sino tomando aquellos aguardientes caseros que ellos mismos hacen, sin control alguno. Contra la expansión de estos fabricantes singulares se han alzado voces en Francia. El resultado de aquélla, a lo que parece, es funesto.

Francia es el país que más bebe de Europa, aunque no bien, según todos los indicios. Su «sed» intemperante encauzada, en su mayor parte, al consumo de mezclas alcohólicas y no al de

vinos puros, produce unos trastornos fisiológicos verdaderamente espeluznantes. En 1946, las muertes por cirrosis hepáticas —enfermedad producida principalmente por efecto del alcohol tomado indebidamente— alcanzaban a dos mil quinientos hombres y mil cien mujeres. En 1953 los hombres fallecidos son siete mil cien y las mujeres, cuatro mil quinientas. Los casos de muerte por delirium tremens en los hombres pasan en los mismos años, de cuatrocientos noventa a dos mil novecientos, y en las mujeres, de cincuenta a mil, respectivamente. El máximo de casos de delirium tremens corresponde al departamento del Loira inferior, y se debe al consumo de vinos obtenidos de la «noah», cepa prohibida, que produce unos caldos terriblemente dañinos para el organismo. Y el máximo de cirrosis hepáticas corresponde exactamente a las regiones del Oeste, precisamente donde el número de «bouilleurs de cru» es mayor, de tal forma, que el alcoholismo está determinado en ambos casos, no por el consumo de vino en las comidas o como aperitivo—vino puro y bueno—, sino por productos alcohólicos totalmente nocivos y perjudicialísimos.

Por ello, cuando el visitante extranjero marcha por la rue de la Paix o pasea debajo del Arco del Triunfo, o camina metafísico por las avenidas de los Campos Eliseos y ve discurrir junto a sí la enorme riada humana de la capital francesa —trasládese la imagen debidamente proporcio-

nada a todos y cada una de las ciudades, de los pueblos o de las aldeas de Francia— puede estar seguro de que, por término medio, uno de cada veinticinco franceses está alcoholizado. Y alcoholizado no por beber simplemente vino, sino por el abuso de bebidas antinaturales.

La mujer francesa, en proporción, ha aumentado, más que el mismo hombre su grado de alcoholización. Dentro de las familias campesinas bebe su aguardiente y su «noah» igual que los hombres. Y ya en las ciudades, el modernismo de la mujer—un modernismo entendido bajo la influencia de una publicidad comercial—la lleva a tomar su aperitivo antes de comer: su cocktail reglamentario. Eso, cuando no hay por en medio, una amistad que pague la segunda ronda. Después de comer, justamente, dos copas de licor: anís de la última marca radiada y coñac—aquí hay una cierta concesión a la calidad—con un terrón de azúcar—con lo cual la concesión desapareció como por alquimia—. A la media tarde, preudiando la merienda, otro cocktail—o hasta tres, que todo se acepta—y por la cena, lo mismo que al mediodía, tal vez por no variar la costumbre.

Ya en otras épocas el Estado francés hizo propaganda contra los excesos de la bebida. Y en un cartel, que invitaba a la elección adecuada de bebidas, puso su «slogan»: «El alcohol es un veneno lento». Un borracho escribió debajo la respuesta: «No tenemos prisa». Pero, desgraciadamente, ya hay prisa en Francia. Prisa por morir. El alcohol es el verdugo. Pero no el alcohol del vino, porque el vino, como vamos a ver, no tiene la culpa.

VINO PURO PARA EL BUEN BEBEDOR

Comer bien y beber mejor es doblemente un arte y una ciencia. El arte está en las manos que guisan lo convenido; la ciencia está en saber elegir bien, elegir con gusto y con sanitaria conveniencia, los alimentos que van a integrar el conjunto de la comida y de la bebida. Y en esta ciencia particularísima, en esta ciencia que tiene algo de laboratorio, mucho de experiencia y un bastante de exquisitez individual, está el médico. El médico es, en definitiva, la autoridad

suprema, la persona que nos ha de decir cuál es lo bueno y lo malo, el árbitro que puede señalar lo conveniente y lo nocivo.

El doctor Blanco Soler, delante de nosotros, con un ejemplar de sus ensayos sobre la vejez, abierto ante él, habla del vino:

—Hay que hablar bien del vino. Se puede hablar mal del vino únicamente cuando éste se toma con exceso. El vino no hace daño, en manera alguna, tomado a dosis convenientes. Cien o doscientos gramos de vino bueno en cada comida no son nunca perjudiciales, salvo que el sujeto deba seguir un régimen de abstinencia por padecer alguna enfermedad. Además, las características del vino deben de ir acordes con las de la persona. Por ejemplo, aquellos que padecen colitis deben de abstenerse de tomar vinos blancos. En general, es mejor el vino tinto, pues es tónico, estimulante.

Pudiera creerse que los años, en las personas, debilitan los estómagos, y que pasados los cuarenta, los cincuenta o los sesenta, debe volverse la espalda al vino. El doctor Blanco Soler habla de los viejos, más concretamente, de «sus viejos»:

—La leche de los viejos es el vino. Al viejo sano, sin alteraciones en el aparato digestivo, el vino le sienta bien y obra en él como un estimulante perfecto. Y, además, en otro aspecto, ayuda a los estómagos faltos de acidez. En general, es recomendable tomar vino en las comidas, puesto que de esta manera se estimulan los fermentos del aparato digestivo.

Un capítulo también importante es la clasificación de los vinos conforme a las comidas. Este capítulo es ya conocido por los buenos bebedores. Y el doctor confirma el conocimiento.

—Para las grasas y los asados, vinos tintos; para las albúminas y los pescados, vinos blancos.

La gran mixtificación de la bebida ha sido la aparición de combinaciones o mezclas de licores y vinos. En este aspecto el doctor Blanco Soler es rotundo:

—No se puede admitir la combinación de bebidas. El buen bebedor bebe vino puro, vino de verdad. No hay nada más dañino que una mezcla de licores. El cocktail es totalmente absurdo y es el elemento perjudicial prin-

cipal en el uso inmoderado del alcohol.

Hace una pausa, busca una página de su libro y lee:

«La primera copa es para la sed; la segunda, para alegría; la tercera, para el deleite; la cuarta, para la locura.»

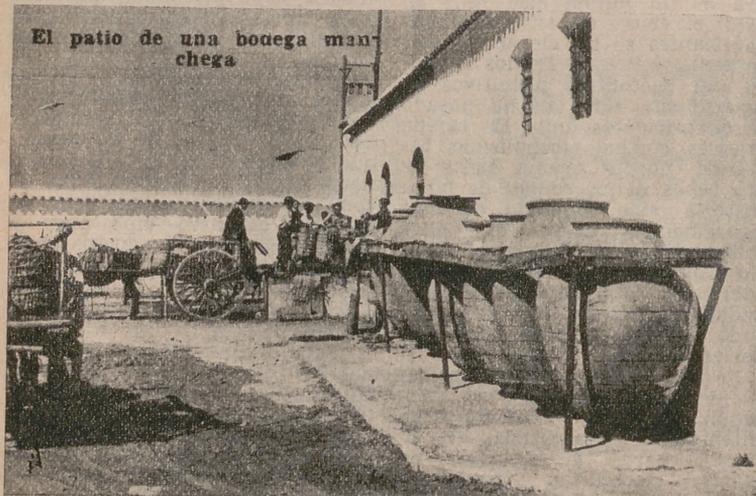
Un tratado de sabiduría, humano y profundo, encierra esta bella sentencia del padre Estella, escrita en un tiempo en el que todavía no eran populares los «martinis».

ESPAÑA, BAJA EN EL ALCOHOLISMO

En España no hay, ni hacen falta, establecimientos sanitarios especiales dedicados exclusivamente a la regeneración de los alcohólicos. España está, por fortuna, entre las naciones que ven disminuir cada año las muertes producidas por el alcohol. Y no solamente las muertes, sino las mismas enfermedades alcohólicas. Hay una tendencia constante a la baja en los casos de muerte por alcoholismo en España. Cada año, sin faltar uno, mueren diez, doce, quince o veinte enfermos menos que el año anterior. Sólo doscientos enfermos, víctimas del alcoholismo, en toda España, fallecen poco más o menos, cada año.

La situación, pues, comparada con la de otros países, es totalmente satisfactoria. Ahí está, sin más, el caso de Inglaterra. Cien mil alcohólicos crónicos y cuatrocientos mil bebedores excesivos, producidos por el consumo de bebidas fuertes, andan sueltos por las calles y los campos ingleses. En Inglaterra, la ausencia de viñedos, de cepas auténticas, de cepas de solera, puede ser una causa de esta situación. Porque el vino simple—un vino de Rioja, de Jerez, del Priorato o de la Mancha—, tomado con orden, no alcoholiza. Al contrario, da fuerzas. Alimenta. Alarga la vida. Es el fundamento de esos letreros que alguna vez surgen en cualquier calle de cualquier ciudad española, en la pared de alguna taberna o en algún mosaico de artesanía: «Término medio de la vida de un bebedor de agua: sesenta años. Término medio de la vida de un bebedor de vino: sesenta años.» La verdad—ésta sí que es una verdad verdadera—pone signa de notario.

España, con su maravilloso tesoro vinico esparcido por sus tierras, no tiene el problema de otros países que cosechan poco vino y que han de destilar bebidas de tipos que pudieran catalogarse como «modernas». Bebidas que hasta hace poco jamás existieran y que harían, al mismo padre Noé, despreciar con justicia a sus inventores. Porque por el mundo, en Chile hay un aumento constante de setenta y cinco defunciones anuales por alcoholismo; en Austria, de treinta; en los Estados Unidos, de cien; en Bélgica, de veinte; en Holanda, de quince; en Escocia, de diez; en Australia, de cincuenta, y así, pasando por Colombia, por Italia y por Cuba, por no enumerar más, el alcoholismo moderno, el alcoholismo del cocktail, hace sus estragos. Frente a él, España tiene un arma: sus vinos. Los vinos en las bodegas,



El patio de una bodega manchega

en las botellas, en las cubas con telarañas centenarias. Y por todas las provincias.

DE NORTE A SUR, DE ESTE A OESTE, SANTIQUADA DE VINO

Toda la geografía española anda pintada de dos típicos verdes mediterráneos: el verde grisáceo a veces casi plateado de los olivares, y el verde jugoso de las viñas. Por ello, al intentar un esquema, aunque sea de trazos tan generales como éste del mapa aceitero o el mapa vinatero de España, se adivina pronto que sería más fácil decir dónde no hay vino, o donde no hay aceite, que intentar un resumen de todas aquellas de nuestras tierras sobre las que se extienden las hileras paralelas de las viñas y los olivares. Y cuando éstos son jóvenes, de los olivos y las vides juntos. Que luego, más adelante, cada cultivo requiere su terreno. Quizá porque siendo ambos los dos grandes señores de la agricultura española, no haya tierra lo suficientemente rica para albergarlos a los dos a un tiempo.

¿Vino en España?... Pues con decir que excluidas, Asturias, Santander, Vizcaya y Guipúzcoa, todo el resto, de Norte a Sur, de Este a Oeste, tienen vino, está dicho todo. En cantidad y calidad distintas, desde luego. Pero, en fin, toda España, de arriba abajo, de izquierda a derecha, santiguada de vino. En tal proporción, además, que nos coloca a la cabeza de todos los países productores. Ya que la superficie de nuestros viñedos iguala a la de Francia, sin contar, claro está, sus colonias y posesiones, y la supera en relación con el resto de las hectáreas cultivadas. En Francia, de 100, se dedican a la vid, 7,8. En España, 10. Y también, para que todo no se resuelva en vino, figura España como primera cosechadora de uvas de mesa y pasas.

Una geografía vitícola tan extensa que suma regiones de climas tan diversos supone, naturalmente, un inventario de vinos de clases tan distintas, que seguramente no tiene par en todo el mundo. Como no lo tiene el Museo de Bebidas de Pedro Chicote que, dicho sea entre paréntesis, según nuestras noticias, y ello acredita su buen gusto, prefiere a toda otra bebida, combinación cocktail o mezcla, un vaso de buen vino tinto español. Como Gonzalo de Berceo, porque siendo de donde era cabe suponer que se refería, sin duda, al vino tinto. O todo lo más, al clarete.

Ante tantas clases de vino español, ante ese mar de vino que forman cada año los 16 millones de hectolitros de nuestra cosecha —media aproximada del quinquenio 1948-1952— ¿por qué vino decidimos? ¿En qué región llenar nuestro vaso? Porque hay que llenarlo, hay que beber vino. Con mesura y templanza, por supuesto, pero sin hacerle ascos. Que como decía uno de nuestros abuelos: «Al hombre que no fuma ni bebe vino, el demonio se lo lleva por el otro camino.»

Y no resultará impropio, ni



La uva llega a la bodega para elaboración del vino

fuera de lugar, que nuestro recorrido por el mapa de España, de vino en vino, se ajuste a una ruta curvilínea.

CADA REGION TIENE SUS VINOS

En Cataluña, una de las primeras regiones productoras y exportadoras de vino, encontramos toda clase de excelentes caldos: tintos del Priorato tarraconense —con sus buenos 17 y 18 grados—, tintos del Ampurdán, claretes de Valls y de La Selva, blancos de la Conca de Barbará, pálidos del Panadés, dorados de Pobalada, espumosos de San Sadurn de Noya y Reus, que a estas horas sentirán ya en sus burbujas la comoción de la alegría bulliciosa de la Nochevieja... Y, además, por toda la comarca, malvasías, moscateles y mistelas.

Vinos, los catalanes, en cuanto es posible generalizar, de graduación alta, de elaboración cuidada. Vinos fuertes, que importan los franceses para «reanimar» muchos de los suyos. Como importan también otros vinos españoles, entre ellos, los que siguen en nuestro itinerario: los de Valencia.

Valencia, en esto de los vinos, tiene mucho de sorpresa. Se llena siempre en sus naranjos, en sus arrozales. Y casi nunca en sus viñedos. Y Valencia tiene mucho terreno dedicado a la vid: tintos de Requena, vinos moscatel de Benicasim o Jávea, de dulce sabor, de donde sale mucho vino para la consagración en la santa misa, blancos y claretes de Cheste y Turis.

Y siguiendo el descenso, en Alicante, los tintos de Villería. Y en Murcia, el binomio Yecla-Jumilla, que deben incluirse entre los mejores vinos de pasto de nuestra geografía. En especial, los claretes rosados de Jumilla, de los que se ha dicho que tienen «color episcopal y sabor de romería».

Después, Almería, «tierra de mucha uva y poco vino». Claro que la cosa tiene su explicación: en Almería se cultiva la uva como fruto de mesa.

Dos tipos de vino hay en Málaga, pero dos tipos universales: los secos de los montes y los dulces de las tierras. Y entre éstos —los nombres como palabras de un poema—, Málaga negro o Málaga color, Málaga lágrima o Má-

laga oro; Pajarete, Moscatel y y Pedro Ximénez.

Luego, en el recorrido, Andalucía occidental. Cuatro nombres como cuatro flechas: Jerez, Puerto de Santa María, Sanlúcar de Barrameda y Chiclana. Cuatro tipos, en Jerez, definidos. Los finos—de color pajizo, parecido al topacio, 16 y 17 grados, s. con el sabor, únicos para el copen con mariscos y pescado frito—; los amontillados—secos completamente, oscuros a medida de la edad, 18 20 y 24 grados, con más cuerpo que los finos y más satisfacción, por consiguiente—; los olorosos—la misma graduación, secos con un ligero vestigio de azúcar en el paladar, más oscuros todavía y de penetrante aroma, su suavidad está indicada para cualquier hora del día.

Más adelante, la manzanilla de Sanlúcar que se «cria» gracias a las levaduras de «flor»; el Morilles y el Montilla, ligeros y «avellanados»; los vinos del Condado de Niebla, en Huelva, y los «finos» exquisitos del Puerto de Santa María.

Siendo la gran ruta del vino—la gran cruz del vino—está la Rioja. Vinos de la Rioja, palabras mágicas para un bebedor de solera. Allí están, presentes y exactos, los viñedos cuadrículados de Logroño de Haro de Fuencaliente, de Cenicero, de Briones, de Ollauri, de Elciego y de Laguardia. Y en sus bodegas, el supurado dorado de la ribera izquierda del Ebro, el retinto de la Rioja, el tinto de Labastida, el dorado de Navarra... Para vinos de mesa, los de la Rioja. Y consiente aquí que incluímos la llamada Rioja alavesa.

Aragón y Navarra tienen también los suyos. España es una gran bodega con soleras diferentes, pero excepcionales. En las bodegas aragonesas están el dorado moscatel de Berja, el tinto de Tarazona y de Cariñena y el garnacha de Consueña. Y en las bodegas navarras los tintos de Olite, de Cirauqui, de Mendigorria, de Mañeru y de Tafalla; los de Corella y Cienfuegos—tintos, astringentes y fuertes—y los dorados generosos de Peraltá y Villafranca.

En Galicia, el popular vino del Ribeiro, cuyo rito clásico exige beberlo en taza.

Ahora, el Duero. Zamora está en la cabeza. Y el vino de Toro—muy tinto, suave y ligeramente «abocado»—se entronca con los blancos de Cafizal y Villaescusa.

Y más tarde, Madrid y Toledo, Arganda, Chinchón, Navalcarnero, Colmenar de Oreja, Métrida y Noblejas, Yepes y Ocaña, Lillo y Yébenes—junto con el Malvasía de Orotava, el moscatel de la Peña y el vino de Palma—allá en Canarias, en una hermandad de la distancia—completan casi la lista.

Casi, porque falta la Mancha. Con sus tintos de Valdepeñas y sus blancos de Montiel y de Criptana. Y sus bodegas de Socuellamos, Tomelloso, Zánzara, Villacañas, Villarrobledo... Pero la Mancha, donde se acaba de ganar una gran batalla en favor del vino español, merece párrafo aparte.

EL DRAMA DE LA MANCHA, SUS PERSONAJES Y SU ARGUMENTO

El drama de la Mancha, aunque suene a paradoja, ha nacido de su singular riqueza vitivinícola. De tal forma que su extraordinaria producción de vino causa y explica su prosperidad, ha estado a punto de ser, al mismo tiempo la explicación y la causa de su ruina. El argumento, la peripetia en el tiempo, de este drama, no puede ser más sencillo. Una coyuntura favorable, surgida en los años siguientes a la terminación de nuestra Cruzada, elevó a topes francamente remuneradores el precio de las uvas y de los vinos. La Mancha, gran viñedo y gran bodega del centro de España, vivió unos años buenos, unos años en los que la riqueza de sus viñedos proyectó sus beneficios a todos los pueblos manchegos. Fue la época de las vacas gordas. El problema surgió después, cuando pasada, en los últimos años, la coyuntura favorable, la propia abundancia de la uva produjo una caída, casi vertical de los precios. Entonces, una amenaza de ruina—de miseria nacida de la propia riqueza—empezó a perfilarse sobre la Mancha.

De los dos primeros personajes de este drama y de la escena definitiva del mismo, podemos sacar una impresión exacta oyendo, por ejemplo, a Jesús Díaz Ropero, un viejo manchego, bajo y fuerte, que cubre, bajo su clásica blusa negra, una experiencia de cincuenta años «en esto del vino manchego», en una vida que alcanza a los sesenta. El escenario de nuestra conversación es la doble fila de panzudas tinajas de barro de una bodega que ha comenzado este año su vida cooperativa en Campo de Criptana. Jesús Díaz Ropero, que según sus palabras «se ha criado debajo de una cepa», describe el cuadro sin retórica:

—Los compradores—se refiere a los bodegueros que adquieren la uva para elaborar el vino—aprovechando la abundancia de uvas nos tenían, con los carros cargados de racimos, esperando a la puerta de las bodegas, a veces, hasta veinticuatro horas. Sí, veinticuatro horas, una por una, en la misma puerta de esta bodega. Que lo digan éstos.

Y se vuelve y abarca con la mirada y con el gesto mesurado de la mano diestra el corro de negras blusas manchegas que nos rodea. Y el corro, serio, asiente con la cabeza. ¡Sí señor!

—Veinticuatro horas a cielo abierto el carro, mientras discutíamos el precio. Al fin, no había más remedio que ceder. Y ¿sabéis usted lo que se ha llegado a pagar por un kilo de uva?

Negamos con la cabeza. No lo sabemos.

—Cuarenta céntimos.

Y seguramente sin intentar parodia aquello del pescado:

—Para que luego digan que el vino es caro.

Hasta aquí las dos figuras principales del drama. El cultivador, el hombre que vive de su esfuerzo y su tierra, frente al comprador, el bodeguero, almacenista, o queráis llamarle, el hombre, en suma, que vive de las variaciones de los precios. Y no pretendemos, ni entra en nuestra intención, pin-

tarle como un ser absolutamente inútil y culpable, porque ya veremos, al fin del drama que el mal estaba sobre todo en el sistema, más en la falta de organización que en los hombres.

Pues bien, esta escena, en la que mientras los dos protagonistas discuten sobre el precio de las uvas la carga dulce de los carros chorrea su primer mosto, su mejor sangre, en la tierra polvorienta, era el cuadro que mejor podía resumir el fin de la vendimia manchega de los últimos años. Con añadirle unas docenas de golosas moscas zumbadoras al corro y a los charquitos que se iban formando debajo de él, quedaría completo.

Pero había más. No paraba todo en el precio bajo, irrisorio, lamosero. Quedaba aun otra solución: convenir una equivalencia entre kilos de uva entregada a una bodega y litros de vino a elaborar con estos kilos; por ejemplo 150 kilogramos de uva valdrían por 100 litros de vino. Pero tampoco era una salida satisfactoria para los cultivadores, porque el precio del vino se calculaba por sus grados y éstos los determinaba unilateralmente el bodeguero.

Y como por una tácita convención, ninguno de ellos se interfería en las operaciones de los demás, una vez entregada la uva, el campesino, si el precio ofrecido por el vino fabricado no le parecía suficiente, o si encontraba de momento una oferta mejor, no tenía escapatoria. O aceptaba lo ofrecido o se bebía su propia cosecha. Porque, y por eso decía lo de «encontrar de momento», una vez que su vino ingresaba en una gran tinaja de barro, o de cemento, y se enteraba de la situación el que había prometido pagar más, el trato quedaba deshecho. Ningún bodeguero, naturalmente, tenía interés en entrar en competencia con otro. «No; si ya tiene su vino Fulano, de lo dicho no hay nada.»

LA RED SALVADORA

Hemos escrito antes que el mal, el verdadero origen de esta situación llena de males, radicaba, más que en los hombres, en el sistema, en su falta de organización.

Ocurría que en los centros compradores de la cosecha de uva manchega—Ciudad Real, por ejemplo clásico—confluían, en unos días, millones de kilos de uva. Y esta acumulación, en el espacio y en el tiempo, unida a la abundancia del producto y al remanente de vinos, todavía no colocados en el mercado, lo desvalorizaba inevitablemente.

Es aquí donde entra en el drama de la Mancha, para resolverlo felizmente «los buenos». Empleamos esta cinematográfica expresión porque no en balde Azorín ha comparado esta ancha región al Oeste americano, y ha descubierto el perfil manchego de Gary Cooper, y porque de todo el asunto, convenientemente aderezados con un buen argumento humano, podría sacarse una magnífica película. Una de esas películas no hechas aún—¿por qué no?—, que podrían divulgar, con la mayor eficacia, muchos de los episodios más aleccionadores de la actual política española.

Los buenos, para La Mancha, han sido el Ministerio de Agricultura y la Organización Sindical. El Ministerio de Agricultura concibió un acertado y vasto plan de construcción y constitución de bodegas cooperativas en la Mancha, para que la elaboración de los vinos se hiciese por los propios viticultores, sustrayendo al mercado grandes cantidades de uva que en las épocas de abundancia gravitan sobre las transacciones y provocan la caída de los precios por debajo de límites razonables.

La Organización Sindical — a través de la Casa de Cooperación, la Unión Territorial de Cooperativas del Campo y la Delegación Provincial de Sindicatos de Ciudad Real — estudió la forma más conveniente de realizar este plan. Y propuso, y el Ministerio aprobó la propuesta, rodear a la provincia de Ciudad Real de una red de bodegas que absorbiesen las cantidades de uva procedentes de las provincias limítrofes y la instalación, en la propia provincia, de aquellas otras bodegas que se estiman precisas para lograr la regulación estable de los precios.

Vinieron luego los meses de propaganda, de «creación» del espíritu de comunidad que necesita toda obra cooperativa. Y la convicción de los cultivadores manchegos. Y con ella, la iniciación de las obras. Y por último, durante los días 2 y 3 de este mes de noviembre, la inauguración de 25 nuevas bodegas cooperativas en la Mancha, en tierras de Toledo, de Cuenca, de Ciudad Real. En Lillo, Corral de Almaguer, Villanueva de Alcardete, El Toboso, Madrideojos, Belmonte. Alberca de Zancara, Villarta de San Juan, Valdepeñas...

Bodegas, entre las que se cuenta ésta de Campo de Criptana, gracias a las cuales ni Jesús Díaz Roper ni ninguno de los otros hombres serios de las blusas negras, «que han nacido debajo de las cepas», y que viven de ellas, tendrán que volver a esperar un día y una noche, con el carro chorreando mosto en la puerta de una bodega, para conseguir cuarenta céntimos, señor! por un kilo de buenas uvas.

Esta red salvadora, de bodegas, expresada en cifras supone: 2.905 socios cooperadores, productores de 38.274.500 kilogramos de uvas, fruto de 10.273 hectáreas. Tiene una capacidad de almacenamiento de 301.900 hectolitros. Gracias a ella, los cultivadores manchegos, los cosechadores de las vides que encierran la mayor cantidad de vino de pasto en España, se han convertido en cosecheros de su propio vino, en bodegueros de su mosto. Y con ello, y con el fin de los largos traslados de la uva por las carreteras llanas de la Mancha, puede salir ganando mucho la calidad de sus populares mostos.

EL VINO, GRAN EMBAJADOR DE ESPAÑA

—Geben sie mir einen Málaga. O lo que es lo mismo:

—Deme un Málaga.

Esta es la petición corriente en «Madrigal», un Club nocturno de Zurich, de encarnadas paredes, semioscuro, donde los músicos españoles no tocan más que paso-



El caldo elaborado se ofrece a los buenos bebedores

dobles. Entre los camareros hay un español que se llama Pepe —¡cómo no!— y el dueño, también español, es Enrique Pujol: bajo, calvo y grueso, amo de un perro pekinés ciego.

Cuando el vino español sale al mundo —las salidas son tantas, tan numerosas, que contarlas una por una sería casi hacer el censo de buena parte de los establecimientos de la tierra entera— conquista el mercado. Noventa y un millones de litros, con un valor de quinientos millones de pesetas oro, es el resumen. Un resumen verdaderamente elocuente.

El vino de España está presente en todas las ciudades. Y en todas y cada una de ellas ofrece una peculiaridad una nota íntima de su noble esfera. En Suiza, lugar de las nieves y de las cumbres, lugar también de la precisión exacta y las gentes madrugadoras, muchos toman a eso de las once su segundo desayuno. La composición es, invariablemente, la misma: una copita de Málaga con bizcochos. Slogan extendido que proclama la virtud tónica de este caldo excelente.

—Fortalece— os dirá cualquier viejo suizo asesorado por la experiencia.

Y los jóvenes de Zurich van al bar Emilio, donde se sirve manzanilla «La Guita» y se comen mariscos importados diariamente por avión desde Barcelona, o marcharán al bar Juan, que tiene sus paredes llenas con carteles de toros, en los que destaca en grandes letras rojas el nombre mítico de Manolete.

Suiza, con un total de veintisiete millones anuales de litros de vino generoso, seco o dulce, espumoso o de mesa, está a la cabeza de los clientes de España. Y allí no hay —que conste para la Historia— alcoholismo.

Alemania ocupa el segundo puesto entre los países importadores. Doce millones de litros y treinta y ocho millones de pesetas es su consumo.

En todas las bodegas particulares de Inglaterra hay jerez español. El jerez español, allí, es para los grandes acontecimientos, para las grandes solemnidades, Inglaterra se lleva de España cada año diez millones de litros de vinos secos generosos. Es, en este capítulo, la que más. Excepcional artículo de lujo por su ca-

lidad. Y hay sitios, como Casa Martínez, en el mismo Londres, en donde el compatriota español es saludado, como obsequio, con una colmada copa de jerez. El rumbo para los amigos.

Si seguimos la ruta por el mundo, Francia, por ejemplo, tiene necesidad de comprar vinos españoles para mezclarlos a los suyos en un veinte o veinticinco por ciento. Con lo que nuestro vino es un refuerzo para el vecino, un refuerzo imprescindible, si quiere beber algo bueno. Y, ya en París, ha de irse uno, si desea vinos catalanes, al Ciudad de Barcelona, por Montmartre, o si le es lo mismo cualquier otro vino español, a las «cavas» de Montparnase, o al «Cocadero» cerca de la torre Eiffel.

En Roma, en las «trattorias» del Transtevere, también se despacha vino español. Y en los «cabarets lisboetas» del Bairro Alto, y en las tabernas de la Moraria. Un repiquetear, a tiempos, de castañuelas, y un cantarrear, hondo, de coplas. Y un beber, bueno, de vinos de España.

El vino de España, como gran embajador plurivalente, atraviesa los mares. Y en mensaje de hermandad llega a América. América del Norte, América del Sur y América del Centro. El coñac español se bebe más que en ninguna otra parte del mundo en Cuba. En los bares de La Habana, de Santiago, de Camagüey, de Matanzas o de Cienfuegos, se despachan al año tres millones y medio de litros de coñac. Dan fe de ello, por ejemplo, el Castill, de Farnés y el Iris en Santiago, cuyo dueño es español: Valentín Ramos.

Y por Manhattan, o junto al Empire State, o cerca de Harlem, hay también vino español. Los Estados Unidos consumen millón y medio de litros. Luego están: Brasil, con doscientos setenta y cinco mil; Méjico, con medio millón; Venezuela, con otro medio, y Argentina, Colombia, Costa Rica, Canadá y todos y cada uno, en una competencia convencida.

Cada litro de vino español es una carta credencial, una carta de garantía. Cuarenta millones de cartas tiene en su valija este embajador extraordinario. Cuarenta millones de litros repartidos por los cinco continentes. ¡Beba usted vino de España!

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON JUAN ALVAREZ MENDIZABAL.

PARA los norteamericanos, Pierre Mendes-France era un enigma, según lo han estereotipado en cuanto escribieron sobre su imagen personal, que no coincidía con el cliché del político francés al uso y sobre su acción de gobierno desconcertante y paradójica. Parece ser que el trust de cerebros empleados alrededor y en favor de la propaganda de Mendes-France se esmeran en contribuir a esta aureola enigmática y misteriosa, pues le denominan, ebanísticamente, sólo por las iniciales, utilizando en cualquier mención la sigla P. M.-F., a la manera de este conglomerado de letras que representan a un partido, a una organización sindical, a un mecanismo superburocratizado de funcionarios. Acaso los amigos de Mendes-France y el propio Mendes-France pretendan que en su ser encarnen un partido contra los partidos, una central de trabajadores, un falansterio de técnicos, algo complicadísimo, sutilísimo, enrevesadísimo, pero que, gracias al poder o la inteligencia mesiánica de un hombre, se pone en marcha y se produce el milagro. Sin embargo, yo creo que toda política de escala mundial, como la política del cacique de un villorrio, tiene que ser una política muy clara, transparente, casi diáfana. Las políticas de gran estilo son tan pocas que se cuentan con los dedos de una mano, sin que sea menester que sea la derecha o la izquierda, ya que basta con que se amolde al genio de un país en sus relaciones con la Providencia. Pero tampoco hay un enigma en Pierre Mendes-France, puesto que si se presenta como acertijo, la clave, tanto como el antecedente, es usted, don Juan Alvarez Mendizábal, a quien le dirijo esta carta. Los dos son Mendes, los dos son setarditas, fundiendo usted sus apellidos, para despistar, en un euskalénico Mendizábal, y agregándole, con un guiño, la toponimia de France, de Francia, porque así es de ansioso el hijo de esta familia de comerciantes de confecciones, antiguos sastres. Ambos han sido mercaderes o lo son sus familias, buscando en el tráfico mercantil o en la especulación financiera el modo de servir a su fantasía oriental y a su apetito de ganancia. Por esta vía, los dos se entendieron fatalmente con Inglaterra, donde se aprende una elegancia desdeñosa y una afición a las cuestiones económicas. Así como usted aplicó en lo que pudo las teorías de Flores Estrada, el señor Mendes-France es un perfecto Keynesiano; porque en cada tiempo hay unas hipótesis de moda, inclinándose el presidente del Consejo francés a la elucubración de Keynes, porque a su empirismo práctico, a su realismo oportunista no le desagradaba la mixtura más fantástica del arbitrio, que se encuentra cual una filigrana disparatadamente poética al través de ese inglés que nos ha traído, como todos los ingleses, las revoluciones, los motines y los trastornos al Continente.

Su descendiente, Palomita Gómez Borrero, me lo evoca en alguna ocasión, aunque advirtiéndome que pertenece a la rama de los parientes que le ponen en cuarentena. Tal vez porque Palomita es Palomita y usted era Juan y medio, un gigante que media, según el cálculo de Jorge Borrow, mucho más de su estatura, o sea seis pies y dos pulgadas, sin zapatos. En un pueblo de la provincia de Cuenca se conservan sus recuerdos y sus papeles; pero yo le escribo sin haberlos consultado, guiándome por mi instinto y por las referencias adversas de Espronceda y Larra. Pierre Mendes-France se ha ganado a los intelectuales de su nación, mientras que usted desdeñó a Figaro, que volvía tan currutaco de París y tan displicente y tan ambiciosillo y se encontró con que usted lo copaba todo, siendo más dandy, más despectivo y más absorbente

que todos juntos. También desdeñó a Pepe Espronceda, a pesar de que siempre fué, como usted, un agente inglés, y quizá por esta falta de tacto, por engreimiento, con los masones, su dictadura legal y popular, sus plenos poderes, duraron poquísimo, ni siquiera un año. Pepe Espronceda publicó un folleto contra usted y Mariano Larra le jaleó muy a gusto, ya que sentía tierra y ejeriza hacia su acaparamiento. Larra quería ser diputado y usted era elegido en Madrid, en Cádiz, en Barcelona, en Granada, en Pontevedra, en Gerona, en Málaga... Por esta causa y porque, además, usted era ministro de Estado, de Hacienda y presidente del Consejo, Figaro se atrevió a comentar: «Aquí llaman esto un Gobierno representativo; sin que sea murmuración, confieso que yo llamo a esto un hombre representativo.» Usted vino como un taumaturgo, como un faquir de la Hacienda Pública, como el prestidigitador que concedía una amnistía, que iba a reunir a los progresistas y a los moderados bajo su feudo, que vencería al carlismo sin imponer una nueva tasa y sin que le ayudaran las tropas extranjeras. Esto es, usted prometió la reconciliación nacional, la armonía entre la Iglesia y el Estado, el fin de la guerra y la prosperidad económica. Este es, más o menos, el programa de Pierre Mendes-France, a quien acusan sus enemigos de apoyar, sobre todo, a sí mismo y después a la Banca Lazar, de Londres. Es decir, que al final del truco se halla la City, como en el fondo de la palangana en que usted se lavaba cada día estaba su prestigio en el London Exchange, sus negocios a medias o en comisión con los banqueros que se movieron detrás de los sucesos revolucionarios en que usted intervino. Sublevación de Riego en 1820, cuando usted era un gaditano listo; invasión por la frontera francesa en 1830, con Mina, Valdés y Chapalangarra para alguna especulación de Bolsa; intromisión en los asuntos de Portugal al lado de los liberales anglosajonizados, como un experto financiero... Luego fué usted embajador en Inglaterra, ministro de Hacienda, presidente del Consejo que sucedió al anglómano Toreno; porque entonces mandaban los embajadores británicos lord Clarendon, sir Jorge Vilheis, etc., etc. Usted, parejamente, guardaba un enigma, un enorme truco, que se reveló cuando desvalijó a la Iglesia, a los muertos, a los pueblos de sus bienes de propios, cometiendo una operación que, por una parte, creaba la raquítica burguesía española modelada sobre la usurpación, pero, por otra parte, entregaba España a los bandazos y a la miseria del siglo XIX.

Estas vidas paralelas que aquí esbozo pueden seguir las quienes estudien su biografía y se interesen por la audacia de las combinaciones políticas de Mendes-France, que todavía se halla en el momento favorable de su mandato y que aun puede conservar su enigma. Usted, don Juan Alvarez Mendizábal, malabarista de los números y de los ofrecimientos, es una antigualla de nuestra historia decimonónica, desconocida por las modernas generaciones. Cuando llegó a Madrid don Jorgito el Inglés con el designio de vender Biblias protestantes, necesitaba un permiso del máximo mandamás español en 1836 para que le dejase tranquilo y expedita la ruta. El embajador de la Gran Bretaña le introdujo en su despacho del Palacio de Oriente para una audiencia. Era invierno y la sierra del Guadarrama estaba cubierta de nieve, originándose tal frío, que se helaron los pies del visitante durante más de tres horas de antecámara. Don Jorgito observó su complexión atlética, su nariz aquilina, sus dientes imponentes, su cabello canoso, sus pantuflas de marroquín. La entrevista fué infructuosa; pero don Jorgito se vengó observando además: «He visto una mirada semejante a ésta entre la tribu de la Beni Israel»

U NO acaba de leer «El viejo y el mar», la novela de Hemingway, que ha obtenido el premio Nobel de Literatura de este año, y uno que lleva mucho rato parado ante la máquina de escribir, sin saber como puede expresarse el sabor de alma que deja este relato sobrecogedoramente bello y agustioso.

—¿Por qué, señor, por qué ha de irle tan mal al viejo? ¿Por qué la mayor hazaña de su vida de pescador ha de ser comida por los peces?

Una hermosa trágica, sí. Pero en las tragedias clásicas, quedan aún, sobre los dolores, los dioses. Y en las tragedias cristianas queda, sobre la fugacidad, la eternidad. Mientras que aquí, ¿qué?

Es inevitable acordarse de aquel pavoroso «Martin Eden», de Jack London, donde está descrita, como desenlace de un relato largo y triunfante, la modalidad de suicidio más tenebrosa que haya podido concebir un ser humano.

En «Martin Eden», Jack London mata a su héroe empujándole hacia el fondo del mar, empujándole con todas sus fuerzas de atleta dentiapretado, de hombre roca, de titán sin luces, sin luz; de topo, de lombriz, de Satanás.

En «El viejo y el mar», Hemingway es todavía más cruel: deja vivo al viejo, vivo y durmiendo, junto a su enorme presa descarnada, junto a su triunfo reducido a desperdicios, con su hazaña convertida en despojos.

London desemboca en el horror; Hemingway, en la tomadura de pelo. Para el héroe, lo segundo es más amargo todavía.

Pero, ¿por qué esta amargura? ¿Por qué ha de ser tan amargo todo Faulkner, otro Nobel de Norteamérica? ¿Por qué tan amargo lo que en este tiempo gusta y triunfa? Que sean tan amargos nuestro Baroja o nuestro Cela, se explica por varias y ostensibles razones. Pero ¿por qué tan amargos «ellos», los yanquis, según los ven, los premian y los seleccionan los europeos?

Quizá en esta última pregunta está el secreto. Quizá la copa de Europa está tan llena de amargura, que son bienvenidas las amarguras yanquis, como antes fueron bienvenidas las amarguras rusas.

En cambio, el ruso no ve tan tristes a su Dostoievski, a su Tolstoi, a su Gorki, hace ediciones escolares en que resultan hasta chistosos. Y el yanqui hace ediciones escolares —películas quiero decir— en que hasta la historia de Martin Eden resulta optimista; ya verán ustedes, si en Hollywood pasan a película «El viejo y el mar», lo divertido que resultará.

No sabe uno, no, expresar todo esto, como no sea en un libro o en una larga conversación.

«El viejo y el mar» es un relato breve que uno ha leído en la versión que publicó «Life» hace año y medio, ilustrada con unos dibujos sencillísimos de pasmosa belleza. La portada de ese número de «Life» es una fotografía del propio Hemingway, cara de niño pecoso hecho hombre mayor, muy mirándose a sí mismo mientras mira al fotógrafo, muy poniendo cara aviesa y tremenda, muy queriendo convencernos de lo terrible que es él, Hemingway. Pero...

Pero uno ve el resto de la revista, lo demás de esa revista editada especialmente para los países hispánicos, a excepción de España y la Argentina, y se siente más amargado aún. Encuentra uno escandalillos financieros de mala uva, cosinas libidinosas de mala sangre, tonterijas sobre niños y caballos, con un acompañamiento a toda orquesta, —quiero decir, a todo color— de fotos alusivas a Biblias medievales y a ceremonias vaticanas. Un conjunto desprovisto de categoría —a excepción del relato de Hemingway—, y sobresaturado de mal espíritu comercial.

No tienen ustedes más que mirar la última página de la revista. Es un anuncio de la más conocida de las bebidas yanquis el anuncio más desconcertante que a uno le ha sido dado contemplar. Se trata de un chico, entre otros chicos sonrientes, que señala a un obrero, entre otros obreros sonrientes. Los obreros están trabajando en la «cadena». El niño exclama: «¡Mira, allí está mi papá!». Y el anuncio explica, textualmente: «¿Qué niño no se sentiría orgulloso al ver a su padre ocupado en labor tan importante como es la de inspeccionar las botellas que salen, esterilizadas y relucientes, de la moderna lavadora automática!».

No hay más remedio que recordar a Antonio Machado y a sus versos: «¡Ay, cuando yo era niño, soñaba con los héroes de la Iliada!». Un comerciante con suficientes dólares habría hecho modificar el texto: «¡Ay, cuando yo era niño, soñaba con los inspectores de botellas esterilizadas!».

Luis PONCE DE LEON

De las piedras, pan

NO HAY EMPRESA PEQUEÑA

AL escribir el presente artículo pienso en Fernando Moló, de Barcelona; en Juan López Mira, de Manzanares (Ciudad Real); en don Patricio Barceló, de Bañeres (Alicante) y en don Pedro Corbacho Flores, de Vigo. Pienso en todos ustedes, desconocidos personalmente, pero amigos por la mutua comprensión, que en sus razonadas y extensas cartas me ruegan que persiga mis artículos de exaltación de la empresa privada. Ustedes trabajan abnegadamente en sus industrias. Trabajan con entusiasmo, poniendo en su empeño un indiscutible valor moral, una espiritualidad que difícilmente saben advertir los que hablan constantemente de «espíritu de lucro», como creyendo ver en los demás su misma miseria espiritual. Mientras ustedes y tantos y tantos españoles a quienes va especialmente dirigida nuestra revista, revista de la realidad social de España, aportan al patrimonio común su esfuerzo,

su constancia y su rutina fecunda, algunos otros se mueven con exceso de ambición y de palabrería, alrededor de vocablos que para los que trabajan en empresas concretas carecen de todo sentido: capitalismo, proletariado, libertad, intervención, etcétera. Y es que unos conceptos son inadecuados a nuestra realidad, porque apuntan exclusivamente a lo alto, y otros son también impropios de nuestra tarea, la de ustedes y la de todos los españoles de «la mano ocupada», porque miran únicamente a lo material y lo bajo.

España, se ha dicho, no es ya un problema. Pero los españoles sí tenemos problemas. Son todos aquellos que surgen impidiendo o dificultando lo que constituye nuestros más inmediatos propósitos, nuestro particular destino, nuestra ambición y deber profesional, religioso o político. Y podemos decir que ni los grandes mitos, ni la moderna retórica y ni, incluso, la invocación simplis-

ta a la realidad, son suficientes para eliminar esos problemas que tienen ustedes, que tenemos todos los españoles, desde la financiación de nuestras Empresas hasta ese grupo electrógeno que no produce la energía que habíamos calculado... Pero si la realidad no es suficiente, la realidad ha de ser, en todo caso, el punto de partida. el objetivo indiscutible al que se deben dirigir y sobre el que han operar los conceptos intelectuales y las soluciones teóricas. He aquí por qué somos partidarios constantemente de estudiar lo que los estrategas denominan «el terreno».

Hablamos muchas veces de hechos sociales concretos, como si ignorásemos completamente el terreno. Nos referimos a grandes doctrinas, sin pensar en los hechos a que estas doctrinas deben servir, y así se llega, sencillamente, a convertir las más indiscutibles verdades en verdades ineficaces. En España, hemos dicho, hace falta una exaltación

constante del espíritu de Empresa, porque sin la iniciativa privada difícilmente podría alcanzarse el alto nivel de vida que queremos para nuestro país. La gran industria ha surgido en todas partes donde ha existido previamente una educación, por así decirlo, artesana. El artesano, pensemos en Cataluña o en cualquier otra zona industrial de España, fué el precedente inmediato de la moderna industria. El artesano y la modesta Empresa educan a los grandes industriales. El artesano actual no es, empero, como el de antaño. Actualmente constituye una realidad económica de primera magnitud. El pequeño motor eléctrico ha hecho posible unas economías de altos rendimientos en talleres que cuentan dos, tres, cinco o veinte operarios. La pequeña Empresa es posible gracias, principalmente, a la electricidad y también al ahorro de control y de organización que permiten todas las modestas industrias de tipo familiar.

Muchos de mis lectores al leer esto no podrán evitar una sonrisa irónica y escéptica. Esta sonrisa acaso esté inspirada por un cierto espíritu marxistóide que se ha apoderado inconscientemente del hombre de hoy al considerar que en el futuro únicamente tienen plaza reservada las grandes unidades económicas. Otros sonreirán inspirados por un espíritu profesional tecnocrático, de ingeniero recién salido de las Escuelas Especiales, y también opinarán lo mismo. Frente a esas actitudes creemos que el futuro se-

rá distinto y más complejo. En el mundo, por de pronto, existe hoy una gran polémica en pro y en contra de la pequeña Empresa. Pero, en cierto aspecto, se parece a una polémica de sordos. Mientras hay quien se refiere a las necesidades de la vida humana, familiar o personal, con un sentido humanista de la economía, otros contestan sobre las necesidades de la técnica, del nivel de vida, con un sentido exclusivamente funcional. La contrastación entre los dos puntos de vista seguramente nos aproximaría mucho más a la verdad.

Junto a los hechos que dejamos anotados, cuando se habla de espíritu de Empresa hay quien cree inmediatamente que alguien trata de justificar el viejo capitalismo liberal o las injusticias propiamente reaccionaristas. No; nadie podría proponerse semejante empeño si hubiese, como decíamos, suficiente preocupación por la realidad con la que deben concordar las teorías. Poco a poco, quizá con demasiada lentitud para nuestra ambición juvenil, esa realidad se va transformando y abriendo a un nuevo estado de espíritu. No se trata tan sólo de las leyes sociales y de previsión. Queremos referirnos a que estas leyes cada vez operan sobre una conciencia pública más depurada y más conforme con una auténtica moral económica de tipo cristiano. Pocos serían los que hoy afirmasen que la propiedad privada es un derecho absoluto, que el trabajo es algo susceptible de compra-venta al igual que las otras me-

cancias, que el jefe de una Empresa no es sino el director de un complejo industrial de producción para obtener de los obreros y las máquinas el máximo rendimiento, sino que, además, se le considera responsable del destino económico de su personal, etc. Esas ideas, que van penetrando en nuestro ambiente, facilitan y facilitarán una legislación laboral que, respetando y aun tutelando la iniciativa privada, impida que esta iniciativa se mueva en el terreno del viejo liberalismo patronal. Pero, entre tanto ustedes, que trabajan y que aportan su esfuerzo a la elevación de nuestro nivel de vida, son ya un claro testimonio de la España real, que se proyecta hacia un futuro más generoso, frente a la España de los mitos cerebrales sin correspondencia con los hechos.

Liberalismo absoluto y dirigismo absoluto no son otra cosa que dos especulaciones doctrinarias que nada tienen que ver con ustedes y con los auténticos miembros de Empresa españoles; dos de aquellos mitos cerebrales que nunca hemos encontrado en nuestro quehacer. Liberalismo absoluto y dirigismo absoluto son dos conceptos para entretener a los escritores en sus respectivas revistas. Ustedes son hombres de la realidad que mira hacia adelante y que se nutre de sacrificio y de abnegación que es tanto como decir hombres de Franco y hombres de Empresa.

Claudio COLOMER MARQUES

CONFERENCIA ECONOMICA INTERAMERICANA

LOS ministros de Hacienda de las veintiuna Repúblicas americanas y observadores especiales de algunos países europeos se han reunido en Río de Janeiro para un examen total de las relaciones económicas. España ha sido especialmente invitada.

A comienzo del pasado año se reunía en Caracas la X Conferencia Interamericana, cuyas deliberaciones quedaron suspendidas por los sucesos de Guatemala.

El temario que abarca esta Conferencia Económica Panamericana es amplio, lleno de lógicas ambiciones: problemas de comercio internacional, precios y mercados, restricciones y desarrollo económico, cooperación técnica.

Los Estados Unidos han ido a Río de Janeiro con ideas prácticas y factibles. Es cierto que algunos países hispanoamericanos atraviesan una etapa crucial en la historia de su economía. Una mayor complejidad financiera arranca de las diferentes estructuras y grado de desarrollo económico de las diversas naciones del Nuevo Continente. La problemática de estas economías tiene en cada país formulaciones diversas y soluciones distintas. Pero es evidente que un mínimo error en la estimación de estos problemas básicos puede repercutir de modo inexorable en la cooperación política.

El secretario de Estado norteamericano, en la X Conferencia Panamericana, celebrada en Caracas, había dicho que los problemas de tipo económico eran mayores que los de tipo político. «No considero que estas cuestiones deban resolverse simplemente como medida defen-

siva contra el comunismo, sino para asegurar a los pueblos americanos, sin distinción de razas.»

Esta es la meta que en Río de Janeiro se proponen las veintiuna Repúblicas americanas. Asegurar una base fuerte en su economía. Un poderío económico hará nacer la fortaleza política de los más débiles. «Que todos puedan llegar a ser grandes», ha dicho el Presidente brasileño en el acto de apertura, después de pedir a los Estados Unidos que actúen con decisión y generosidad en la expansión económica hispanoamericana.

Ninguna política, ningún Estado puede llegar a ser grande ni aspirar a la independencia que los Gobiernos y los pueblos exigen, si esa independencia y esa grandeza no se fundamenta y arraiga en un potencial económico, sostenido de la industria, de la agricultura, de la explotación de todas las fuentes de riqueza.

Un sistema de cooperación entre los más fuertes y los más débiles es lo único que hoy produciría como efecto el resurgir de algunos pueblos sudamericanos, en la actualidad, y por diferentes causas, afectados de una debilidad que aún a corto plazo puede tener una profunda significación en otras esferas nacionales.

Es de esperar que de esta Conferencia habrán de salir necesariamente soluciones más o menos completas para los problemas de esta índole que los países hispanoamericanos tienen hoy planteados.

EL ESPAÑOL

MEDIO SIGLO MIRANDO AL SOL

EL OBSERVATORIO DEL EBRO NO HA REGISTRADO AUN EL PASO DE 'PLATILLOS VOLANTES'

—Los llamados «platillos volantes», caso de existir, tienen su origen en la tierra. No hay motivo alguno que justifique pensar que son astronaves procedentes de otro planeta.

He ahí una afirmación rotunda que nos hace el director del Observatorio del Ebro, padre Antonio Romañá, S. J., que en su despacho del célebre Observatorio español responde así a nuestras preguntas:

—La realidad de este fenómeno es muy dudosa. El Observatorio del Ebro tiene una guardia permanente que no ha registrado, hasta ahora, el paso de ningún «platillo». La mayoría de los casos, citados con tanta abundancia, se explican por sugestión, que hace tomar por «platillos volantes» fenómenos enteramente naturales, pero poco frecuentes; por ejemplo, el paso de un meteorito o la caída de un bólido. Hay una verdadera psicosis sobre este tema. Si alguna vez se ha observado de veras algún aparato volador desconocido, lo lógico es atribuirlo a ensayos de algún invento que haya interés en mantener secreto.

Hagamos un inciso para decir que el buen padre Antonio Romañá y Pujó, S. J., es presidente de la Comisión Internacional de Corrientes Telúricas y Variaciones Magnéticas, secretario en funciones de presidente de la Unión Nacional de Astronomía y Ciencias Afines, presidente de la Sección de Astronomía de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, vocal de diversas Comisiones de la Unión Astronómica Internacional y la Unión Internacional de Geodesia y Geofísica, vocal del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de las Comisiones Nacionales de Astronomía, Geodesia, Geofísica y Radio Científica...; pero, quizá como título máspreciado, es director del Observatorio del Ebro. Sobre la solvencia científica del

padre Romañá no cabe ninguna duda, y nosotros le agradecemos la sencillez de descender a los temas del hombre de la calle.

Preguntamos al padre Romañá: —Aunque niegue el carácter extraterrestre de los «platillos volantes», ¿cree posibles los viajes interplanetarios?

—Su realización parece todavía lejana, pero los creo posibles. No hace mucho estuvo en el Observatorio un ilustre profesor de Mecánica de una Universidad norteamericana que, junto con varios astrónomos e ingenieros europeos, se ocupaba muy en serio del asunto. Se trataba de enviar un cohete, sin tripulantes y dirigido por radar, que diese la vuelta a la luna con el fin de obtener, mediante dispositivos automáticos, el mayor número posi-

Izquierda: Ecuatorial solar en la torre del Observatorio. Derecha: Instalaciones meteorológicas al aire libre



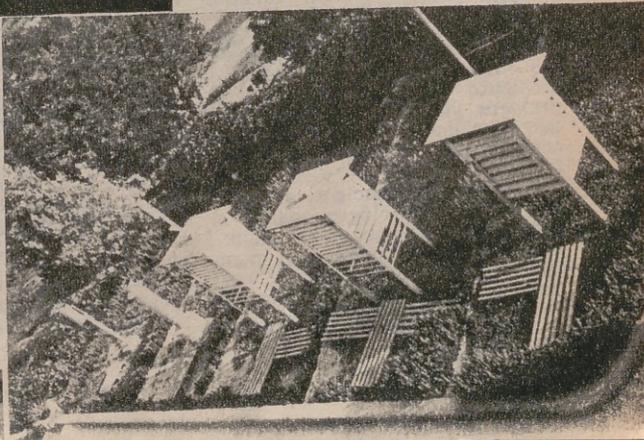
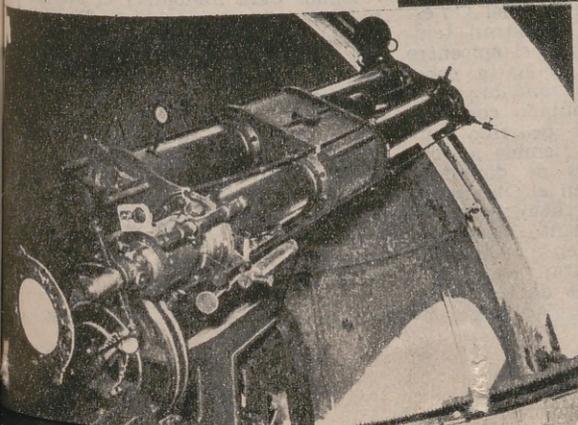
Momento de lanzar el primer globo piloto en el Observatorio del Ebro

ble de datos sobre la cara de nuestro satélite, que nunca vemos. Según él, la realización era sólo asunto de tiempo y de medios económicos.

—¿Acepta la teoría de otros astros habitados?

Hoy por hoy, sólo cabe hacer conjeturas más o menos fundadas. Todo lo de los canales de Marte, en cuanto pueden ser obra de ingeniería, es un mero juego de imaginación. No es serio pasar a métodos de irrigación en Marte partiendo de los indicios fundados de que exista en aquella planeta vida vegetal.

—En el caso de haber varios astros habitados por seres más o menos parecidos al hombre ¿quedaría planteado algún problema de tipo religioso, sobre la redención del género humano, por ejemplo?



—La posible existencia de humanidades astrales no es asunto que afecte en nada a la fe ni crea problema alguno a la verdad y excelencia de la redención del género humano.

La respuesta no deja lugar a dudas ni a contradicciones entre la fe cristiana y la ciencia. Y como suponemos que el director del Observatorio del Ebro tendrá muchas cosas que hacer, no queremos emplearle más tiempo. Le pedimos permiso para visitar detenidamente el Observatorio. El padre Antonio Romañá toca un timbre y pronto está con nosotros uno de sus colaboradores.

—Acompañele a visitar todas las instalaciones y déle los datos que pida. Puede entrar también en los sótanos del pabellón magnético de variaciones.

EN EL VALLE ABIERTO DE TORTOSA

Estamos sobre una colina desde la que se contempla un soberbio paisaje del valle de Tortosa, casi en la misma desembocadura del Ebro. Al pie de los montes y lejanas vertientes se ven grandes manchas de olivos y algarrobos. Las huertas ubérrimas se extienden a nuestros pies con multitud de árboles frutales, hileras de verdura, canalillos de riego y desperdigadas masías, entre las cuales los sembrados de caña insinúan a veces una línea de construcción que parece ya un apunte de barraca valenciana.

En primer término está la población de Roquetas, con sus casas blancas. Más lejos, la ciudad de Tortosa con sus dos grandes núcleos de población, que parecen colgados, como gigantes alforjas, sobre el caudal del Ebro. Y por aquel mismo lado el horizonte montañoso del Coll de L'Alba, como una sierra gastada y casi lisa por milenios de erosión.

A nuestras espaldas se levanta, a unos doce kilómetros, la mole del monte Caro. Vemos también la sierra de Cardó y la de Montsiá, esta última hacia San Carlos de la Rápida. Pero, pese a tanta sierra, el valle de Tortosa es ancho y despejado. Un valle de observación en el que la lejanía y ancianidad de las montañas no priva demasiada altura de horizonte, sino que parecen recoger y guardar una luminosidad intensísima, de la que el Ebro, en su tramo final, es como un gran espejo que, para más filigrana, alarde y clasicismo, termina en delta y no en omega, que es la letra griega del fin y de la muerte.

El Observatorio del Ebro no está formado por un edificio único, sino que consta de muchos pabellones distribuidos por la colina entre arboladas de pinos, jardines, parterres y huertas, que dan al célebre establecimiento científico un cierto aire de sanatorio y casa de reposo. Los distintos pabellones están semicirculares entre los pinos, como si en el momento de su construcción se previera ya que el Observatorio del Ebro iba a estar durante casi ocho meses en una línea de fuego.

Nos dirigimos hacia el pabellón del Servicio Aerológico, desde el que acaban de lanzar un globo-sonda, que sube como una pompa de jabón. Son globos de caucho que se hinchan con hidrógeno y se sueltan para seguir su

marcha y comprobar con el teodolito datos sobre la velocidad y cambios de viento. Unos oficiales seculares del Observatorio anotan en una libreta. Nos dicen que el calor del sol dilatará el hidrógeno del globo-sonda hasta hacerlo estallar a gran altura; o sea que esos globos se echan cada día hacia lo alto se puede decir que a fondo perdido, ya que explotan después de que sirven de punto de referencia para interesantes cálculos y comprobaciones. Nos explican que, sea cual sea la velocidad del viento, el globo-sonda tiene una velocidad uniforme en altitud, que en este caso es de doscientos metros por minuto. Como están contruidos de una materia dilatada, ganan en volumen lo que pierden en fuerza ascensional a causa del enrarecimiento del aire. La ruta seguida por cada globo se traza en gráfica sobre un papel.

En la parte media de la colina están instalados los Servicios de Meteorología. De estos Servicios cuida más directamente el padre Eduardo Galdón, S. J. Vemos una serie de garitas o casetas que protegen con persianas los aparatos. Están plantadas sobre suelo cubierto de césped para evitar reflexiones. Al lado de estas casetas hay pluviómetros, preparados para recoger el agua de lluvia, y anemómetros, que muelen viento para medir su velocidad.

Todos los pabellones del Observatorio trabajan siempre en relación con la hora solar exacta, que da una sala de relojes de precisión encerrados en una gran cámara aislada de los cambios atmosféricos. Como es imposible el reloj perfecto, allí están encerrados varios que marchan a la vez y dan entre todos la hora exacta a un dispositivo eléctrico que la comunica a todos los pabellones minuto a minuto. Ni las fracciones de segundo se desprecian en los cálculos del Observatorio del Ebro. Una serie de señales acústicas y encendido de luces marcan en los diversos pabellones el paso del tiempo.

TERREMOTOS EN CAÑA DE BAMBU

Una de las visitas más impresionantes es la del pabellón sísmico, en el que se pueden contemplar a través de cristales los grandes sismógrafos de péndulo zenital. Cuidado con pisar fuerte en los alrededores de esta sala. El solo hecho de abrir la vidriera sería registrado en la gráfica. Las masas pendulares llegan a tener un peso de mil quinientos kilogramos, que con el juego de amplificadores resultan sensibles al soplo humano. Basta soplar en la sala de un sismógrafo para que la varilla ligerísima de bambú registre sobre el tambor continuo que ha habido una alteración. Los sismógrafos del Observatorio del Ebro registran temblores de tierra con el epicentro en las antípodas, y hasta podemos decir que el temblor en el Japón queda dibujado con más claridad que otro ocurrido muy cerca. Si la tierra tiembla a veinte mil kilómetros de distancia, hay unas agujas en el Observatorio del Ebro que graban la intensidad del movimiento sísmico y el minuto exacto en que éste comenzó. Nos muestran varios sismogramas, algunos de los cuales son de una intensidad impresio-

nante; en uno de ellos las rayas se salen del papel ahumado; tan fuerte fué el terremoto. Ahora los que temblamos somos nosotros al ver esas rayas que marcan los minutos justos en que quizá murieron muchos millares de personas.

Esos sismógrafos tuvieron que registrar los temblores de la tierra producidos por las explosiones de la batalla del Ebro y de los duelos de artillería en el valle de Tortosa, en que los obuses volaron tantas veces por encima del pabellón sísmico.

Nuestros amables acompañantes nos dicen que el Observatorio del Ebro no tiene muchas instalaciones espectaculares, ya que no es propiamente un observatorio astronómico, ni solamente meteorológico o solamente sísmico, sino que fué el primero en el mundo creado para el estudio de la física cósmica, o sea el estudio de las relaciones entre los fenómenos solares y los terrestres. Se estudia el sol, por un lado, y la física del globo, por otra, en los aspectos concretos que interesen para esta relación. En la práctica el Observatorio del Ebro se adelantó veinticinco años a lo que después ha hecho la Unión Astronómica Internacional, con sus establecimientos conjuntos de física cósmica.

La idea de este Observatorio originalísimo, y entonces único en el mundo fué debida al padre Ricardo Cirera, S. J., que había dirigido la sección magnética del Observatorio que los jesuitas tienen en Manila.

El padre Ricardo Cirera se dio cuenta de que unos observatorios registraban las variaciones magnéticas y hasta eléctricas, pero no seguían las fases de la actividad solar. Por el contrario, los que se dedicaban al estudio de la astronomía física no se preocupaban por los fenómenos de física terrestre ni en encontrar una relación directa entre aquella y ésta. Para remediar tal deficiencia creó en el valle de Tortosa el Observatorio más original del mundo, que, para admiración de los técnicos, se planeó para el estudio conjunto de la física solar y la terrestre a un mismo tiempo, en lo que tengan de relación más o menos directa.

VE LA LUZ EN UN ECLIPSE DE SOL

Fué inaugurado el Observatorio del Ebro el 30 de agosto de 1905, con motivo de un eclipse solar en el que el nuevo Observatorio tenía la suerte de encontrarse en plena zona de totalidad. Esta feliz circunstancia atrajo a la colina arbolada de Roquetas a gran número de astrónomos de todo el mundo. Fueron setenta en total los sabios reunidos para inaugurar el originalísimo Observatorio de Física Cósmica. Cuarenta de esos técnicos se instalaron en el mismo Observatorio del Ebro y los treinta restantes fueron repartidos en cuatro estaciones provisionales dentro de la zona de totalidad de aquel eclipse de sol y que se montaron en Alcocebre y Vinaroz (en la provincia de Castellón de la Plana) y en Montsiá y La Espina (en la provincia de Tarragona). Con estas estaciones provisionales se trató de arreglar, en todo lo posible, la visibilidad del eclipse en el caso de que

se formaran algunas nubes. Y para más seguridad algunos técnicos del Observatorio del Ebro se trasladaron a Palma de Mallorca para observar desde allí el eclipse solar total.

Todo salió bien, y nos cuentan cómo los sabios visitantes tuvieron palabras de elogio por el acierto en la elección del lugar de emplazamiento del Observatorio. La radiactividad del terreno de Roquetas es muy baja, lo cual ayuda a una buena observación eléctrica. Por otra parte, la ausencia en la comarca de filones ferruginosos favorece el estudio de los fenómenos magnéticos, que tampoco se ven alterados por la presencia próxima de tranvías o trenes eléctricos, que tantas observaciones magnéticas han inutilizado en otros lugares científicos dedicados a esos estudios.

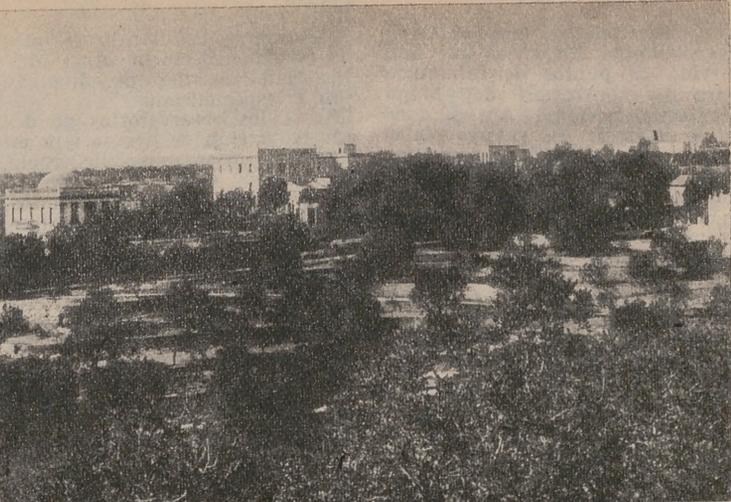
FOTOGRAFIAS AL SOL

Por un camino que serpentea entre céspedes vamos ahora hacia la cúpula metálica que guarda la ecuatorial, el mayor aparato de que dispone el Observatorio. Parece una gran vivienda de esquimales el pabellón redondo que guarda esa lente gigantesca con la que se puede retratar al sol en exposición. Un ingenioso sistema de poleas permite que los técnicos que nos acompañan abran fácilmente una parte de la cúpula. Basta tirar de unas pesas y la media naranja se abre. No es un telescopio ni un cañón anti-aéreo esa ecuatorial que los técnicos se ponen a manejar a una rapidez de maniobra de guerra. Empujan el contrapeso y todo el aparato gira sobre su eje hasta apuntar al sol, que queda enfocado en una pantalla. Luego, un mecanismo de relojería queda acoplado y el aparato girará lentamente para que la imagen solar no salga de la pantalla, pese al movimiento de la tierra. Todo es giratorio en este pabellón: la cúpula, la ecuatorial, el sol, la tierra y hasta la máquina fotográfica, que tiene que seguir la corriente para que salgan bien los retratos del astro rey.

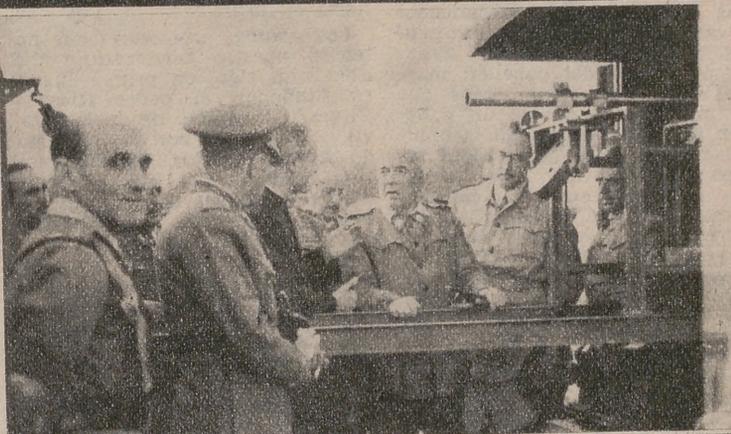
Es desconsolador, pero resulta que el sol tiene manchas y fáculas. La frase que dice «es más limpio que el sol» no es muy exacta para quienes trabajan en este pabellón del Observatorio del Ebro. El sol tiene manchas oscuras y fáculas o regiones más brillantes, como tiene también horriblas protuberancias o flecos de fuego de muchos miles de kilómetros de longitud. A veces esas protuberancias duran varios días y por último se sueltan del disco solar para quedar como flotando y desaparecer después. Se cree que son inmensas llamaradas de vapores incandescentes que lanzan el sol al espacio a velocidades de hasta centenares de kilómetros por segundo y que a veces alcanzan alturas casi iguales al radio solar. Unas protuberancias son de tipo eruptivo, y se levantan en forma de surtidor; otras son de tipo quiescente, y son las que permanecen adheridas varios días para ser lanzadas después a una extraordinaria distancia.

NUBES DE CALCIO Y GASES DEL DISCO SOLAR

Antes, esas espantosas protube-



Sobre este maravilloso paisaje de pinos, con la Sierra al fondo, en las márgenes del Ebro, se levantan los edificios del Observatorio



El padre Romañá, actual director del Observatorio, explica a un grupo de generales y jefes el funcionamiento de los aparatos

rancias solares se podían observar nada más que en los eclipses, pero ahora el espectroscopio de protuberancias permite la observación de esos fenómenos sin esperar a que el eclipse se produzca.

Otro de los fenómenos estudiados es el de las nubes de calcio que se hallan en la atmósfera solar. También se estudian los filamentos de hidrógeno y las formaciones del gas helio, que lleva el nombre del sol, porque su primer conocimiento se dió en el estudio del disco solar, antes de que el helio se encontrara también en la tierra.

El padre José Oriol Cardús, subdirector del Observatorio del Ebro, es el más directamente encargado del estudio del sol y de los fenómenos de magnetismo terrestre que con aquel astro se relacionan. Procuramos entender todas las explicaciones que se nos hacen, con peligro de coger una insolación de conocimientos hasta ahora insospechados. Nos permiten comprobar sobre los aparatos la teoría que se nos expone, y, en efecto, vemos al sol con manchas y puntos más brillantes. Se nos muestran fotografías en las que se ven grandes protuberancias solares en forma de surtidores de llamas. La fotosfera solar es aquella capa que se ve de ordinario y que puede fotogra-

fiarse sin filtros especiales, pero debajo de esta capa está la cromoesfera, de estudio bastante más difícil. Ocurren a veces fenómenos curiosos, como es el que la corona tenga una temperatura muy superior a la de la superficie solar. Un millón de grados es, a veces, la temperatura de la corona y seis mil grados la de la superficie del sol.

Todos estos fenómenos son estudiados meticulosamente en este Observatorio, en el que la investigación solar ocupa un puesto muy destacado y preponderante. No cabe duda de que los jesuitas, hermanos y técnicos seculares del Observatorio del Ebro, trabajan estrictamente cara al sol.

Y otra vez por los caminos que serpentean entre el pinar nos dirigimos, ahora bajando, hacia los pabellones de magnetismo. Pasamos primero al de observaciones absolutas, que está construido enteramente de madera. Nos dicen que hasta los clavos, tornillos, bisagras y cerraduras se pusieron de cobre o de latón para evitar, de esta manera, la influencia magnética del hierro.

SOTANO DE LUCES Y MAGNETISMO TERRESTRE

Contemplamos por una ventana el interior de este pabellón, en el que existen unos pequeños aparatos, un inductor terrestre y

un magnetómetro. Hay también dos columnas históricas que han servido de puntos de referencia para la confección del Mapa Magnético nacional. Ahí es donde se registran los valores reales o absolutos de los elementos magnéticos en un tiempo dado.

El pabellón magnético de variaciones cuida de los cambios ocurridos en el magnetismo terrestre, o sea, de valores relativos. Está aislado por un foso para evitar la humedad. Antes de entrar en este pabellón nos hacen depositar en una cajita cuantos objetos puedan perturbar la marcha de los variómetros, como son las llaves, cortaplumas, relojes... es una precaución que se exige a los poquísimos visitantes que se permiten en este pabellón. Los aparatos están bajo tierra y hay que descender a oscuras por una escalera. No hay corriente eléctrica en este pabellón para que no haga variar los variómetros que están encerrados en urnas de cristal. Los mecanismos llevan unas lucecillas intermitentes. Son como sótanos de almas en pena esos del pabellón magnético de variaciones. Más que de magnetismo parece un pabellón de magia negra. En la oscuridad, puntos de luz; fuegos fatuos que registran nada menos que las variaciones en el magnetismo terrestre. Nos han quedado en el bolsillo unas monedas y sentimos que nos tiran de ellas. Salimos a escape antes de quedar pegados a una pared de esa tumba de variómetros y lucecitas.

Otra gran especialidad de la casa es la que se refiere a corrientes telúricas, para cuyo estudio se cuenta con muy buenos aparatos. El director del Observatorio, padre Antonio Romañá, es un gran técnico en esas corrientes. Sabios de todas las naciones pregonan que el Observatorio del Ebro es la estación que presenta el registro más completo y continuado de esas corrientes telúricas que se propagan por el subsuelo.

Basta visitar la magnífica biblioteca del Observatorio del Ebro para darse cuenta de su influencia en multitud de publicaciones de todo el mundo. La «Enciclopedia Británica», por ejemplo, hace en materias de Física Cósmica numerosas citas a las

observaciones del Ebro, y lo mismo podemos decir de otras muchas publicaciones de divulgación y especializadas.

Hasta los observatorios de detrás del «telón de acero» quieren mantener intercambio de publicaciones con el del Ebro. Pero la regularidad de esos contactos, puramente científicos, es bastante difícil de mantener. Moscú, para citar un solo caso, desde hace más de cinco años parece que no tiene intercambio con ningún observatorio occidental.

MEDIO SIGLO AL SERVICIO DE ESPAÑA

El día 30 de agosto de 1955 el Observatorio del Ebro va a cumplir su medio siglo de prestigiar a España con sus buenos servicios a la cultura universal. Y en este medio siglo de funcionamiento va a hacer recuento silencioso de sus esfuerzos para seguir calladamente con la vista hacia el futuro.

Los grandes promotores que han tenido nuestro Observatorio del Ebro han sido, en primer lugar, su fundador, el padre Ricardo Cirera, S. J., que, desde Manila, vino a resarcir, con su esfuerzo de creación, a una España dolida entonces por tantas pérdidas. A principios de 1920 pasó a ocupar la dirección del Observatorio el ilustre padre don Luis Rodés, S. J., con su bien ganado prestigio internacional de sabio y virtuoso.

El ilustre padre Rodés fué, durante muchos años, el alma del Observatorio del Ebro, y cuando el advenimiento de la República, su prestigio internacional y su energía fué un valladar a la acción sectaria contra las instituciones culturales de la Compañía de Jesús.

El Observatorio del Ebro es una institución de carácter privado, que administra la Compañía de Jesús para el servicio de España y de la cultura. Por eso se vió, aunque con dificultades, un poco a salvo del momento político que produjo la segunda República en España, y hasta su funcionamiento accidentado sorteó difíciles momentos de la guerra civil.

Desde la iniciación de la guerra liberadora, el entonces director del Observatorio del Ebro, pa-

dre Luis Rodés, S. J., y sus colaboradores más directos, entre los que destacaba el P. Ignacio Puig, S. J., quedaron aislados hasta que en agosto de 1937 el padre Rodés consiguió ir, con carácter particular, al Congreso de Astrofísica celebrado en París. Desde el extranjero el padre Rodés se puso en contacto con el Gobierno nacional, del que recibió instrucciones de salvar, a toda costa, el Observatorio. Ante la amenaza directa del frente en el Ebro, el padre Rodés volvió a Tortosa, pero en abril de 1938 los archivos del Observatorio del Ebro eran saqueados por los internacionales.

El padre Luis Rodés dejó, sobre los despachos saqueados, una nota de protesta que, a las pocas horas, era recogida por las tropas nacionales. Aquella nota fué cursada rápidamente al Cuartel General del Generalísimo.

Varios aparatos de precisión, entre ellos la ecuatorial, que permite observaciones solares, habían sido embaladas a toda prisa con destino desconocido. Mientras en el libro de honor aparecían firmas de jefes y soldados de las Brigadas Internacionales. Los saqueadores dejaban constancia personal de su paso con frases dedicadas al sol y a la luna.

Luego, el frente estacionario durante unos meses. El Observatorio, del lado nacional. Después, el peligroso momento del paso del Ebro por los rojos. Los duelos de artillería por encima de los pabellones científicos.

«No bombardear el Observatorio», fué el aviso. No tiene interés militar. Y así los embudos de bombas fueron en aquella colina relativamente pocos. Mientras las instalaciones que habían quedado a salvo volvían a reanudar su actividad científica, el ilustre padre Rodés era como un rehén que velaba para que el Observatorio no fuese bombardeado.

Luego con la liberación de toda Cataluña, los instrumentos robados, entre ellos la ecuatorial de observación solar, aparecieron en el castillo de Perelada, en la provincia de Gerona, y casi en la raya de Francia.

El Observatorio volvía a tener casi todos sus aparatos, pero gran número de anotaciones y fichas habían desaparecido. El padre Rodés no pudo sobrevivir a esta desgracia.

La Compañía de Jesús posee dos observatorios en España: el del Ebro y el de Cartuja (Granada); uno en Líbano, uno en Madagascar, uno en China, dos en la India, uno en África del Sur, uno en América del Sur, uno en Australia, dos en Italia, uno en Filipinas y veintiocho en Norteamérica, donde tiene una red de sismógrafos, más fuerte que la misma del Estado federal, al servicio de la gran nación americana.

Por eso pueden decir en Norteamérica algo que también es aplicable al Observatorio del Ebro, que «no puede temblar la tierra sin que lo registre la Compañía de Jesús».

F. COSTA TORRO
(Enviado especial.)



Científicos de Europa y Asia visitaron el Observatorio en 1924



EL HOMBRE SOBRE
EL TERRENO

SIR IVO MALLET

EMBAJADOR DE INGLATERRA EN MADRID

“TENGO UN HONDISIMO
DESEO DE CONOCER
BIEN ESPAÑA”

UNA VIDA AL
SERVICIO DE LA
DIPLOMACIA Y
LA POLITICA

“HAY MUCHO QUE APRENDER EN UN PAIS NUEVO”, COMENTA SIR MALLET

A las seis y media en punto, ni antes ni después, un alto mozo uniformado de chaquetilla corta a rayas rojas y negras me introdujo en el gran salón de la residencia particular del embajador de Inglaterra en España. El honorable Edmund Howard, segundo secretario de la British Embassy en Madrid, que era quien me facilitara la entrevista, me había dicho, a las dos de la tarde: «El embajador le recibirá en su domicilio particular, Hermanos Bézquer, 3, a las seis y media de la tarde.» Y justo a esa hora, casi hora británica de la puntualidad, me encontraba delante de sir Ivo Mallet.

Quando entré en el ancho y grande salón, el embajador estaba leyendo. Un libro que después, en el transcurso de la conversación, cogí y pulsé. Se trataba, ni más ni menos, que de este autor y este título: «Spain, an interpretation», de Angel Ganivet.

Al levantarse el embajador me sorprendió por su estatura. Es un hombre tan alto que lo único que se puede decir de él, con todos los respetos, es que está ajustado, que guarda proporciones exactas con el salón. Un

salón que puede ser de baile o de reunión de muchos. Un salón en el que las alfombras navegan en el parquet. Pero sir Ivo Mallet no es sólo alto, sino que es ligero y delgado. Vestía en ese momento un traje gris de raya negra, una corbata azul ganada por unas rayas blancas, mientras que, cruzando el chaleco, aparecía una leve cadena de reloj. Un descuido, si se me permite la frase, elegante, un poco negligentes y seguro, cuidadoso, pero sin un solo detalle de petimetre, resaltaba de toda su figura.

Hizo frente valientemente, hay que decirlo, al fotógrafo. Nos llevó, deteniéndose ante cada puerta para dejarnos pasar, invitán-



Mr. Ivo Mallet sale de su residencia, acompañado del introductor de embajadores, barón de las Torres, el día en que presentó sus cartas credenciales

donos a hacerlo con un leve gesto entre autoritario y cortés, a su despacho y a una salita en la que, ante una mesita, suele leer.

En la pequeña salita me detuve un momento ante el retrato

de juventud del político William Pitt. Un retrato caliente de colores dentro de su sobriedad, que se enfrentaba con uno próximo de Reynolds. William Pitt, lo comprendo ahora al ver su retrato, podía decir bien aquellas famosas palabras: «Sé que puedo salvar al país cuando nadie más podría hacerlo.» Un hombre del siglo XVIII.

Cuando el fotógrafo ha cumplido su misión y disparado sus últimas placas, la firme cortesía del embajador se resiente: «...Llevo unos días...»

«AQUI, EN ESA CALLE SERRANO...»

Hace un mes que el nuevo embajador inglés está en España. El 11 de noviembre, precisamente, fué el día de la presentación de las cartas credenciales.

Ya sentados, en la quietud de la conversación, en las quietas pausas que se van abriendo entre mis preguntas y sus respuestas, voy observando su silenciosa concentración, que aparece hasta en la encarnadura sensible y chispeante de los ojos azules, casi líquidos, en los que el esfuerzo de la conversación parece enrojecer ligerísimamente los párpados.

Le pregunto, extrañado, por su buen castellano. Un castellano que veo le fatiga, que le obliga a una constante superación de la fatiga y que se escapa a veces al francés y al inglés. Pero es un español sin vicidencia. Llegará, estoy seguro, a dominarlo perfectamente. Cuando vuelvo a preguntarle que dónde lo aprendió, me contesta:

—No he aprendido todavía... Estudié en Madrid hace treinta años. Estuve—dice—en una familia española aquí, en esa calle Serrano...

Y al decir «aquí, en esa calle Serrano», una mano suya apunta, en el vacío, la dirección.

—Lo he estudiado también en Marruecos, en Tánger, donde estuve de cónsul general de Inglaterra desde final de 1946 hasta 1949.

Durante ese tiempo el embajador inglés realizó varias visitas a España. La atravesó camino de Inglaterra. Porque España ha despertado siempre un apasionado interés para sir Ivo Mallet. Por cierto, sir Ivo...

—En España—interrumpe sonriente—se han empeñado en escribir mi nombre con «b». Así me veo escrito como sir Ivo. Hasta me han preguntado si mi nombre es oriental...; mi nombre es corriente en Inglaterra.

Al hablar, sin una sola acritud, con una confiada naturalidad, las manos, ligeras, extrañamente sensibles y las únicas que a veces revelan su impaciencia al no encontrar las palabras justas, acarician incesantemente, revolviéndolas, alisándolas y estirándolas, las rubias cejas. Es un movimiento instintivo y activo.

LA ATRACCION DE ESPAÑA

—Señor embajador, ¿qué era lo que le atraía de España?

—Conocer sus bellezas, conocer y conocer—repite la palabra quizá más veces—España. Lo poco que vi en aquel mes hizo que «quería» ver más.

—¿Conoce a Walter Starkie?

—Oh, sí; un enamorado de España. Porque España es un país



El embajador de Inglaterra comenta con nuestro redactor el retrato de William Pitt, famoso político inglés

muy amado por los ingleses. Ahora, anualmente, vienen miles de ellos...; yo mismo tenía veinticuatro años cuando vine por vez primera.

—Nosotros los ingleses—dice sir Ivo Mallet—hemos tenido una larga cooperación con España en la economía..., hasta en el vino de Jerez...—Y sonríe.

LA ALEGRE GENTE DE LA CALLE

—Yo tengo un enorme interés por ver la reconstrucción de España de la guerra para acá y su desarrollo económico. Sobre todo—añade—, me interesan mucho sus obras sociales.

Su interés por España es un interés auténtico, que se ve más allá de las palabras: «...Tengo un gran deseo de ver la España de hoy...»

Influido por sus palabras pregunto al embajador por sus apreciaciones más íntimas que ha recogido sobre España.

—Es pronto para hacer un examen completo...

—Pero, ¿su primera impresión?

—Me ha sorprendido el aspecto de la gente de la calle: da idea de ir dichosa, alegre. Hoy no se ve mucho así por el mundo.



Mr. Mallet en su mesa de trabajo de la residencia particular

—¿Y el principal contraste con la España que conoció antes de la guerra?

—La reconstrucción de Madrid. El desarrollo de la ciudad es enorme, y la belleza de sus edificios, sobre todo en la Ciudad Universitaria, es sorprendente.

UNA CEREMONIA IMPRESIONANTE

Hablamos ahora, mientras sirven un whisky a sir Ivo Mallet, que, según sus palabras, «lo necesitaba, porque hacía muchos años que no hablaba tanto en español», de lo que significó para él la presentación de las cartas credenciales al Jefe del Estado español.

Un poco la conversación se ha ido ella sola, por sí misma, desenvolviéndose. El embajador se pasa la mano por la frente y bebe lentamente, como si buscara las palabras justas para cada frase. Mientras recoge sus recuerdos, mientras afila su castellano, yo bebo ese jerez hispánico que, según sir Ivo Mallet, no falta en ninguna buena bodega inglesa. Aquí, entre las paredes de la residencia del embajador, le encuentro yo, por contraste, toda su honda y peregrina naturaleza rubia. Los de Jerez estaban invitados, tranquilos y callados, en nuestra conversación.

—Guardo de mi presentación al Jefe del Estado español un gran recuerdo. Todo el espectáculo, con la Guardia Mora, es magnífico. Especialmente—añade como resumiendo dentro de sí los cuadros—en el Palacio, con la Guardia Mora y el regimiento de Guardia en la escalera... Toda la ceremonia—termina—es impresionante.

Y mientras habla y repite la palabra «espectáculo», que en su mente parece tener una interpretación próxima a lo maravilloso y extraordinario, el embajador de Inglaterra va contándose, en una voz baja y lenta, suave, los detalles más salientes de aquellos momentos.

—Es difícil hacerse una opinión de las personas en una recepción oficial, en la que todo está medido, como es natural y ocurre siempre con todo el mundo, además—termina sonriendo—



«Necesitamos a España. Necesitamos a España en Europa», comenta Mr. Mallet al autor de esta entrevista.

de gran uniforme; pero en los veinte minutos aproximadamente de conversación con el Jefe del Estado español me di cuenta que escucha con una gran cortesía y me contestó muy «gentilmente».

Y el «gentil y gentilmente» del embajador tiene un no sé qué de buen aroma cortés, un no sé qué de italiano—que tantas veces se le escapa—, que estimula aún más la cordialidad con que lo pronuncia.

«NECESITAMOS A ESPAÑA EN EUROPA»

—Señor embajador, ¿le dieron instrucciones escritas cuando vino a España?

—¡Ah! Cuando me nombraron para ir a Belgrado no recibí ninguna instrucción escrita. Ya sé que no suele ser así en otros países. Pero entre nosotros, cuando se nombra un nuevo embajador, éste se limita a hablar con sus colegas del Foreign Office (Asuntos Exteriores) y con el secretario de Estado. Después todo hay que ir haciéndolo...

Recuerdo, al oírsele, un comentario semejante que hace André Maurois en su libro «Los ingleses» al comentar que una de las tradiciones británicas es dejar actuar al «hombre que está sobre el terreno» (the man on the spot).

—Hoy, lo más importante de las relaciones de Inglaterra y España es la necesidad de comprenderse. Un sentimiento muy fuerte que se va abriendo camino en todas direcciones, a pesar de los prejuicios—añade—de trabajar todos juntos frente al peligro común. Sólo que trabajar es educar. Hay que educar para hacer fácil la tarea. Así, un día, los problemas pendientes se resolverán...

Y con una voz crecida repentinamente ratifica en cierta manera sus sentimientos. Las manos, las dos, enormemente expresivas y finas, que parecen en ese momento más rubicundas ante la luz, cierran este breve comentario: «Necesitamos a España. Necesitamos a España en Europa.»

Después de decirlo bebe a corchos tragos la bebida. El hielo brilla un poco. Las manos galopan otra vez a la frente.

LA EXPERIENCIA DE LA MOCEDAD

La conversación, casi montaraz, que va de un lado para otro, se ha ido centrando, mientras las horas van abrumando el reloj, hacia la propia vida de sir Ivo Mallet. La vida del diplomático, que es una vida de cambio y mutación casi constante. Quizá por eso, anticipándose a mis preguntas, hace este corto, pero extenso comentario: «Hay mucho que aprender en un país nuevo.»

Cuando vino a España lo hizo para ponerse en contacto con el castellano. Los idiomas eran el caballo de batalla para ingresar en el Foreign Office. Había estudiado español en el colegio; pero el mes de España venía a dar el espaldarazo a su aprendizaje de la gramática.

Estudió en Harrow, «la misma en que estudió Churchill»—añade, sonriente, al hablar de sus recuerdos de mocedad. En la Escuela de Harrow, donde es costumbre enseñar a los visitantes su verdadera «Arca Santa», la

Meca de Harrow, que es una vieja aula, sobre cuyo friso de madera han grabado sus nombres generaciones enteras de estudiantes. Todavía en la guerra de 1914-18—no sé si aún ahora seguirá existiendo el «pique» entre Harrow y la Escuela de Eton—, los antiguos alumnos de Eton, parodiando burlescamente la terrible vociferación alemana «Gott strafe England»—el «Dios maldiga a Inglaterra»—, se enviaban numéricamente, de división a división (dice André Maurois), su famoso «Gott strafe Harrow».

Le pregunto al embajador si en esos buenos tiempos de estudiante fué, siguiendo las tradiciones escolares de los ingleses, un gran deportista.

—¡Ah!... Yo no estaba muy deportista, y tampoco—dice respondiendo con amable ironía a una alusión que ha cruzado en la conversación sobre Percy B. Shelley—fui poeta.

Incidentalmente hablamos de su presencia en la Universidad de Oxford. A sir Ivo Mallet le cuesta hablar de sí mismo. «Es poco interesante...»—me advierte.

Pero las palabras, en el gran salón, van ensambándose en las distintas etapas de su existencia.

—Los muchachos vivíamos en Oxford—me dice—como en un monasterio. Era una vida ascética, cómoda si se quiere, pero ascética—y al llegar aquí se interrumpe para preguntarme si es correcta su versión de la palabra—. Cada alumno—prosigue—teníamos dos habitaciones y un servidor por cada «escalera»...

—¿Escalera?

—¡Ah!... Llamábamos «escalera» al conjunto de seis estuديات, o sea, doce habitaciones... Yo era muy gran lector...

Repentinamente, durante unos instantes se calla. Parecen gravitar sobre él los viejos salones góticos de la Universidad, adornados con los retratos de los Reyes, los profesores sentándose en la mesa alta, colocada sobre el estrado; las oraciones en latín antes de las comidas. Quizá también el fabuloso desfile con que Oxford celebra anualmente la concesión de los títulos de los distintos



Mr. Ivo Mallet, embajador británico en Madrid, dedica gran parte de sus horas libres a la lectura.

doctorados. Los ujieres armados de mazas de plata, el canciller de la Universidad y su paje, los doctores en Teología, Derecho Civil, Letras...

¿Pensaba en esc?

A LOS VEINTIDOS AÑOS, A VIAJAR

A los veintidós años, terminada la carrera de Historia, sir Ivo Mallet comenzó a viajar casi incesantemente. El Foreign Office, punto central de sus deseos, tenía que alcanzarse así: corriendo Europa, practicando el bello oficio de hablar todas las lenguas. Y eso que el embajador se empeña en decir: «Nunca han sido mi fuerte.»

Antes de venir a España pasa dos años en «la Francia y en la Alemania». Dos años de buen aprendizaje. Después vino a España, y en el año 1925 ingresa ya en el ministerio de Asuntos Exteriores. Ese año hace su primera salida oficial. Va a un sitio crucial en su existencia: a Constantinopla.

Crucial porque en Turquía, este hombre, que nació en 1900, cuando tenía veintiséis años, conoció a Mary Wierusz-Kowalska.

—Mi esposa—dice el embajador—es polaca. Su padre fué ministro de Polonia en varios países.

Su mujer, que le ha acompañado incesantemente en ese dilema constante de abrir y cerrar malletas.

—¿No se cansa nunca?—le pregunto.

—Es hija de diplomáticos.

—¿Conoce usted, señor embajador, el polaco?

—Un poco.

—¿Y cómo se hablaron en los primeros tiempos?

—¡Oh!—se rie alegremente, feliz de recordar aquellos tiempos—, tan pronto en inglés como en francés... Hoy hablamos sólo en inglés. ¿No cree que he hecho bien?

Sir Ivo Mallet tiene tres hijos. Joan, de veinticuatro años, que está comprometida, me dice en francés, por no encontrar la palabra española, y que se casará en Madrid próximamente con otro diplomático del Foreign Office.

Luego viene Louis, de veintidós años, recién terminada la carrera en Oxford, y que comenzará a trabajar dentro de muy poco en Escocia.

Y queda, por último, el benjamín. Se llama Tony, de dieciséis años. Estudia en un colegio de benedictinos Física y Química.

—¿Para el Premio Nóbel?

Otra vez su leve sonrisa antes de contestar.

—Quizá, es muy inteligente.

Y después de decir la buena broma, el buen augurio, se le ve complacido en el recuerdo del pequeño Tony. Del Tony físico y químico, quemador de innumerables batas de laboratorio.

EN LA EMBAJADA INGLESA DE ALEMANIA

Del año 1932 al año 1936 permaneció como segundo secretario en la Embajada inglesa de Alemania. Es tan importante y tan destacada la época que no puedo evitar preguntarle:

—¿Qué dijo usted en el Foreign Office a su regreso a Inglaterra?

—La guerra era inevitable. Para todos los que pasaron esos

años en Alemania no era ningún secreto.

—¿Vió personalmente a Hitler en alguna ocasión?

No duda en responder ni un solo instante.

—Sí, sí. Le vi en las recepciones y en los discursos.

Antes de que yo le diga nada, como reuniendo sus recuerdos, añade:

—Era amable, invitaba siempre a la Embajada a los actos. Yo le encontré dos o tres veces en las recepciones, pero no me causó una gran impresión como hombre; pero para los alemanes era distinto, en los grandes discursos impresionaba grandemente a los alemanes. Parecía darles lo que necesitaban. Yo creo que estaba loco o que no era enteramente normal—y levanta un poco la mano hacia la cabeza, como si quisiera advertirme que no todo estaba claro para él.

EN LA SANTA SEDE

Después estuvo seis meses en la Santa Sede. Hace un esfuerzo, durante un momento, por dominar las fechas, por ir reuniendo las catas y los perfiles políticos de aquellos días. «El Papa actual—me dice—era entonces secretario de Estado. Más tarde, cuando la coronación de Jorge VI, a raíz de la abdicación de Eduardo VIII, el actual duque de Windsor, asistí a los actos en calidad de agregado al representante de la Santa Sede.» Y otra vez el gran ceremonial, los recuerdos de unos años intensos, quizá demasiado importantes, cruzan los ojos azules del diplomático.

—¿Y durante la guerra?

—Toda la guerra en Londres, trabajando en el Foreign Office.

—¿Asistió a los bombardeos?

—No había manera de escapar—dice humorísticamente—. Casi toda la guerra estuve en el mismo edificio. Hubo muchos bombardeos; pero nosotros no tuvimos ningún incidente.

—¿Qué experiencia!

—Sí—dice.

UN DIA DE TRABAJO DEL EMBAJADOR INGLÉS

—Me suelo levantar a las nueve de la mañana. Desayuno y leo los periódicos españoles.

—¿Los españoles sólo?

—Sí, sólo.

—¿Y después?

—Voy andando hasta la Cancillería (por una hermosa mañana madrileña), donde llevo hacia las diez y cuarto. Estoy allí «trabajando, trabajando—añade amistosa y cordialmente—hasta la una y media o las dos de la tarde. A esa hora almuerzo... Las horas españolas son «siempre tarde»; pero la cosa no es tan temible como parecía...

—¿Me permite una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Sabe lo que es la «siesta»?

—¡Oh, todavía no he probado ese «pericolo»!—dice en italiano (ese peligro).

Después de comer el embajador suele dar un paseo hasta la Casa de Campo con su esposa. Duda un momento antes de elegir las palabras. Dice en inglés que le gusta mucho andar. «A mi esposa también.» Y añade: «No hemos practicado ese «pericolo» de la siesta.»

A las cuatro y media, normal-

mente, el embajador suele encontrarse nuevamente en su despacho de la Cancillería. Otra vez entre las conferencias telefónicas, los telegramas y las visitas.

—¿Recibe muchas visitas?

—Y las hago. ¿Usted no sabe que un diplomático que llega a Madrid tiene que hacer poco más o menos unas 80 visitas oficiales? Esto es como en todas partes. Visitas a ministros, personalidades... Ello me ocupará aún varias semanas—dice sonriente.

—¿Y luego?

—A las siete tengo mi lección de castellano con un profesor. Cuando termino vuelvo a casa («y hay siempre» cocktail...), y hoy, sábado, que es día de descanso, llegó usted.

—Gran baza diplomática, señor embajador.

LOS PROYECTOS

Sir Ivo Mallet quiere hacer muchas cosas. No quiere estar sólo en Madrid. «Para un diplomático no es bastante—me dice—con estar en la capital. Yo quiero ver las obras hidráulicas, todo lo que se ha hecho en riegos, visitar los grandes embalses y ver, naturalmente, como ya le dije, las grandes obras sociales y viajar, viajar mucho. Tengo un hondísimo deseo de conocer bien España. Además tengo la intención de visitar todos los Consulados británicos.» Suspende la conversación durante unos instantes y después, como rectificándose una idea propia e íntima, concluye: «Estoy decidido a hacerlo.» Se quita, cansado, las sobrias gafas de soporte oscuro que lleva y se pasa los dedos por los párpados.

—¿Y con respecto a la política entre los dos pueblos?

—Un gran comercio de España con Inglaterra es muy importante para los dos países. Este contacto es antiguo. Pero es necesario conocerse mutuamente para entenderse. Hay problemas que ahora no se pueden tocar... pero ambos países son puentes sobre Europa. El trabajo sería terminar con todos los prejuicios, hacer intercambios de profesores y de técnicos para que aprendiéramos a conocernos...

—España, señor embajador, está dolorida por muchas cuestiones.

—Nosotros estuvimos quizá en el error de creer que España pudiera influirse por Alemania, ya que la obsesión nuestra de aquel tiempo era la evidencia del peligro alemán. Pero la situación es ahora la que vieran los europeos del siglo XVI, cuando la invasión turca; pero mucho más peligrosa hoy. Todavía hay en Europa 300 millones de hombres inteligentes dispuestos a defenderse. Todas las naciones de Europa, incluida España, deben trabajar juntas...

Cuando nos levantamos y me despido de sir Ivo Mallet, el reloj dorado, el minucioso reloj cantarin, da las nueve campanadas que anuncian que he derrochado ese tiempo inglés que vale oro. El embajador, la diplomacia vence al hombre, no ha tenido una sola queja.

Fuera, en la calle, aprieta el fresco frío de la Sierra. Serrano arriba vaga la ligera y húmeda neblina del invierno.

Enrique RUIZ GARCIA

COMENTANDO UN GESTO

EL MATRIMONIO MUNDET HA DONADO CUARENTA MILLONES DE PESETAS PARA LA NUEVA CASA DE CARIDAD DE BARCELONA

LA CARIDAD NO ES UNA OBLIGACION, ES UN ANSIA

Por JOAQUÍN M. DE NADAL
(Cronista oficial de Barcelona)

NO andamos tan sobrados de gestos patricios que podamos permitirnos el lujo, o la inconsciencia, o la prodigalidad de menospreciarlos, o de silenciarlos cuando se producen. Barcelona ha echado recientemente las campanas a vuelo para celebrar el de unos catalanes ejemplares que han donado una suma cuantiosa para contribuir a la construcción de la nueva Casa de Caridad. Se lo debíamos a la esplendidez de los donantes y a nuestro buen nombre de agradecidos. La suma ofrendada en aras de la caridad —una suma de ocho cifras— poco importa; lo interesante, en este acto, es el gesto.

UN DONATIVO DE CUATRO PESETAS

Y decimos que la suma poco importa porque la esplendidez no es virtud de cantidad sino de proporción. El donativo más espléndido que recibió un sanatorio de Barcelona, en el que tengo algo que ver, fué de cuatro pesetas. Procedía de una pobre mujer, de hacer faenas, que malvivía con el trabajo que, con carácter fijo, le daban en unas cuantas casas de Barcelona. Cierta semana hubo de trabajar dos horas extraordinarias —a dos pesetas la hora— y estas fueron las cuatro pesetas que nos dió. Ningún donativo de los Rothschild, ni de los Vanderbilt, ni de los Rockefeller han alcanzado tan alto grado de esplendidez, y de sentido cristiano.

Recuerdo a este propósito que un eminente jesuita, cuya modestia ofenderé al citarle en estas líneas, aunque me sirva de excusa la ejemplaridad, el padre Orlándiz, refería en una ocasión que una persona amiga suya le preguntó en qué proporción, de sus rentas, debía de ejercer la caridad para cumplir con sus obligaciones de conciencia. Y comentaba en buen padre: «Nada hay tan opuesto a la verdadera caridad como la pregunta que aquel buen señor planteaba, porque la auténtica caridad no se aqueta con porcentajes matemáticos; porque la caridad es una sed de dar insaciable y no hay medidas humanas para esta insaciabilidad. El hombre verdaderamente caritativo, cuando ha dado todo lo que posee, sigue padeciendo por no tener nada más que dar. Que es justamente lo contrario del espíritu de mi consultante, que buscaba aquietar, en el deber cumplido, la inquietud espiritual de una obligación; no de ansia».

Ved que una obligación y un ansia son cosas muy distintas. La obligación nace de un precepto exterior al sujeto; el ansia tiene su origen en el sujeto mismo. La obligación está amparada por una fuerza coercitiva; el ansia



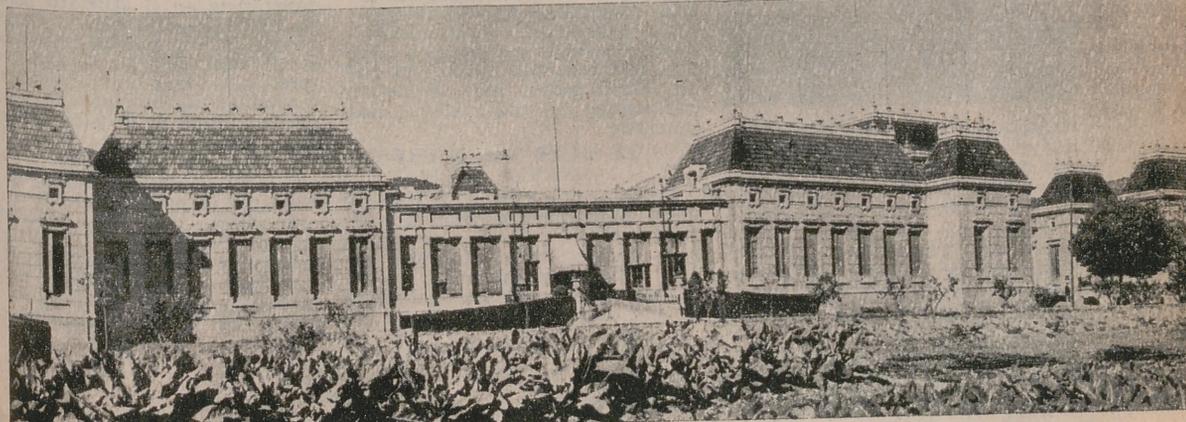
Patio de la antigua Casa de Convalecencia de Barcelona, actualmente Biblioteca Central de la Diputación Provincial

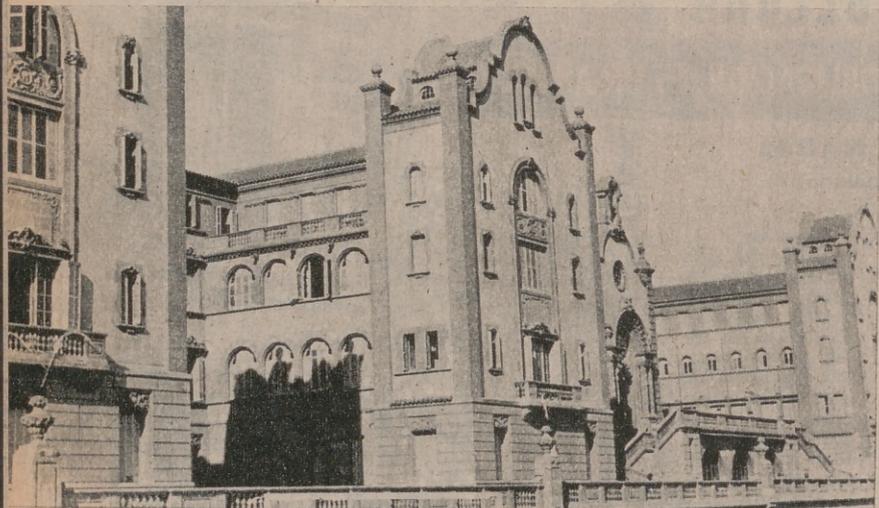
es una inclinación sin sanción. La obligación es una necesidad de obediencia; el ansia es producto de la libérrima voluntad. Venimos obligados, por ejemplo, a pagar los tributos, pero no *ansiamos* pagar los tributos. Venimos obligados a tomar un pasaporte para viajar, pero no *ansiamos* tomar un pasaporte. Y, contrariamente, ansiamos amar, pero no venimos obligados a amar; ansiamos ser felices, pero no venimos obligados a la felicidad.

EL GESTO DEL MATRIMONIO MUNDET

Por eso los gestos espontáneos y libres son mucho más meritorios que aquellos que son obligados y necesarios. Nadie nos agradecerá que comamos cuando tengamos apetito, ni que bebamos cuando tengamos sed, ni que

Panorámica de la Fundación Albá





Fachada principal y perspectiva de los edificios del Orfanato Ribas



Entrada al Hospital de la Santa Cruz y San Pablo

durmamos cuando tengamos sueño, ni que atravesemos las calles por el paso reservado a los peatones... El mérito propiamente empieza en donde la obligación concluye y la voluntad se ejerce libremente. Partiendo de estos razonamientos, hemos de alabar sin reservas el gesto del matrimonio Mundet, al donar

40.000.000 de pesetas para la nueva Casa de Caridad.

El gesto es ejemplar, pero, por fortuna, no nuevo.

No es mi pretensión levantar un balance de la caridad barcelonesa en el transcurso de la Historia; ello sería difícil y se correría el riesgo de lastimosas omisiones; pero algunas manifestaciones de ella tuvieron, en su tiempo, tan alta ejemplaridad, que el silenciarlas podría tener la apariencia de ignorarlas. Paso por alto donaciones insignes, cuya transcripción puramente numérica las empequeñecería en la consideración de los que quisiesen juzgarlas hoy con los valores adquisitivos de ayer. Algunas, sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido, nos dan la pauta de pasadas esplendideces; tales, el orfanato Ribas, y la Fundación Albá, y el Asilo Sert del «Desierto» de Serría, y aquel Asilo «Toribio Durán»—escuela de regeneración—, que ha devuelto redimidos a la vida ciudadana tantos hombres que, sin él, hubiesen sido elementos perniciosos de una sociedad desquiciada.

EL HOSPITAL XIFRE, EN ARENYS DE MAR

En la vecina villa de Arenys de Mar, enseñoreándose de una montaña y de un paisaje, alza sus líneas neoclásicas el Hospital Xifre. Xifre—cuyo recuerdo en la ciudad de Barcelona es perpetuado por aquel exquisito grupo ur-

banístico que, tomando el nombre de su estructura baja, han conocido los barceloneses de tres o cuatro generaciones por «els portics d'En Xifre»—oriundo de modestísima familia areñense, al regresar triunfante de lo que podríamos llamar su aventura antillana, en la que creó un nombre para sí y un prestigio para España, levantó, con magnificencia, las paredes de aquel hospital para el mejor servicio de la tierra que le vio nacer.

EL LEGADO DE PABLO GIL

De otro insigne Mecenas de la más alta de las virtudes teologales guardamos en Barcelona especial recuerdo, vivo entre los dolores de la enfermedad y las angustias de la muerte. He de referirme a don Pablo Gil. Gil fué un gran financiero catalán nacido en Barcelona y, si vale la frase, recriado en París, en donde vivió la mayor parte de su vida, dedicado a los negocios de Banca. Hombre culto, elegante y patriota, conoció a fondo la sociedad cosmopolita de su tiempo en la capital del cosmopolitismo mundial. Su devoción monárquica y dinástica le abrió de par en par las puertas del Palacio de Castilla, del cual fué siempre uno de los tertulianos más constantes y estimados, que mereció la plena confianza de la Reina Doña Isabel II, la cual acudió a su consejo y a su colaboración en los conflictos económicos, que no escasearon en la vida de aquella real residencia y de aquella regia existencia. Pero, a pesar del alejamiento de su tierra nativa y del boato indudablemente desorientador que trae consigo la vida de los alcáceres, conservó en el fondo de su espíritu el afecto a la ciudad en que nació, afecto que le llevó a consignar en su testamento un legado de 3.000.000 de pesetas, suma fabulosa entonces—1897—, para levantar en Barcelona un hospital que, con gesto piadoso, no quiso que llevase su nombre, sino el de su Santo patronímico. Hospital que, andando el tiempo, tenía que refundirse con el Hospital General de la Santa Cruz, que llevaría más adelante la denominación de Santa Cruz y San Pablo.

LA HISTORIA LEGENDARIA DE PABLO FERRÁN

Pero, a pesar de los ejemplos citados, y de otros muchos que pudiéramos citar, quedaría incompleta la historia de la caridad barcelonesa si dejáramos de relatar, aunque sólo fuese sucintamente, la historia legendaria o la leyenda histórica de Pablo Ferrán y de la Casa de Convalecencia, piedra fundamental de la caridad hospitalaria barcelonesa.

La Historia no nos refiere, con constancia en el «Dieteri» número 127 de la Casa de la Ciudad, cómo: «el lunes, a 26 de marzo de 1629, después de haber comido, a las tres horas, los señores «concelleres», previamente convidados, fueron al Hospital General de la Santa Cruz, de la presente ciudad, para la fiesta que se hizo en dicho hospital de colocar y bendecir la primera piedra de la obra nueva de la Convalecencia, situada delante de la iglesia del monasterio de Nuestra Señora del Carmen...» Y nos habla del voraz incendio que se produjo en el cuarto del hospital llamado de

San Roque el día 4 de mayo de 1638, que obligó a suspender las obras de la Casa de Convalecencia. Y de cómo se reempezó la obra en 1649, y de algunos donativos insignes, tales como el que se recibió de los albaceas testamentarios de doña Lucrecia de Gualba y muy singularmente el del generoso patricio don Pablo Ferrán... mucho tiempo después.

Al llegar a este punto, ya la historia empieza a enlazarse con la leyenda.

En el año 1575 nació en la ciudad de Tárrega Pablo Ferrán. Nada de «don» Pablo Ferrán; el «don» vendría muchos años más tarde. Era Ferrán de humildísima cuna; tan humilde que, cuando, en 1585, se vino a vivir a Barcelona, hizo el viaje a pie y mendigando. Y poco menos que mendigando pasó sus primeros tiempos de residente en Barcelona, ejecutando los más modestos trabajos y contando como todo alimento con la «sopa de los pobres» que se servía a la puerta de distintos conventos de la ciudad.

No cejó Ferrán en aquel empeño de abrirse paso que, de Tárrega, le trajera a Barcelona, y consiguió entrar con un modesto destino subalterno en una casa de comercio del Borne que era, por así decirlo, la capital comercial de Barcelona. Sus dotes de trabajo, su inteligencia, su honradez y su constancia hicieron lo demás.

Dedicado especialmente al tráfico marítimo, concibió una empresa colosal, para su tiempo: el envío de una gran flota a Oriente para importar telas, especias, piedras preciosas y toda clase de riquezas orientales. Comprometiendo, en la aventura, todos sus capitales y los de varias personas que se los confiaron, estimulados por su buena fortuna que deseaban compartir, se hizo a la mar la más numerosa flota comercial de aquellos tiempos, siendo colmado su fletador de halagos y adulaciones por parte de sus amigos y conciudadanos. Pasaron los días y los meses sin que de aquella se recibiese noticia alguna, hasta que llegó la infaustísima de su naufragio y pérdida total.

UN MENDIGO A LA PUERTA DE LA CATEDRAL

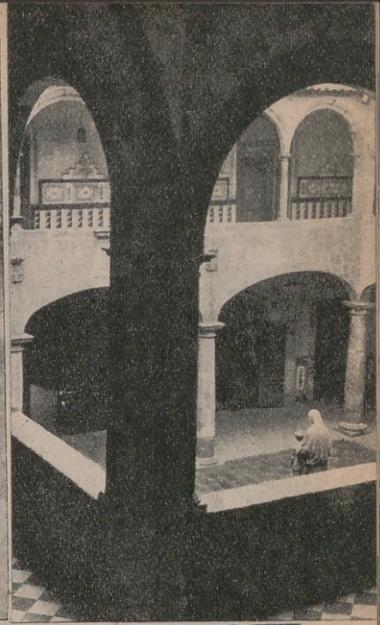
Cambió, con la desgracia, la actitud de los amigos y admiradores de la vispera: a los halagos sucedieron las críticas; a las alabanzas, los denuestos; a las consideraciones, los desprecios, y la miseria en que quedó sumido Ferrán llegó a ser tanta que, agotada la copa del infertunio, vióse reducido a implorar la pública caridad, mendigándola, en compañía de los pobres que la imploraban en el portal principal de la iglesia de Santa María del Mar.

Pasaron los años y Ferrán fué, poco a poco, olvidado; nadie podía ya adivinar al poderoso «mercader de lonja» en el pobrecito que imploraba limosna a la puerta de la segunda catedral de Barcelona.

Y en su lugar habitual estaba una mañana cuando un desfile inusitado de gentes en dirección al puerto y los comentarios que tal desfile provocaba entre los mismos mendigos, hizo conocer la nueva de la llegada de una gran flota al puerto de la ciudad. También a él se le conta-



Dos bellos ángulos del patio de la Casa de Caridad, de Barcelona



gió la general curiosidad y, siguiendo el camino de los demás, pudo comprobar que los barcos felizmente arribados eran los que constituyeron su antigua flota, que llegaban cargados con todas las riquezas del Oriente convirtiéndole, a él mismo, en el hombre más poderoso de la ciudad.

Con la fortuna volvieron los familiares, los amigos, los admiradores, los aduladores, pero hallaron su puerta y su corazón cerrados a unos halagos cuyo verdadero alcance había podido penetrar en el momento del infertunio. Por otra

parte, el misticismo del portal de Santa María y la lección de la pobreza que en él había recibido, habían penetrado en su alma decidiéndole a otorgar un testamento ejemplar en el que nombraba herederos suyos «a los pobres convalecientes de Jesucristo» del hospital de la Santa Cruz. Con lo cual se terminó y se conservó luego a través de los siglos, aquella maravillosa Casa de Convalecencia, que ni siquiera lleva el nombre de su santo patronímico que, por una coincidencia providencial, era el mismo que el de aquel don Pablo Gil, que regaló a la ciudad el hospital de San Pablo.

Han pasado las generaciones y hoy día son muchos los que ignoran el nombre de

aquel Pablo Ferrán cuya beneficencia costó la Casa de Convalecencia; pero lo sabe Dios, que sabe también el nombre de la pobre mujer de hacer faenas que nos dió la esplendidez de sus cuatro pesetas para el sanatorio-clínica de Nuestra Señora de la Merced... y esto basta. (Fotografías de Vall, hijo.)

SURFACTANTE
VIVACE
SU CHAMPÚ CLOROFILA
SU SHAMPOOING AUX CEUFS
SU COLONIA 90°

LA HISTORIA UNIVERSAL DE NUESTRA EPOCA



Sobre las bases de una historia universal científicamente irreprochable, el Profesor Pirenne, cuya obra ha producido honda impresión en los medios intelectuales del mundo entero, ha sometido a revisión numerosos conceptos fundamentales del pasado y ha creado una concepción original y modernísima de las "grandes corrientes" que hace sesenta siglos, lo mismo que en nuestros días, se descubren en el transcurso de la historia humana, con una visión audaz y modernísima de la vida de los hombres y de los pueblos, por lo cual esta obra constituye no solo el más apasionante relato de la gran epopeya humana, sino la historia universal más moderna y al día, una obra que, no es aventurado afirmar tardará mucho tiempo ser superada. Esta edición española, tan esperada por amplios sectores del público culto, se presenta profusamente ilustrada, al igual que las ediciones alemana, italiana y holandesa, y sin duda, obtendrá la misma calurosa acogida de las demás ediciones y de la versión original francesa, que en poco tiempo ha conocido ya cinco ediciones.

Obra Galardonada por el Instituto Nacional del Libro Español, como uno de los libros mejor editados en 1953.

HISTORIA UNIVERSAL

LAS GRANDES CORRIENTES de la HISTORIA
de JACQUES PIRENNE

Profesor de las Universidades de Bruselas y Ginebra

La edición española de esta monumental obra ha sido realizada poniendo a contribución todos los medios, a fin de que su presentación material este a la altura de su contenido.

Todos los volúmenes están impresos en papel couche de superior calidad, lo que permite una perfecta reproducción en los grabados. La composición tipográfica ha sido realizada en bellos caracteres y la impresión, cuidadísima, cabe calificarla de perfecta.

La singular belleza y la profusión de ilustraciones en color y en negro, muchas de ellas a toda página, que figuran en esta edición española, valoran sobremanera esta obra excepcional.

Asimismo, y de acuerdo con el carácter de la obra, la encuadernación es de grata y severa elegancia. Todos los volúmenes están encuadernados en media piel y rótulos y grabados en oro fino, y protegidos con una sobrecubierta en offset a color, con la reproducción a cuatro tintas de una lámina del propio tomo.

La obra completa constará de ocho grandes volúmenes de más de 500 páginas cada uno, formato 20 x 27,5 cms., totalmente impresos en papel couche, con más de 300 ilustraciones y mapas en el texto y ocho bellas laminas y mapas a todo color, fuera de texto, y dos extensos índices, de materias y alfabético para facilitar su lectura y consulta.

Actualmente, se han publicado los cuatro primeros volúmenes, estando los otros cuatro restantes en prensa, que irán publicándose sucesivamente en fecha próxima.

GRATIS

Folleto explicativo
ilustrado a todo
color.

OFERTA ESPECIAL DE SUSCRIPCION

AHORA puede Vd. adquirir la HISTORIA UNIVERSAL, de Pirenne, pagando únicamente 125.- Ptas. mensuales.

Suscribiendo su pedido AHORA recibirá Vd. inmediatamente los CUATRO volúmenes ya publicados. A medida de su pedido, le serán remitidos los restantes volúmenes, sin aumento alguno de cuota.

Esta oferta sólo estará en vigor hasta la publicación del tomo V, que tendrá lugar en el curso del mes de Noviembre próximo.

Recorte y mande este cupón a los distribuidores exclusivos.

EDITORIAL EXITO, S.A.
PASEO DE GRACIA, 24. BARCELONA



EDITORIAL EXITO, S. A.
PASEO DE GRACIA, 24
BARCELONA.

Sírvanse remitirme gratis y sin compromiso, el folleto ilustrado y detalles sobre las condiciones de venta de la obra HISTORIA UNIVERSAL, de Jacques Pirenne.

Nombre
Profesión
Domicilio
Localidad
Provincia

EL ESPAÑOL, 28-X-1953

LA CONVERSION DE BERGSON

"POR LA LUZ NATURAL DE LA RAZON HE LLEGADO A CONCLUSIONES QUE LA FE ENSEÑA"

Por J. Dominguez Berrueta

ACABAMOS de leer el valioso artículo del docto escritor Pérez de Ayala «El tema de las profecías y los apocalipsis», publicado recientemente en «ABC». De cómo el monoteísmo de Israel debía, por immanente lógica, desembocar en el cristianismo, mejor dicho, en el catolicismo.

Y cita el caso del «dulce y contemplativo Bergson», que en los últimos años de su vida tenía intención de declararse católico.

Y no lo hizo por consideración a sus hermanos de raza y antes de religión, los judíos, que estaban padeciendo muchas persecuciones.

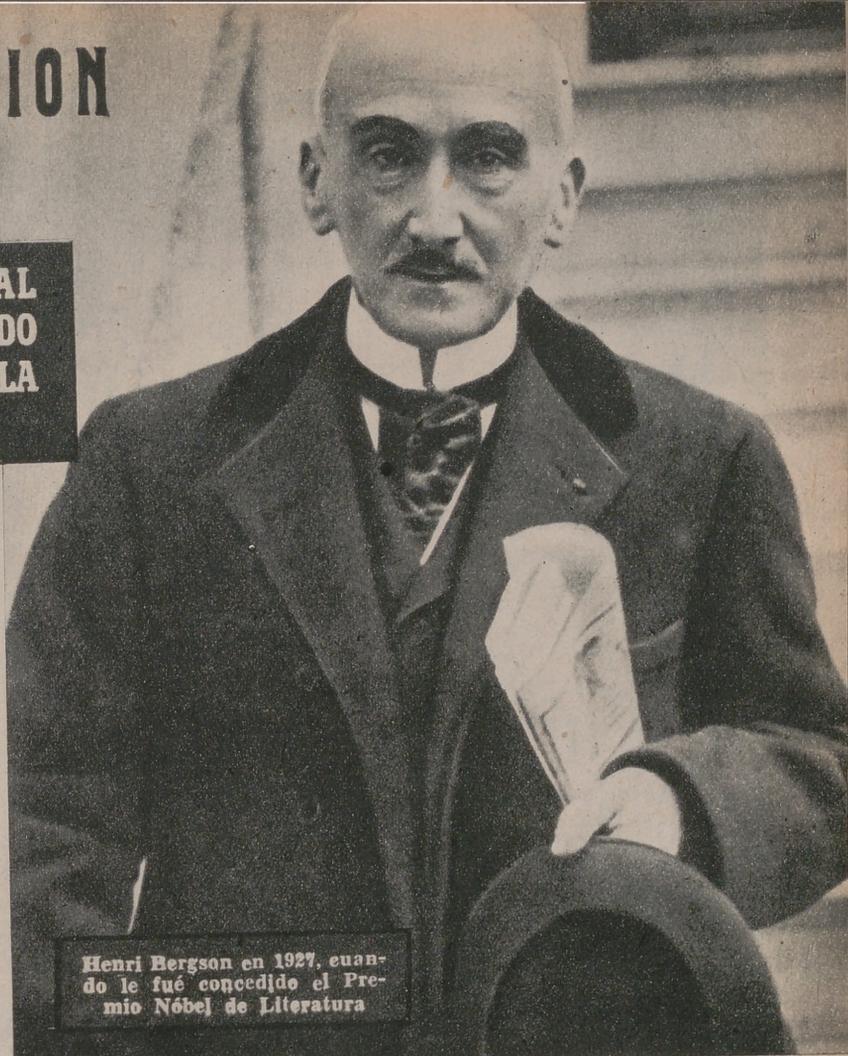
Esto nos da motivo de actualidad para comentar brevemente el interesante opúsculo: «Bergson, et le P. Pouget», que llega ahora a nuestras manos del ilustre filósofo francés Jacques Chevalier, discípulo predilecto de Bergson. En él se contiene la auténtica versión del acercamiento a la fe católica del filósofo más importante de nuestra época. Del que afirmó el cardenal Mercier, que «nos liberó del idealismo de Kant y del positivismo mecanicista».

Es emocionante la conferencia celebrada el 12 de febrero de 1933 entre Bergson y el sacerdote lazarista Pouget, ciego de sus ojos corporales, pero de visión lúcida en su alma mística. Era, a poco de escribir Bergson su definitiva obra «Las dos fuentes de la moral y de la religión», resultado de veinticinco años de honda reflexión y meditación.

El padre Pouget mencionó la «religión dinámica» de que habla Bergson en su obra. Y el filósofo le interrogó: «¿La juzgáis irreprochable desde el punto de vista de la fe católica? — Sí, respondió el sacerdote.

Habló el padre Pouget del Cristo que vino a este mundo de la creación («ex nihilo»), del hombre como fin y como centro de la creación. «Observo felizmente—llegó a afirmar Bergson— que por la luz natural de la razón he llegado a conclusiones que la fe enseña.»

De algunos dogmas: La Eucaristía, la Resurrección, de los cuerpos, dijo el filósofo que no los entendía. Tampoco yo, le respondió el sacerdote, «pero Cristo nos lo enseña. Y lo creo lo que Cristo y su Iglesia nos enseñan,



Henri Bergson en 1927, cuando le fué concedido el Premio Nóbel de Literatura

aun cuando ello sobrepase mi intelecto». La conferencia terminó con estas palabras de Bergson: «¡Ah!, mi Padre, cómo agradecerlos haber venido, cómo expresarles a qué punto me habéis iluminado.»

Cinco años más tarde (1938) Bergson exponía a Chevalier «La manera cómo yo he hallado a Dios, o tal vez la manera con que Dios me ha hallado». «No ha habido en mi conversión en el sentido de iluminación súbita. Sino poco a poco. Sin embargo, hubo un «declenchement»: fué la lectura de los místicos.»

En su testamento (1937) expresa su deseo de que el arzobispo de París autorice a un sacerdote católico a elevar sus oraciones en sus exequias.

¿Qué ha dicho Bergson de nuestra mística católica?

Cuando llegaba a España con un grupo de intelectuales franceses, en la gran guerra europea, el profesor español de filosofía, García Morente, le dijo que deploraba no hubiera producido España maestros del pensamiento filosófico. Bergson le respondió: «Habéis producido más grandes maestros que todos nuestros filósofos: Vuestros místicos San Juan de la Cruz, Santa Teresa, que se han elevado de un salto a más altura que el umbral al que nosotros llegamos por el

esfuerzo de nuestra especulación.»

¡Cuánto sentiría García Morente años después, cuando su benemérita conversión, haber padecido aquel error del que le liberó el filósofo francés en su respuesta!

En su obra fundamental «Las dos fuentes de la moral y de la religión», Bergson hace las trascendentales afirmaciones siguientes: «Que la mística es una prueba experimental de la existencia y de la naturaleza de Dios». «Que la creación es una empresa de Dios para crear creadores, seres dignos de su amor». «Que Dios es el primer amor, el que ha creado todo y que entregaría a quien supiera interrogarle el secreto de la creación».

A poco de publicarse la obra de Bergson escribía Ortega y Gasset: «Yo creo que el alma europea se halla próxima a una nueva experiencia de Dios.»

Quizá nuestro prestigioso pensador español rectificara su errónea creencia en aquel «Dios a la vista» (El Espectador, 1927), un «Dios laico», ajeno a la religiosidad, que defraudó las esperanzas de los lectores en una afirmación «teísta».

Afortunadamente libros como el que hemos comentado acerca de Bergson y el padre Pouget nos revelan la afirmación intelectual contemporánea en un verdadero «Dios a la vista» de la fe cristiana y católica.

J. DOMINGUEZ BERRUETA

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

DEP. DE PUBL. FONTCUBERTA 131



Arriba: Caricatura de Churchill publicada en la revista inglesa «Punch», que se impatiza con los conservadores, mostrando al hombre viejo y torpe, insinuando que ya debería retirarse.—A la derecha: El primer ministro y mister Edén en la reunión del partido, en Blackpool

LA REUNION DEL PARTIDO CONSERVADOR BRITANICO CELEBRADA EN BLACKPOOL PASO SIN PENA NI GLORIA

CHURCHILL, CON LOS DOS PIES EN EL ESTRIBO

RAZONES DE CIERTA AMARGURA PARA EDEN

(Desde Londres, por Jesús PARDO)

LOS que aguardaban, impacientes, a que Churchill pronunciase su discurso con motivo de la reunión del partido conservador en Blackpool, se llevaron una dura desilusión. Ni una sola mención sobre la posible fecha de su retirada política; únicamente una alusión a Eden: «Con quien estoy de acuerdo instintivamente en tantas cosas importantes». Cabe pensar, sin embargo, que una de las más importantes, la ascensión de Eden a la jefatura del Gobierno, sea objeto de cierto desacuerdo entre ambos, o, por lo menos, de cierta amargura para Eden.

La gente entre tanto está comenzando a tomar la cosa a broma. Hace pocas semanas la censura real hubo de suprimir una cancioncilla que formaba parte de cierta revista a punto de ser estrenada, en la que se ridiculizaba la espera del pobre Eden: «Siempre padrino y nunca novio, aguardando siempre a que el viejo se retire.» El censor real, el conde de Scarborough, es amigo personal de Eden, y la supresión de estos versos fué un tributo de amistad más que otra cosa.

«Esperaba la corona y le han dado una liga», comenta cierto agudo articulista; es curioso que a Eden, después de sus triunfos diplomáticos en París y Londres, después de haber puesto a Inglaterra a la cabeza de la Unión Occidental Europa, cuando más apropiado parecía el momento para ponerle la corona, no le hayan dado más que la liga, la «Jarriteria»; la Orden de la Jarritera es, probablemente, la condecoración más alta que se puede

dar en Inglaterra; esta es la primera vez en que dos miembros del mismo Gobierno ostentan la Orden al mismo tiempo, y los laboristas han comenzado a gruñir que al distinguir de forma tan insigne a los conservadores la Reina se ha dejado envolver en cuestiones políticas por consejo—dicen ellos—de Churchill.

UNA COMEDIA PERFECTAMENTE ENSAYADA

La reunión conservadora de Blackpool pasó, pues, sin pena ni gloria. Fué una comedia perfectamente ensayada; ni una voz discordante, ni un tropezón, nada. Todos hablaron, cada cual a su tiempo; todos aplaudieron como convenía; Churchill pronunció su discurso y los que se sentaban a su alrededor—Maxwell

Fyfe, Butler, Eden, lord Woolton, Rardolph Churchill y otros—le aclamaron amorosamente. Al concluir Churchill se dejó caer en su sillón y miró agresivamente a la audiencia por encima de los lentes. Todos entonces prorrumpieron a cantar:

Porque es un tipo estúpido,
—porque es un tipo estúpido,
—porque es un



tipo estúpido, — que conste que es verdad.

(En inglés: «For he's a jolly good fellow—for he's a jolly good fellow—and so say all of us».)

Otros puntos de su discurso—pues conviene insistir en que la nación entera concentró su interés en la fecha de retirada de Churchill y la sucesión de Eden—fueron sobre Rusia («Dedicaré el resto de mi vida a conseguir la paz entre el Oriente y el Occidente»), a Attlee (Lamento que el señor Attlee no haya tenido más suerte en su misión a Moscú, pero, ya ven lo que son las cosas, tampoco tuvieron mucha nuestros jugadores de fútbol), ni una palabra sobre la fecha de las próximas elecciones; en resumen, una jugada maestra.

LA PROCESION VA POR DENTRO

El partido conservador es mucho más disciplinado que el la-



Harold McMillan, ministro de Defensa del Gobierno de Londres, que ha sustituido a lord Alexander



Churchill durante su discurso en Blackpool

borista y por eso las rencillas internas se dejan sentir menos; pero, de todas formas, existen. Por ejemplo, el asunto de Suez; el capitán Waterhouse, diputado conservador de cierta importancia, perdió los estribos hace unos meses cuando se anunció la retirada de Suez, y puso al Gobierno en un tris de tener que convocar elecciones y probablemente perderlas por «haber perdido la confianza del Parlamento». Llegado el momento de la votación, sin embargo, Waterhouse y los suyos (jóvenes imperialistas a machamartillo) cedieron; pero si llegan a votar contra el Gobierno, como amenazaron, los resultados hubieran sido fatales.

Pasó el tiempo y ni Waterhouse ni los suyos volvieron a respirar, hasta que la semana pasada se produjo un nuevo choque, indicador de que la procesión iba por dentro: Churchill hizo una observación sarcástica sobre la enemistad entre Morrison y Crossman (éste, bevanista, y aquél, ortodoxo); allí se levantó Crossman hecho una furia:

—¿Por qué no le estrecha usted la mano al capitán Waterhouse en vez de hablar tanto?

—Al capitán Waterhouse—replicó Churchill, buscándole con la mirada—, yo estoy dispuesto a estrecharle la mano en cualquier momento.

El buen capitán no estaba en el Parlamento, y por eso no hubo apretónes de mano; pero al día siguiente se descolgó diciendo: «Que seguía en completo desacuerdo con la política conservadora de retirarse de Suez y que no entendía lo que quería decir el primer ministro cuando aseguraba «que las armas atómicas habían quitado a Suez toda su importancia estratégica», pues en el tratado angloegipcio se leía bien claro «que el Gobierno egipcio mantendría las instalaciones de Suez preparadas en todo momento para una reocupación inme-

diata». Si no tiene importancia—preguntó Waterhouse con desafío—, ¿para qué reocuparlo?»

EL GRUPO AISLACIONISTA DE LORD BEAVERBROOK

Otro problema latente es la oposición entre ciertos elementos conservadores a mezclarse directamente en los problemas europeos; ellos querían que Inglaterra continuara manteniéndose al margen de la política continental, utilizando cuantos hilos le fuese posible y sólo interviniendo cuando ya no hubiese más remedio. Afortunadamente este grupo es poco numeroso a pesar de que el número de necios, según la Biblia, es infinito y está más bien concentrado en ciertos grupos que sólo son conservadores, porque la única alternativa eficaz sería el laborismo; su jefe es, en cierto modo, lord Beaverbrook, el magnate de la prensa, amigo íntimo de Churchill y espina constante en plena yugular del partido conservador.

Hay luego otros problemas: el principal es la desconfianza creciente entre Butler y Eden; Butler, el ministro de Hacienda, se ha convertido en una figura indispensable. Es un prestidigitador de la finanza, un genio solapado, lento y muy seguro. Entró en el Gobierno de una manera como provisional y ahora deshacerse de él sería privarse del elemento más eficaz de todo el Gobierno. Cuando Churchill y Eden cayeron enfermos, Butler les sustituyó, haciendo de ministro de Hacienda, Asuntos Exteriores y jefe de Gobierno, todo ello al mismo tiempo. Si ahora volviese a ocurrir que Eden y Churchill se indispusiesen, no veo cómo se podría impedir que Butler fuese nombrado primer ministro, no provisional, sino definitivamente, sin crear un tal estado de descontento dentro del partido que hubiese que convocar nuevas elecciones para dar más estabilidad a la situación.

EL CASO PILGRIM

Uno de los errores que más caro le pueden costar al partido conservador es lo que proverbialmente ha pasado a ser llamado «el caso Pilgrim». Pilgrim era un pobre hombre que se pasó la vida ahorrando para comprarse un poco de tierra; por fin un día hipotecó todo lo que tenía, reunió cuantos cuartos pudo y pagó unas cincuenta mil pesetas por un terreno pequeño, pero productivo. Vino entonces la garra oficial y se lo expropió so pretexto de que así convenía al bien general, dándole no sé si seis o diez mil pesetas por toda compensación. Pilgrim vió sus esperanzas dehechas, su vida arruinada: la hipoteca que pesaba sobre su casa ya no podría ser pagada, sus ahorros habían desaparecido. Sin más, fué y se ahorcó en un árbol de la tierra misma que ya no era suya, dejando una carta en que explicaba sus culpas.

¡La que se armó! La prensa, los diputados, todo el mundo, tronó contra un estado de cosas en que se podía robar impunemente a un ciudadano honrado. «Si cualquiera de nosotros hubiera hecho esto—comentaba amarga-

mente un diario—recibiría diez años de cárcel.» El sentimiento popular era tan intenso que los laboristas (verdaderos culpables de que la burocracia sea todopoderosa y el Estado haya usurpado muchas de las libertades individuales) podían muy bien sacar tajada y forzar una situación insostenible; fué preciso que el ministro de Reconstrucción, Mac Millan, se levantase en el Parlamento para decir «que Pilgrim tuvo la culpa de lo que le ocurrió por no haberse enterado de las gestiones que, realizadas a tiempo, le hubieran asegurado un precio razonable por su tierra». Pero vaya usted a razonar con una muchedumbre cuya mayoría posee tierras y casas y ve la manaza estatal confiscándose las cualesquier día por dos perras gordas. Mac Millan tuvo que volverse a levantar y asegurar «que se iban a tomar medidas para que la cosa no se volviese a repetir». Tampoco bastó esto. El *Daily Express* nombró a uno de los mejores abogados a sus expensas para que llevase a los Tribunales el «caso Pilgrim» y consiguiese una compensación justa para la viuda del suicida. Mac Millan (con Churchill entre bastidores) acabó por ceder (¡todo sea por las condenadas elecciones generales!) y ordenó que se pagasen cuarenta y cinco mil pesetas a la pobre mujer. Así quedó la cosa; pero los laboristas siguen vigilantes e insistirán continuamente para que, efectivamente, se tomen medidas que impidan la repetición del «caso Pilgrim»; si no lo consiguen acusarán al Gobierno de enemigo del pueblo; si lo consiguen, se atribuirán todos los méritos. «Fué porque insistimos nosotros», dirán.

DOS TORMENTAS: LA HUELGA DE ESTIBADORES Y LA CUESTION DE CHIPRE

La huelga de los estibadores estuvo en un tris de quitar a los conservadores muchos miles, cientos de miles quizá, de votos. El Gobierno amenazó desde el principio con que si los huelguistas persistían en su actitud no quedaría más remedio que enviar tropas al puerto para que descargaran ciertas mercancías esenciales. Sin embargo, el ministro de Trabajo, sir Walter Monckton fué aplazando esta decisión día tras día y en un momento dado anunció oficialmente «que sólo recurriría a ella cuando la vida misma del país estuviese amenazada». Al mismo tiempo utilizó cuanta persuasión le fué posible para que los estibadores volvieran al trabajo. Su paciencia pudo muy bien haber perjudicado al país, pero, sin duda, beneficio al Gobierno; enviar soldados a boicotear una huelga equivale a herir los sentimientos del proletariado, que puede no obrar en común con los huelguistas, pero siempre siente en común con ellos. En el caso de los estibadores puede afirmarse que toda la población estaba contra la huelga, pero parte de ella hubiese reaccionado desfavorablemente contra una intervención oficial.

La cuestión de Chipre amenazó también tormenta durante una temporada. Los laboristas

concentraron sus dardos contra las declaraciones del ministro de Colonias, Lyttelton, que dijo que Chipre no podría «nunca» conseguir la independencia; los laboristas argüían que el sistema imperial inglés es una red de pueblos que a medida que se van viendo en condiciones de gobernarse por sí mismos tienen derecho a ello, y que razones estratégicas o políticas no deben esclavizar a una población civilizada. Varios diputados laboristas, muchos de ellos bevanistas y otros de idénticas ideas, pero enemigos de Bevan (porque el bevanismo, como el maccarthismo, está comenzando a salirse de madre, es decir, de fundador), fueron a Chipre a observar la situación sobre el terreno mismo, y algunos de ellos volvieron dando la razón a los chipriotas y al arzobispo Makario. Finalmente, Churchill hubo de decir en el Parlamento «que la palabra «nunca» no debiera nunca tomarse al pie de la letra; «nunca» en política quiere decir «por el momento» nada más». O sea que la oposición se apuntó un buen tanto. «Nunca» quiere decir «nunca» si la oposición se calla, pero cuando la oposición se inquieta pasa a significar «por el momento». ¿Entendido?

UN GOLPE DE MANO DE CHURCHILL: EL CAMBIO DE GABINETE

Hace unas semanas Churchill llevó a cabo un golpe de mano de esos que si en vez de hacerlo en el Gobierno lo hace en un Banco, va a la cárcel para el resto de su vida. Lo hizo a sabiendas de que sus colegas estaban contra la idea de un cambio de Gobierno, y que incluso Eden se oponía.

Y es natural que Eden se opusiese; cabe pensar que algún día dentro del siglo actual Churchill decida por fin retirarse de la política, y entonces Eden, sucesor suyo, tendría que hacer cambios en el Gabinete para presentar a los electores un grupo de ministros nuevos, más de acuerdo con el nuevo capítulo; lo que Churchill ha hecho equivale en cierto modo a adelantarse a Eden.

Se dice que Churchill tenía pensado hacer estos cambios hace ya varios meses, pero que sus mismos ministros se lo impidieron; Churchill aguantó marea unas semanas y, finalmente, justo antes de las vacaciones de verano, comenzó a insinuar «que nadie es imprescindible» y a hacer ver que tenía muchos proyectos en la cabeza.

Los ministros inquietos, aguardaron a ver qué pasaba. Sólo cuando se dieron cuenta de que lo que se avecinaba era una revisión a fondo, explotaron. En vista de la oposición total de sus colegas, Churchill pareció abandonar su proyecto; incluso se asegura que prometió a Eden retirarse en cosa de meses.

Llenos de alegría, «los muchachos» se fueron de vacaciones; una vez solo, con un buen montón de documentos y minutas sobre la mesa, Churchill se volvió a convencer de que estaba más fuerte y más sano que nunca y que, puestos a lo peor, podía prescindir de todo el mundo. Debíó

CHURCHILL ASPETTA D'INCONTRARSI CON MALENKOV



— Le abbiamo portato un po' di sigari per ingannare l'attesa. Quando li avrà fumati tutti ci chiami che allo ne porteremo degli altri.

Una revista italiana ha publicado esta caricatura; Churchill hace antesala para entrevistarse con Malenkov. El ruso le dice: «Puede esperar fumándose estos puros; cuando se le acaben, llámeme y le traeremos más»

pensar que la única forma de afianzarse en la popularidad nacional consistía en renovar el Gabinete, ya que todo el mundo se quejaba de que el equipo conservador comenzaba a resentirse de reuma político; otros le acusaban de ser excesivamente sentimental y de no querer separarse de sus viejos colaboradores; una de las razones por las que mucha gente pedía su retiro es que esa sería la única forma de conseguir cambios. Así, pues, fué él y les dió el mentís a todos.

La verdad es que lo guardó todo muy en secreto; ni su mujer tenía idea de lo que se avecinaba. Los ministros que le aplaudieron en Blackpool probablemente no sabían que aquel sería su último aplauso desde la tribuna. Al volver de Blackpool, Churchill puso manos a la obra, y estuvo trabajando sobre la cuestión hasta pocas horas de que fuese hecha pública.

Los que pensaban que Eden pasaría a Asuntos Interiores se quedaron con un palmo de narices; ninguno de los amigos y discípulos de Butler recibió cargos importantes; los cambios fueron menores, y el único de interés fué la retirada de Maxwell Fyfe, ex

ministro del Interior y actual vizconde de Kilmir, Mac Millan, el héroe de las casas baratas, pasó a ser ministro de Defensa, Sir Walter Monckton, que pensaba volver a la abogacía, donde gana mucho más dinero que siendo ministro de Trabajo (el mismo casi de Lyttelton, el ex ministro de Colonias), tiene ahora que quedarse indefinidamente en el ministerio, porque él es el único capaz de entenderse con los obreros del puerto de Londres.

Algunos comentaristas dicen que, al revés, este cambio de ministros está hecho a favor de Eden; la exclusión del grupo de Butler podía indicarlo así. Pero lo indudable es que, puestos a hacerlo un favor a Eden, lo mejor sería dejarle la presidencia de Gobierno para que fuese él quien organizase el nuevo Gobierno.

Un periodista muy fanático de la oposición va más adelante; en un artículo publicado últimamente en el *Daily Herald* dice que el cambio de Gabinete fué una cabezonada de Churchill para vengarse de los que le impedían coger el avión para Moscú y verse con Malenkov, hablar con él



Los recientes éxitos de Eden en sus viajes diplomáticos parecían indicar el momento propicio para asumir la jefatura del partido conservador

mano a mano y resolver todos los problemas mundiales en un periquete. La oposición contra tal encuentro, según el citado periodista, es una tetrarquía compuesta de Norteamérica, los mismos ministros de Churchill, el Foreign Office inglés y... ¿lo adivinan?... sí, hombre, el doctor Adenauer. Si es así y como dice este periodista, Churchill falló al menos en uno de sus intentos, porque los cambios del Gabinete han sentado muy bien en Norteamérica.

LA SEÑORA HORSBRUGH

Tradicionalmente el ministro de Educación inglés es una mujer; entre los anglosajones, por lo visto no existe la idea de que los «niños de su mamá» son precisamente los peor educados. La ministro de Educación conservadora es una señora más bien anciana que se llama Florencia Horsbrugh. Estaba en el ministerio desde que Churchill subió al Poder, hace ya tres años. Desde el principio se encontró con un problema peliagudo: reconstruir muchas escuelas de primera enseñanza que estaban cayéndose de viejas; y otro más peliagudo aún: encontrar el dinero que la permitiera hacerlo. La buena señora estaba entre dos ministerios más poderosos que el suyo: el de Hacienda, que no soltaba los cuartos, y el de Reconstrucción, con Mac Millan a la cabeza, ansioso de cumplir la promesa conservadora de terminar trescientas mil casas baratas por año y hostil, por tanto, a malgastar tiempo y materiales en reconstruir escuelas, que sólo afectan a una minoría de la comunidad y no impresionan tanto al electorado en general.

Florencia Horsbrugh fué, pues, la pagana, aun cuando la culpa no fuese totalmente suya; tanto como ella bajó subieron sus dos enemigos: Butler y Mac Millan. Los periódicos de Londres lanzaron una campaña feroz contra ella, doblemente cobarde por ser una mujer y no poder contraatacar, ya que en el contraataque hubiera tenido que decir cosas que perjudicarían al Gobierno de que ella formaba parte. El *News Chronicle* solía publicar todos los días la fotografía de una escuela medio en ruinas; el *Daily Herald*, cuando se supo que Horsbrugh estaba entre los ministros dimisionarios, publicó un titular

enorme: «La ministro de Educación no ha dimitido, ha sido despedido».

Los cambios de Gobierno sugieren también que Churchill está intentando un experimento nuevo (nuevo relativamente), y es típico de un hombre como él, cuya mente sigue joven y no se cansa de experimentar. Butler es demasiado precavido y no se lanza a experimentos a menos que esté absolutamente cierto de que saldrán bien. Al despedir al conde de Alexander y a sir David Maxwell Fyfe, Churchill ha prescindido de dos especialistas: el soldado en el ministerio de Defensa y el abogado de éxito en el del Interior. En su lugar pone a dos políticos inteligentes, pero inexpertos en ambas disciplinas: Mac Millan y Lloyd George. Se van los «especialistas» y en su lugar viene gente sin preparación técnica, pero que, aconsejados por expertos, pueden contribuir con lo que a tantos expertos falta por completo: el sentido común.

LOS LUNES DEL PARLAMENTO

Sir Walter Monckton, con la gloria de haber salvado la situación en el puerto de Londres, entra en el Parlamento el lunes por la mañana y no recibe aplausos ni muestra alguna de reconocimiento. Eden, victorioso en los campos diplomáticos de Europa, lo mismo.

Todos los periódicos hicieron notar este fenómeno con cierta extrañeza. ¿Es que el Parlamento está volviéndose apático? ¿O es que los héroes son cosa tan normal para esos diputados: que ya no se molestan ni en aplaudirlos? ¿O quizá sea que el centro neurálgico del país de los «gentlemen» está volviéndose maleducado? Nada de eso. El *Manchester Guardian* dió en el clavo: «Los lunes por la mañana—dijo el agudo comentarista—los diputados van al Parlamento igual que los escolares al colegio: con mal humor ante la perspectiva de toda una semana de trabajo. El ministro que tenga la mala suerte de triunfar en sábado o en domingo, no recibe aplausos los lunes.»

EL CUMPLEAÑOS DE CHURCHILL

Ya puestos a ser muy agudos, podríamos razonar que Churchill

piensa retirarse de la política después del 30 de noviembre, que será su apoteosis. El 30 se celebrará oficialmente su ochenta aniversario, coincidiendo con el discurso de la Corona y recibiendo, por tanto, la bendición real, que pudiéramos decir. Más de un laborista ha protestado que al hacer esto los conservadores mezclan a la Reina en cuestiones políticas. Pero los que tal dicen se pasan de listos, porque se trata de un cumpleaños en el que participan todos los partidos y todo el pueblo, y, naturalmente, donde está el pueblo está el soberano, su cabeza visible y su protector.

Se ha formado una Comisión especial encargada de cobrar y guardar el dinero que lleva ya semanas lloviendo de todo el mundo para el regalo de cumpleaños: cheques en todas las divisas y por todas las cantidades imaginables, que si fuesen cambiados por su importe en oro o en diamantes pesarían ya más que Churchill mismo, a pesar de su mole; el regalo de Churchill superará, pues, al que el Aga Khan recibe todos los años; los diputados le darán un libro especial, encuadernado espléndidamente, con grabados en oro representando los pasatiempos favoritos de Churchill: un puro, un cisne, un pez de colores, un caballo y no sé qué más. En sus páginas, aun blancas, firmarán todos los diputados ingleses, sean del partido que sean. Por firmar, hasta Bevan mismo firmará.

Entre tanto, siempre que Churchill entra en el Parlamento todos los ojos le espían con avidez para ver si descubren la menor señal de debilidad física: cuando escuchan sus discursos, la idea general es descubrir si tartamudea o no, si la voz le falla o no. Churchill se ha convertido en el pariente rico del Parlamento: todos—incluso sus más allegados—desean que se muera políticamente, que se retire. Yo, personalmente, creo que aun aguardará un poco; sus observadores aseguran que el sueño del viejo zorro león tory es superar a Gladstone, el decano de los primeros ministros ingleses, que formó Gabinete a los ochenta y tres años. En tres años, además, puede que se le descuelgue un mano a mano con Malenkov.

Champain

Excaba

HIJOS DE PABLO ESPARZA

BODEGAS NAVARRAS, S. A. VILLAVA (NAVARRA)

AZOR. — Reina, 25. — MADRID

SAN AGUSTIN

EN SU ESCUELA RURAL

Por Lorenzo Riber

(De la Real Academia Española)

ERANSE los idus de noviembre, que es mi día natalicio. Tras un leve almuerzo que no había de embotar un punto la sutileza del ingenio en todos los que nos hallábamos reunidos, no ocasionalmente en aquella femérides excepcional, sino que diariamente convivíamos compartiendo pobre mesa y pobre casa, yo les convoqué en la sala de los baños, estancia acogedora y retirada la más a propósito por la ya desaparecida sazón del año. Estaban allí (no tengo empacho de particularizar sus nombres) bajo la presidencia de mi madre, a cuyos merecimientos creo deber todo lo que soy, mi hermano Navigio; Trigecio y Licencio, de condición civil y discípulos míos: no quise que saltaran mis primos hermanos Lastidiano y Rústico, que aunque indemnes de la fécula de todo gramático, pensé que para lo que yo meditaba hacer me importaba nada más que su propio sentido común. Estaba también con nosotros, de todos, el más mozo, pero cuyo despejo, si mi amor no me engaña, promete algo grande, Adeodato, mi hijo. Atentos todos y callados, comencé a hablar así:

—¿Parécenos verdad averiguada y clara que nosotros somos un compuesto de alma y de cuerpo? Y como todos asintiesen, Navigio respondió que no lo sabía. Y yo...

Así, con esta llaneza, y con auditorio tan familiar inició con sus diálogos acerca *De la vida feliz*, las doctorales enseñanzas que ahora escucha el mundo con las rodillas por el suelo, el africano Aurelio Agustín, hijo de Patricio y Mónica, nacido en Tagaste, lugar de ningún nombre, de la Numidia a los trece días andados de noviembre del año 354. Aquel año, los idus de noviembre cayeron en domingo, día fasto.

Agustín había superado felizmente la pavorosa crisis de su conversión cediendo a la insistencia de una voz pueril de niño o de niña, no sé, que jugando cantaba: «¡Toma! ¡Lee! ¡Toma! ¡Lee!» Lo que Agustín leyó en San Pablo fué esto: «No en comer ni en beberes; no en alcobas y en impudicias; no en contiendas ni en envidias; antes, vestíos de Nuestro Señor Jesucristo...»

Agustín ha dimitido su cátedra de Milán o, como dice él con pintoresca expresión, ha cerrado su tienda de vendedor de palabras. Ya está curado de las blanduras del amor y de la red y cadena de bagatelas cosidas con bagatelas. En su pecho ha entrado Dios «más dulce que todo placer, más claro que toda luz, más íntimo que cualquier secreto». Ya puede cantar como pájaro sin dueño su alabada a Dios, que es su fresco albor, que es su salud y causa de su radiante optimismo. Quiere hurtar su lengua de las ferias de la locuacidad; quiere ser la lira de Dios.

Llegaron las ferias Vendimiales de Milán y cesan los días lectivos. Estas vacaciones y su quebranto físico y un amago de asma le ofrecerán la coyuntura para apearse, muy callando, de la cátedra de mentira. Liberada su locuaz lengua de la servidumbre que tantos años la tuvo encadenada, Agustín bendice a Dios y va camino de la soledad, camino de una casa rural, lugar de soledad que en las cercanías de Milán le ha ofrecido la generosidad de su amigo y cofrade Verecundo, como él, vendedor de palabras, como él profesor de Gramática. Allá va ufano y alegre Agustín con todos los suyos; quiero decir con el primer núcleo de su familia carnal y espiritual, formada al calor de su corazón, suave comunidad no de hispídicos ascetas, sino de blandos soñadores, ahincados en inmortales esperanzas, firmes y reacios en su fe; comunidad no precisamente de madores del yermo, sino de filósofos cuerdos que buscan la vereda secreta por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido.

El propio Agustín ha dado a la posteridad el

nombre de esta propiedad rural: de este campo donde vivió días tan hermosos, y aquellas fecundas y laboriosas vacaciones vendimiales, que fueron sus últimas vacaciones. Agustín ya no dió nunca paz ni a su palabra ni a su mano. La voz *vacación*, vocablo vitando, quedó para siempre borrada de su vocabulario y de su vida. Esta finca rústica llamóse *Casiciaco*.

¿Dónde se pudo esconder este ángulo de la tierra lombarda, al cual corrió Agustín, cual ciervo vulnerado? Todo rastro cierto ha desaparecido. Giovanni Papini lo identifica y sitúa en el actual Casigiaco de Brianza.

Agustín, para quien el frío era no sufridera molestia por su condición de africano hecho a las bacanales del sol, no debió de acercarse más a los Alpes, que de Casiciaco se divisan, álgidos, canos y lejanos. Merecería no haberse olvidado por completo la situación de la amena finca de Verecundo, cuyo nombre en la topografía del espíritu brilla con más gloriosa luz que el *Tusculum* de Cicerón, que la granja *Sabina* de Horacio, que el *Assolo* del cardenal Bembo. Granja rural era también Casiciaco, en pleno campo verdadero y bárbaro, el fundo heredado que quizá con sus propios bueyes, cual la pristina gente de los mortales, araron los remotos abuelos del generoso dueño que la confió al gobierno de Agustín, circunstancial granjero milanés, escrupuloso padre de familias, como aquel que en la parábola evangélica de sus silos extrae el trigo nuevo y de sus odres el vino viejo, y de su techo ahumado descuelga la uva pensil, y de su bien abastada despensa saca higos pasos y melosas ciruelas recientes.

Nuestro bravo bilibilitano Valerio Marcial describe con amorosa prolijidad uno de estos cortijos romanos, de los cuales la parte mayor del año estaban sus amos ausentes y que solamente iban allá cuando Ceres se había despojado de la corona y sanante cabellera y allí permanecían hasta la sazón de la vendimia, cuando el padre Otoño alzaba la su frente galana; cuando Baco, descalzo de sus coturnos, ensangrentaba sus velludas piernas en el mosto nuevo y bienoliente.

En un reino campestre como aquel del cual la pluma veraz de Marcial nos trazó un gustoso cuadro realista, vivía filosofando acerca de la vida feliz, y al mismo tiempo empañándose y saturándose de ella, la colonia de testados numidas gobernada por Agustín. ¡Cómo debía serle grata aquella paz, y sabrosa la seguridad de aquel puerto, adonde llegó, *roto casi el navio*, a través de sirtes como las que bate el oleaje mauritano, a través de escollos y sirenas, a través de abismos y vorágines de sal alborotada! Allí, profunda quietud, según el ideal virgiliano, tan amado de Agustín; allí vida sin engaño, allí ocios doctos y gustosos. Allí grutas y lagos vivos, y valles frescos y blandos mugidos de bueyes y apacible siesta a la sombra de las hayas. Las grutas de esta deliciosa Arcadia de Lombardia debían de ser como aquellas cuevas henchidas de sombra fresca que Leonar-



San Agustín, por el Greco, en «El entierro del conde de Orgaz»

do de Vinci, que en la luz tierna y mojada de Milán bañaba su pincel paradisiaco, gustaba de poner en sus tablas al estilo de la *Virgen de las Rocas*. Y los lagos vivos son aquellas puras aguas estantías, inocentes ojos verdes de Lombardia, que esmaltan a trechos la llanura herbosa y pingüe, undida toda ella en hechizo leonardesco.

Sumergido, náufrago Agustín en este mar de dulzura, cómo, seco y exhausto de lágrimas, al recuerdo de los días felices pasados en esa opulenta tierra de promisión, no había de traducir a lo divino aquel *Deus nobis haec otia fecit*, de Tí-tiro, el eglógico pastor virgiliano, y años más tarde no había de derramar ante el acatamiento de Dios esta lírica efusión y sacrificar esa hostia de alabanza por el alma de Verecundo que le había precedido con el signo de la fe y dormía en el sueño de la paz, en los brazos de Cristo?

«Vos se lo pagaréis, Señor, en la resurrección de los justos, porque le habéis dado una muerte de justo... Prometedor fiel, Vos daréis a Verecundo en trueque de aquella heredad campestre de Casiciaco, puerto tranquilo de nuestro reposo en Vos y refugio seguro de las tormentas de este siglo, la amenidad de vuestro paraíso, siempre verde ante, pues le fueron perdonados sus pecados sobre la tierra, y le colocaréis en vuestro monte santo, monte de leche cuajada, monte abur-doso...»

Pocas veces una limosna habrá sido agradecida con tan cuantiosa gratitud y cordialidad tan manifiesta. Los soles más hermosos que vio Agustín rodar sobre su cabeza fueron aquellos que amanecieron para él entre las altas montañas de Italia; los soles y las noches y las cenas rústicas que a Horacio en su granja le sabían a cenas de dioses:

*¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!*

*¡Oh prado de verdura
de flores esmaltado!,
decid si por vosotras ha pasado.*

*La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora;
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.*

Aquel cotoño de oro del año 388 coincidía con el año 33 de la vida mortal de Agustín. Componían aquel monasterio poético (ya lo dijimos) Mónica, su madre; Navigio, su hermano, y Adeodato, su hijo; Lastidiano y Rústico, parientes propin-cuos; Trigencio y Licencio, hijos de su amigo y protector Romaniano, y Alipio, que pasaba días en Milán; africanos de Numidia, todos; consanguíneos unos de su carne; otros, hermanos de su espíritu. Sabemos cómo apacentaba el plácido rebafuelo el mayoral vigilante. Sea él mismo quien los cuente y lo describa:

«Se levantaron ellos y me levanté yo también: elevé a Dios mis preces cotidianas y nos pusimos en camino de la sala de los baños. Hesco y hurra-fío estaba el cielo; y como su ceño hostil no nos dejaba estar en el campo abierto, aquella estancia era la más cómoda y apta para nuestras dis-pertas amigables. Y he aquí que a la misma puerta advertimos que dos gallos trabajan combate fiero por el dominio de sus hembras. Nos plugo contemplarlo. ¿Qué no desean o en qué no se fijan las miradas de los enamorados de Dios, por no perder la más chica centella de la hermosura de la Razón, que gobierna todo lo racional y lo irracional y que trae de acá para allá a quienes por doquier le buscan? ¿Dónde o de dónde esta Razón soberana no puede dar rastro y señales de sí? ¿Cómo en la pelea de los gallos eran cosa de admirar las crestas arrechas, los cuellos hinchados, los picotazos alternos, las esquividades cautas! En aquel desconcierto y lucha de animales carentes de razón, no había cosa que no tuviese dignidad y decoro, como concertada por la Razón superior que todo lo modera y rige. Y terminada la contienda era de ver la ley del vencedor: la arrogancia, la triunfal altivez de su canto y aquel redondearse y recoger todas sus plumas, como en fastuosa demostración de poderío. Y luego en el vencido la inequívoca señal del vencimiento: la cabeza sin plumas, su voz quebrada, su andar torpe. Y con todo, en esta estampa deplorable brillaba yo no sé qué compostura, qué belleza y alifío, en conformidad con las leyes de la Naturaleza.»

Con el candor infantil que tienen los grandes santos y con la ingenuidad que tiene la antigüedad venerable y casta, narra Agustín una anécdota

que ilustra mucho sobre el género de vida que se llevaba en la granja de Verecundo bajo su dirección espiritual y bajo el cuidado doméstico de Mónica que era el ama de aquel cortijo. Con una veleidad típicamente moceril, Licencio, dando de lado a la poesía, ahora está febrilmente enamorado de la filosofía. Una nueva religión ha entrado en su pecho. Siente una repentina flojedad en el amor de los metros y las fábulas. La filosofía le parece más hermosa que Tisbe, que Piramo, que Hero y Leandro, que Cupido, que Venus, que todos los amores de Anacreonte. El Salterio de David le seduce más que Tibulo y que Ovidio. Agustín siente por este trueco feliz una visible complacencia. El mozo que poco antes no hacía más que decorar enfáticamente versos ajenos, y versos propios recién salidos del troquel, abre su boca a un canto nuevo y lo gorjea como alondra que se embriagó de trigo verde. Lo que Licencio, parlero, canta es el verso de David:

Dios de las virtudes, vuelve a nosotros tu rostro; muéstranos tu faz y seremos salvos.

Este mismo aprendiz de poeta o de filósofo, simpatiquísimo, un día antes había entrado después de la cena *ad requisita naturae* en un lugar que no era ciertamente el más adecuado para salm-cidias y comenzó a salmar a voz en cuello. Licencio regoldaba aquel canto bueno y lo repetía oportuna e importunamente, como suele hacerse con una tonadilla nueva. Le reprendió por ello la mujer, religiosísima, puesto que el lugar no le parecía conveniente para cántico tal. El muchacho le replicó con viveza: «¿Pues qué? ¿Si un enemigo me hubiera encerrado aquí no iba Dios a oírme si a El elevara mi plegaria? Debí de sonreír y de callar la santa mujer, discreta. A la siguiente madrugada, habiéndose acercado el mozo al lecho de Agustín, en son de queja por la represión de su madre, el santo le dijo que de todo lugar se puede elevar a Dios la voz de la oración y pedirle que vuelva a nosotros su rostro.

En la esquividad y apartamiento de Casiciaco inauguró Agustín su *Opus epistolarum* que tanta luz había de difundir y sosegar tantas conciencias. Allí también nacieron, dialogando, en aquel jardín silvestre de Academo, los tres libros *Contra Académicos*, donde destruye el displicente y rozagante escepticismo de los académicos que a sí mismos enfáticamente así se denominaban. Allí se engendraron, al son de la fuente-cilla y en colchillos nocturnos de cama a cama, los dos libros *De ordine*. Allí el libro único: *De beata vita*, en cuya elaboración participó Mónica, el ama de la granja, que por su maternidad física ha sido llamada Madre de la Iglesia y que por la luz del corazón que en sus palabras ponía, como Santa Teresa, puede ser llamada Doctora.

Mónica, como la Marta evangélica, era solícita *erga plurima*; atareada de los mil cuidados minuciosos que trae consigo el gobierno de una hacienda rural y de una agrupación de filósofos, por más frugales que sean. Entraba y salía en las disputas, suave como una sombra, las manos de lana, de fieltro los pies, para no turbar el diálogo sereno. Pero una vez intervino en aquellas controversias templadas por la más afectuosa caridad. Fue en la postrera de las sesiones en la que Agustín resumía lo que era la vida bienaventurada: «La plena saciedad de las almas, ésta es la vida bienaventurada.» Mónica, rendida a la palabra de Agustín, estremecida en sus fibras más íntimas de madre de aquella iglesia minúscula que tenía por oráculo a su hijo, invocó sobre la nidadada fiel las alas de la Santa Trinidad en un lírico transporte, con aquel verso de su obispo Ambrosio que en días amargos fue su guía y su luz y su paño de lágrimas:

El dialoguista de *Los nombres de Cristo*, más que de los diálogos platónicos o ciceronianos, ¿no tomaría la forma de estas que podríamos llamar *Cuestiones casiciacas* o *Noches suburbanas de Milán* si quisiéramos denominarlas a la manera clásica? Y Marcelo, Sabino y Juliano, los tres teólogos poetas de *La flecha salmantina*, ¿no traen el recuerdo de estos protonovicios agustinos, Licencio, Trigencio, Adeodato, que hablando de la vida bienaventurada, y el orden que regula la Creación, encantaban las vacaciones vendimiales de Milán, bien así como ellos solemnizaban el asueto salmanticense de San Juan, hablando de los nombres que tomó Cristo en las viejas profecías, paseando lentamente

*en la ribera verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro río?*

¡Fove precantes, Trinitas!

¡Conseguido...!

AZOR



Llegar al final victorioso es el más digno remate de una noble ambición; es conseguir, lograr lo que se ha propuesto...

Pero si lo que se pretende es halagar el paladar, entonces nada mejor que el brandy viejo VETERANO, un brandy de exquisita calidad y de un prestigio mundial justamente conseguido.



Sancho
CAÑIGALES

BRANDY VIEJO
VETERANO
OSBORNE

PUERTO DE SANTA MARIA

LA REPUBLICA SIN PRESIDENTE

NI PROTESTAS NI MANIFESTACIONES CONTRA LA DECISION DEL CONSEJO DE LA REVOLUCION

NAGUIB, RELEVADO DE TODOS SUS CARGOS

Desde El Cairo, por nuestro enviado especial,
Fernando P. DE CAMBRA

SON las doce horas y quince minutos del 14 de noviembre. Un automóvil militar se detiene ante el portón central del Palacio de la República, que antes se denominó Abdine. Es una jornada dominguera. Brilla el sol (este sol implacablemente fiel de Egipto, que luce desde hace siete meses consecutivos) y mucha gente pasea distraída y ociosa por la inmensa plaza. En realidad parece un día semejante a otro cualquiera. Y, sin embargo, resultará muy diferente. Tanto, que ya tiene reservada su página en la historia.

La guardia presidencial (uniforme caqui, banda verde cruzada sobre el pecho y boina roja) presenta armas. Un capitán de servicio acude presuroso desde el cuarto de banderas. Porque del automóvil acaban de apearse, nada más y nada menos, que el general Abdel Hakim Amer, ministro de la Guerra y comandante en jefe de las fuerzas armadas de Egipto, y el comandante Hassan Ibrahim, ministro de Estado de la Presidencia. Ambos tienen aspecto serio, preocupado. La silueta cenceña del general parece como encorvada bajo el peso de una misión ingrata. Su compañero pretende sonreír sin conseguirlo. Avanzan unos pasos hasta el pequeño porche de entrada. Ordenes guturales. Los centinelas de vestíbulo también se cuadrán. Y los recién llegados entran en el edificio.

El zaguán y su columnata de mármoles con arabescos en oro. La escalera, también de mármol. Alfombras rojas, tapices orientales, estatuas y cuadros. Este es el viejo palacio Abdine de la Monarquía depuesta hace poco más de dos años. Por aquí discurrió sus ocios el viejo Rey Fuad antes de pasar a mejor vida. Y también estos lugares presenciaron muchas excentricidades de su hi-



Fotografía del último acto público asistió Naguib como Presidente de la República. El 5 de noviembre preside un banquete que le ofrecieron los militares egipcios y los sudaneses en el hotel de El Cairo.

jo y sucesor, Faruk. Es casi un lugar histórico, donde florece un siglo de camarillas, intrigas y adulaciones. El general Abdel Akim Amer sabe todas estas cosas de memoria. Es antiguo militar, que habla un árabe casi literario como cualquier ulema del Azhar. Ha vivido toda esta época revuelta. Hizo la guerra de Palestina, cayó en desgracia, fue perseguido, conspiró y, a la postre, ha visto el triunfo del «Consejo Revolucionario», del que constituye pared maestra. Conoce, pues, las horas difíciles; pero a buen seguro que esta que ahora está viviendo se le antoja más amarga que las precedentes reunidas.

Al terminar la escalera, en el primer piso, un amplio rellano. Dos corredores conducen hacia derecha e izquierda, respectivamente. Enfrente, el ancho ventanal que da sobre la plaza. Más cuadros, más tapices, más alfombras que conjuntamente forman una especie de sinfonía coloreada de rojo y oro. Los centinelas de la guardia se yerguen inmóviles, petrificados. Rostros sin expresión, podrían antojarse copias de la esfinge. Tal vez la procesión vaya por dentro, como vulgarmente se dice, entre interrogantes de sorpresa. Porque esta visita resulta un tanto insólita por la tirantez que desde hace meses reina entre el Consejo de la Revolución y su Presidente de la República.

La puerta verde con dibujos dorados se abre sobre el aposento a la derecha del amplio rellano. Este es el antedespacho del general Naguib. Poca gente, porque desde hace tiempo cesó el ir y venir de antiguos pedigüños, ya que el Presidente no puede otorgar amplias mercedes. Cuatro



El «hermano musulmán» que afeitó a Nasser en Alejandría, después de su caída.

fieles de tenacidad inquebrantable: el artista de barbita, melena gris, chalina y boina sobre la oreja, que pintó el monumental retrato que se avizora sobre la pared del fondo; dos sudaneses de filiación ignorada; un extranjero.

El ayudante-secretario, desde su mesa a la izquierda, entre los dos ventanales, se incorpora cuando entran los desconocidos. Quiere adelantarse, pero el indispensable saludo militar hace que quede retrasado. Interin, los dos ministros cruzan la estancia. Y, sin más ceremonias, abren la puerta del fondo.

LA REPUBLICA SE QUEDA SIN PRESIDENTE

El amplio despacho. Inmediatamente a izquierda de la entrada, el escritorio, y sentado detrás, el Presidente Naguib.

El general es el mismo de siem-



Después del atentado de que fue víctima en Alejandría, Gamal Abdel Nasser, presidente del Gobierno egipcio, fue recibido en El Cairo con el entusiasmo y las muestras de adhesión que se reflejan en esta fotografía. Del complot fue acusada la Hermandad Musulmana.

pre. Las preocupaciones y sinsabores no parecen haber hecho mella en su corpachón robusto. El mismo rostro cetrino, surcado por múltiples arrugas que trazaron las intemperies del desierto. Idéntica cabellera negra, encrespada, con la «coronita» gris en el centro. Igual gesto reposado y sonrisa amable, acogedora. Y la eterna pipa en la mano.

Naguib se incorpora del sillón para recibir a los visitantes. Uno, el general Abdel-Akim Amer, su igual en graduación, es antiguo compañero de Academia Militar y camarada en los campos de batalla. El otro, un subordinado. Los tres se miran fijamente, sin pronunciar palabra. Hay algo patético y emocionante en este encuentro. Un «algo» que sólo ellos podrían explicar. Y en la expresión del «lewa», un interrogante.

El ministro de la Guerra quiebra el silencio que por espacio de un minuto largo se había adueñado del ambiente. Y lee:

«El Consejo de la Revolución ha decidido relevar al general Mohamed Naguib de todos los cargos que le estaban confiados. El de Presidente de la República de Egipto quedará vacante.»

Sólo estas líneas, breves y concisas. Pero que constituyen un episodio para la historia.

El rostro del «lewa» Naguib ni siquiera se contrae en un gesto de sorpresa. Posiblemente no quiere demostrar sus impresiones. Tal vez esperaba «esto» desde hace tiempo. Algún observador atento podría darse cuenta del ligero parpadeo de sus ojos. Y que la mano izquierda tiembla un poquito apretando la pipa. Nada más. Adelanta unos pasos sin pronunciar palabra. Desde la antesala, cuya puerta quedó abierta de par en par, llega un leve rumor pronto sofocado. Naguib coge la gorra de uniforme que está sobre la mesa, se cubre y en seguida dirige una mirada de interrogación a sus visitantes.

—Vamos — dice Abdel - Akim Amer.

Los tres militares empiezan a caminar. Junto al dintel, Mohamed Naguib se aparta con natural cortesía para cederles paso. Después reflexiona un momento y pasa delante. Ya no está en su casa. Ya no es Presidente de la República. Es posible que ni siquiera continúe siendo general en activo. Y puede ser que, para su fuero interno, se pregunte si, de hombre libre, le han convertido en preso. Mientras cruza el antedespacho, todas las miradas están fijadas en él. Con el semblante bondadoso de siempre, hace un gesto de saludo, que prácticamen-

te constituye un adiós. Nadie habla. Se oye algún suspiro entrecortado. Alguien enjuga una lágrima...

Mohamed Naguib baja los escalones con paso firme, entre los hombres de su guardia, que lo miran atónitos, sin comprender. Después subirá al coche de sus acompañantes. Y éste arranca precedido y seguido por dos «jeeps» que, montados por militares armados de metralletas, le darán custodia hasta el lugar que le tienen designado.

¿Prisión? ¿Arresto? Ninguna de ambas cosas. Simplemente, «residencia» fijada por el Consejo de la Revolución. El lugar tiene también su historia. Porque Mohamed Naguib, ex Presidente de la República, ex jefe del Gobierno y ex cabeza suprema de la revolución, residirá en la villa caiota



Depósito de armas descubiertas en una celda de los «hermanos».



Dirigida la Hermandad Musulmana ingresan a la prisión militar de El Cairo.



Hassan-el-Hodeibí «ex guía supremo» de la Hermandad Musulmana, detenido por el Gobierno egipcio, es conducido a la prisión de El Cairo

que anteriormente, antes de serle confiscada, perteneció a Zeinab-el-Wakil, esposa pintoresca del ex jefe del partido Wafd y ex ministro de la Monarquía, Mohamed Nahas. O, más claro, el hombre que adquirió una notoriedad (no muy envidiable, por cierto) como «Nahas Pacha».

Horas más tarde, toda la familia del «lewa» se reunirá con Naguib en su nueva residencia. Y de esta manera se cierra, hoy por hoy, este episodio histórico. En conjunto, ha durado treinta minutos escasos.

LA NOTICIA EN LA CALLE

Ignoro qué misteriosa telepatía hace circular las noticias con la rapidez del rayo. Media hora antes de que la radio difundiese el comunicado oficial era del dominio público. Las gentes se miran entre asombradas y comprensivas. En despachos oficiales, oficinas del Estado, hoteles, cafés, tiendas y almacenes empiezan a descolgar el retrato de Naguib, que por espacio de dos años ha venido presidiendo todas las actividades. Algunos, los más humildes, parecen resistirse a esta novedad insólita. Después seguirán el ejemplo de los otros. Pocos comentarios. Ni una protesta. Ninguna manifestación.

Al filo de las dos, Radio Egipto difunde la nueva, repitiendo el comunicado oficial que antes he transcrito; el mismo que le fué leído al general. Los corresponsales extranjeros se apresuran a cablegrafiar. Justo es decir que no hallarán ningún obstáculo. Hasta el punto de que media hora más tarde lo repetían las emisoras de casi toda Europa.

VEINTISIETE MESES EN LA PRESIDENCIA

Debido a que jamás faltan comentaristas espontáneos, alguien me habla de «legalidad», «máxima magistratura de la nación», etcétera, etcétera. Yo sonrío, sin admitir charla ni controversia. Por encima de todo, soy un observador neutral, huésped amigo en país extranjero y con la sola y exclusiva misión de registrar los acontecimientos de una manera objetiva.

Sin embargo, recapitemos un poco sobre la tan llevada y traída «legalidad», a que hacía referencia el interlocutor amigo de las controversias.

Veintisiete meses, casi día por día, ha permanecido el general Naguib al frente de la Presidencia de la República. Verdad es que desde julio último, era un cargo puramente nominal, honorífico y sin más atribuciones que recibir a los embajadores extranjeros cuando presentaban sus cartas credenciales.

En julio de 1952, cuando el famoso golpe de Estado que destruyó a Faruk, se inició su ascensión vertiginosa. Entonces ni siquiera formaba parte del Consejo de la Revolución, que le nombró Presidente. Y el propio Consejo que le elevara al cargo lo releva ahora. Si hubo legalidad en aquel momento, también existe ahora.

A partir de aquella fecha se empezó a «fabricar» el mito de Naguib. La tarea fué relativamente fácil. El «lewa» es un hombre de pasado intachable, bondadoso a carta cabal, bueno si los hay, dotado de un gran poder de atracción por su propia sencillez y ac-

cesible a todo el mundo. Su despacho siempre estuvo abierto de par en par. El pueblo veía en él a uno de los suyos. Prácticamente le adoraban.

La propaganda, inspirada por el propio Consejo de la Revolución, mandó imprimir millones de folletos. Cientos de miles de fotografías, no sé cuántos bustos y retratos. Le asignaron cada éxito o acierto, cada medida social del Gobierno. Los otros, es decir, los oficiales revolucionarios, incluido el propio Gamal Abdel Nasser, trabajaban en la sombra de sus oficinas. Naguib se llevaba la gloria. Y así nació y se fortificó el mito.

Esta situación pudo prolongarse indefinidamente si el «lewa», mandatario y cabeza visible de la revolución, no se hubiera rebelado contra los mismos que le habían elevado hasta el Poder. En febrero de 1954 empezaron las diferencias. Naguib pretendía imponer su voluntad en los Consejos de ministros. Llegó un instante en que los oficiales estaban dispuestos a volver a sus cuarteles. Entonces Naguib pudo erigirse en dictador absoluto. Pero esta misión no cuadraba con su carácter bonachón, poco dado a vicencias ni ambiciones. Y faltó muy poco para que los viejos partidos políticos volvieran a empuñar las riendas del Gobierno. Únicamente aquellas famosas manifestaciones populares que tuvieron por escenario las calles de El Cairo, a fines de marzo, evitaron la contramarcha.

Desde aquella fecha el general Naguib quedó relegado a un lugar secundario, puramente honorífico, de Presidente de la República. Y esta situación pudo haberse prolongado por tiempo indefinido, sin las pequeñas intrigas que se produjeron después. Todos los descontentos, todos los ambiciosos defraudados acudían al despacho del Presidente. Y éste les escuchaba.

Más tarde se produjeron cabildos y visitas privadas con políticos sudaneses, para los cuales el general, por razones de afinidad sanguínea, resultaba hombre predilecto. Cuando las negociaciones para la evacuación de la zona del Canal, ni intervino ni hizo acto de presencia. El acuerdo definitivo no lleva su firma. Y rehusaba también rubricar el protocolo que forzosamente debía quedar firmado antes del 10 de diciembre próximo.

Tal vez toda esta serie de diferencias y rencillas se hubieran pasado por alto. E incluso hubieran conseguido sostentar la última, de no haberse producido la conjuración de los Hermanos Musulmanes y el atentado contra Gamal Abdel Nasser, jefe del Gobierno.

El 26 de septiembre, a las diecinueve horas y cuarenta y cinco minutos exactamente, mientras el presidente del Gobierno, Gamal Abdel, pronunciaba su discurso en la plaza de la Liberación, de Aleiandria, sonaron ocho disparos. Una bala destruyó la bombilla situada sobre la cabeza de Gamal Abdel Nasser, apagando así toda la guirnalda de luces. Dos hirieron al abogado Ahmed Badr, que se hallaba junto al presidente. Otra al ministro sudanés Mirghami Hamza. Y las restantes se estrellaron contra la columnata del edificio.

¿El autor material del hecho? Un vulgar y modestísimo obrero de El Cairo, llamado Abdel Latif Mohamed, lampista o plomero (tanto da uno como otro) de profesión, que había llegado horas antes con el exclusivo propósito de cometer el atentado. Su detención fué asunto de segundos. Y la misma muchedumbre le hubiera pinchado de no haberse interpuesto las fuerzas policíacas y de no recomendar calma y serenidad el propio Abdel Nasser, quien, desde su tribuna, pedía que se respetase la vida del asesino.

APARECE LA HERMANDAD MUSULMANA

Reitero que Abdel Latif Mohamed, asesino en potencia, es un individuo del pueblo caiota, dotado de escasísima instrucción, cortos alcances y menos capacidad para establecer una frontera entre el bien y el mal. Resumiendo: el instrumento ideal para estos casos. Fácil de convencer y más sencillo todavía de fanatizar. A estas alturas, cuando está siendo juzgado por el Tribunal especial, creado para casos semejantes, y que celebra sus sesiones en el cuartel general del Consejo de la Revolución de Guezirah, ha entonado un «Yo pecador». Un «amea culpa» que denuncia a los verdaderos instigadores del crimen. Pero la suerte futura de Abdel Latif Mohamed no interesa lo más mínimo. Tal vez sea condenado a la última pena. Puede muy bien ocurrir que el propio Gamal Abdel Nasser le indulte, porque ya de antemano perdonó y excusó públicamente al individuo que pretendía asesinarlo. Quienes interesan son los instigadores del crimen. Los hombres que, cómodamente arrellanados en una mecedora de la villa alejandrina organizaron el atentado estudiando hasta el más ínfimo detalle. Todo estaba previsto de antemano. Todo, menos los imponderables. O, mejor dicho, la voluntad de Dios.

En pocas horas, tirando del hilo, apareció el ovillo de la Hermandad Musulmana. Células inspiradas en el más puro estilo comunista. Organización de terrorismo, con depósitos de armas, explosivos, hombre de acción, fusiles, ametralladoras y bombas de mano. La Policía egipcia, cuya efectividad y eficiencia nadie podrá negar, ha actuado con celeridad extraordinaria. Y el complot quedó abortado.

Las declaraciones de los encartados en el proceso que se está celebrando implican al general Naguib directamente. Uno de los promotores aseguró públicamente que el Presidente de la República estaba de acuerdo con la Hermandad y conocía los actos terroristas que habían de perpetrarse. Añadió que, de haber triunfado, hubiera continuado al frente de la nación. Se han dado horas, fechas y lugares de conferencias telefónicas. En buena ley, Naguib debió dimitir entonces. Aun cuando no fuera más que para justificarse. Se abstuvo, y ello ha sido causa de su actual relevo.

UN COMLOT DE GRAN ENVERGADURA

Ha quedado de manifiesto que el complot que organizaba la Hermandad era tan ambicioso como de incalculables alcances. La «hora H» quedaba marcada con el asesinato del jefe del Gobierno.



En los registros efectuados por la Policía en los locales de la Hermandad Musulmana fueron descubiertas numerosas bombas de mano y otros explosivos

Automáticamente, durante la propia noche, patrullas de hermanos musulmanes debían irrumpir en los respectivos domicilios de cuantos forman el Consejo de la Revolución y asesinarlos a mansalva. Después existía otra lista de ciento sesenta jefes y oficiales del Ejército, fieles mantenedores de la situación actual, que también debían perecer. En conjunto, doscientos crímenes. Ni siquiera las gentes de Moscú organizan con tan fría decisión.

¿Por qué este instante para llevar a la práctica sus planes terroristas? La verdad es un tanto mezquina. Gamal Abdel Nasser acaba de firmar un convenio definitivo con Gran Bretaña, a tenor del cual los ingleses abandonan la zona del Canal. Era la culminación de las aspiraciones egipcias, y al propio tiempo, una especie de seguro para que el Gobierno prosiga la tarea que se tiene asignada. La Hermandad Musulmana no ha perdonado este éxito. Quería atribuirse la gloria de expulsar a los ingleses. Aun cuando, en verdad, incluso el más lerdo se percata de que, si hubieran prosperado sus planes, el famoso convenio hubiera constituido letra muerta. Porque jamás Londres habría entregado el Canal a un Gobierno encaramado en el Poder a costa del asesinato y la anarquía.

«LO QUE PUDO SER»

A estas alturas, avizorar «lo que pudo ocurrir» de haber tenido éxito los planes terroristas podrá antojársenos una entelequia especulativa. Y, no obstante, bueno será recapitular un poco para darnos cuenta del peligro a que escapó Egipto y el mundo árabe. Ha sido cuestión de unos milímetros en la trayectoria de las balas. «Lo que estaba escrito.»



En esta casa del barrio de Choubra los «hermanos musulmanes» hicieron frente a la Policía



Después de la refriega la Policía examinó los cadáveres de los «hermanos musulmanes»

Doscientos asesinatos debían perpetrarse en pocas horas, como dije antes. De hecho, decapitados de sus mandos Ejército y Policía, la nación hubiera quedado entregada a las turbas. Esas mismas gentes que en 1952 estuvieron a punto de destruir El Cairo, incendiando setecientos edificios, donde arderían vivas bastantes personas. Después habría llegado el asalto

de Bancos e industrias. Los barrios de «las Embajadas» eran también un objetivo predilecto. Una Junta de Gobierno, presidida por el propio cabecilla de la revuelta, Hassan El Hodeibi, «Guía Supremo» (en disponibilidad) de los hermanos musulmanes, debía declarar caducadas todas las leyes sociales. Ni que decir tiene que los ingleses hubieran declarado nulo el acuerdo sobre el Canal. Y hasta es muy posible que sus blindados hubieran hecho acto de presencia «para salvaguardar el orden y las vidas europeas». En resumidas cuentas, era tanto como hacer el juego de lo que se ha dado en llamar «imperialismo colonialista».

HASSAN-EL-HODEIBI, EN ZAPATILLAS Y CHILABA

¿Quién es Hassan-el-Hodeibi, esta especie de «Guía rojo», que pretendió hacer una revolución en nombre del Corán, sin respetar el «no matarás» que ordenó el Profeta? Muchos lectores se harán esta pregunta, que aclararemos sin más demora.

Hace algunos meses, en el curso de la encuesta que realicé por tierras de Egipto, entre otras muchas entrevistas, obtuve una entrevista con el entonces Guía Supremo de la Hermandad Musulmana, Hassan-el-Hodeibi. Me recibió en su domicilio cairola, al filo del mediodía, en zapatillas y con una chilaba marrón sobre el pijama rayado. Parece que andaba algo malucho; por lo menos, tal afirmó entonces.

Uno está ya algo curado de espantos, a fuerza de entrevistar personajes y personajillos de toda índole y catadura. Jamás pretendí ser gran psicólogo, antes bien, sólo me fio del «instinto», de la primera impresión. Y la que produjo en mi ánimo el guía supremo fué pésima. Me pareció un hombre ca-zurro, ladino, sin gran inteligencia y algo primitivo. De buenas a primeras aseguró que únicamente entendía el árabe. Una estrategia viejísima que, obligando a usar de interés, permite pensar y repensar las contestaciones antes de formularlas. Después, a la primera trampa que le tendí, rectificó con demasiada viveza en francés. Algo infantil, muy sencillo, pero que me llevó al convencimiento de que un hombre semejante podría influir sobre masas

analfabetas y jamás sobre la minoría selecta.

Hassan-el-Hodeibi me aseguró entonces que la Hermandad Musulmana tenía dos millones de afiliados en Egipto y muchos más simpatizantes. Si esto es cierto, cabe afirmar que ahora no han dado señales de vida. Se negó a hacer manifestaciones de orden político, lo que equivalía a mostrarse contrario al Gobierno, puesto que ello significaba una desaprobación tácita. En cambio, dijo pestes de su compadre disidente Sallah-el-Achmaoui. Verdad es que éste, horas más tarde, y en el curso de otra charla, le devolvió el golpe, tratándolo de fanático, fantasmón e irresponsable.

EL «GUIA» PALACIEGO

Nada en la vida gris de este hombre no menos gris hacía prever que alcanzaría el puesto preeminente que ocupó después entre los «hermanos». Hasta la edad de cincuenta y ocho años fué un anónimo magistrado que había recorrido el escalafón judicial paso a paso y con muchísimos apuros. Después, cuando murió Hassan-el-Banna, fundador de la Hermandad, la voluntad de Faruk hizo que fuera nombrado sucesor. El ex Monarca creía entonces que de esta forma aseguraba su control sobre la asociación. Y no se equivocó en principio. Porque Hodeibi se transformó en asiduo palaciego de la noche a la mañana; ahí están los registros de palacio, donde constan sus firmas cada vez que era recibido en audiencia. Tal vez por esas mismas causas, la organización no tomó parte en los acontecimientos que produjeron la abdicación del Rey.

LA HERMANDAD MUSULMANA DESVIA SUS PRINCIPIOS

Fundada en 1936 por el «cheik» Hassan-el-Banna, de acuerdo con sus estatutos, la Hermandad debía ser una asociación de carácter religioso y humanitario. Pero el atractivo del poder es algo irresistible, y ya en tiempos de su fundador se aventuró por los ásperos y resbaladizos caminos de la política. Disuelta bajo el Gobierno presidido por Abdel-Haddi, pudo reconstituirse legalmente merced a la autorización wafdistas de Mustafá-el-Nahas, que aspiraba al apoyo de los «hermanos» para su partido. Pronto pudo desengañarse. Hassan-el-Hodeibi, como todos los hombres que han esmerado «su hora» por espacio de mucho tiempo, quería ganar el perdido. A los sesenta años bien cumplidos sintió alma de dictador. Una especie de Lenin oriental con babuchas, «tarbuch», «galabiah» y profanando el sagrado libro del Corán.

Ahora bien, la revolución del Ejército, encabezada por Gamal Abdel Nasser, vino a cortarle las alas cuando ya creía alcanzado su objetivo. Entonces el propio Abdel Nasser le puso en libertad, permitiendo las actividades legales de los «hermanos». Y nunca como ahora se confirma el viejo refrán de «cria cuervos, que te sacarán los ojos».

EL «HOMBRE FUERTE» DE EGIPTO HA GANADO PRESTIGIO

El 23 de julio del año actual, mientras Gamal Abdel Nasser

Fácilmente se reconoce el que escribe con punta BIC

SUAVE, RAPIDA, LIMPIA, DURADERA

¡Así se escribe a gusto!



Hay muchos lápices o bola, de todos precios pero los más baratos no son precisamente los más económicos. La verdadera punta BIC por su larga duración asegurada, sin alteraciones de escritura, sin escapes, ni averías, es el menos caro de todos los instrumentos para escribir.

GARANTIA ABSOLUTA

La punta BIC, que escapada al control, fuera defectuosa, será cambiada. Exija bien grabado sobre el cuerpo y sobre la punta, la palabra BIC

CRISTAL 6 ptas.
M4 BOLSILLO (Tubo largo) 12 ptas.
RECAMBIO PTAS 6
BIC-CLIC (Tubo largo) 25 ptas.
RECAMBIO PTAS 8



FABRICA: LAFOREST, S.L. - MAESTRO FALLA, 19 - BARCELONA

pronunciaba su discurso en la plaza de la República, durante las jornadas conmemorativas del segundo aniversario de la revolución, alguien dijo a mi lado:

—¡Este es el hombre fuerte de Egipto!

Existe, efectivamente, una verdadera fuerza en este hombre. Una fuerza de gobernante, continua y matemática. No pretende arrollarlo todo en su camino, pero tampoco tolera obstáculos cuando trabaja en beneficio de su patria. Ahora, aceptando la batalla (y ganándola) que le presentaba la Hermandad Musulmana, y apartando a Naguib de la escena política, salva las últimas dificultades importantes que aún se le ofrecían.

Pude verlo pocas horas después del atentado, cuando regresó a El Cairo. Rodeado por la muchedumbre, a pecho descubierto, sin apenas escolta, correspondía a las aclamaciones que le prodigaban. Y así a lo largo de toda la ciudad.

Poco después solicité unas declaraciones personales para España. Y dos horas más tarde tenía en mi poder las que a continuación reproduzco.

DECLARACIONES DEL PRESIDENTE GAMAL ABDEL NASSER

«Este atentado no ha producido en mí el menor efecto. Me consta que en Egipto, como en todos

los países del mundo, existe una pequeña minoría que, engañando a la opinión pública, pretende inducir a errores sin importarles las consecuencias.»

«Entre los jefes de los Hermanos Musulmanes de Egipto existen algunos que comercian con la religión y la explotan para conseguir sus ambiciones personales. Engañan a las gentes sencillas del pueblo, utilizándolos para obtener lo que se proponen. Todos los medios son buenos para ellos. Incluso el crimen, más nocivo para la nación que para los hombres indicados como víctimas.»

«Asimismo es bien sabido que, después de la revolución de 1952, los verdaderos objetivos de la asociación comenzaron a ponerse de manifiesto. Esto desengañó a muchos de nuestros conciudadanos, haciendo que se alejaran de la Hermandad. Y los oportunistas que quedaron al mando de la misma, perdiendo la sangre fría, han recurrido a métodos de traición y perfidia, a pesar de que les consta que sus acciones son contrarias al país y a su religión.»

He creído oportuno terminar el presente reportaje con las declaraciones que me concedió el presidente Gamal Abdel Nasser en exclusiva. No hay en ellos ni una frase de odio ni una palabra de venganza. El «hombre fuerte» demuestra una vez más así su temple.

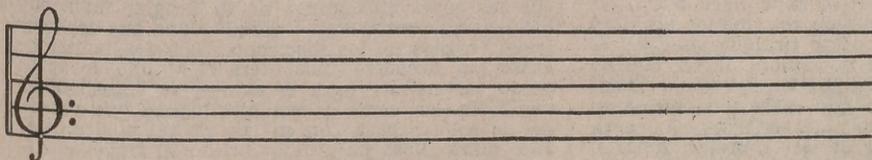
He relatado los hechos concisa



El único superviviente del grupo de «hermanos» que luchó contra la Policía en Choubra

y objetivamente, haciendo uso de muchas referencias oficiales. Con la caída del general Naguib se cierran veintisiete meses de Presidencia. Justo es añadir que todos, incluso los mismos miembros del Consejo de la Revolución y del Gobierno, hubieran deseado otro final. Y que han hecho todo lo humanamente posible para evitarlo. Pero «estaba escrito».

La nota más alta...



ES LA QUE DISTINGUE AL HOMBRE A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

El divo de divos Hipólito Lázaro, la mejor garganta de la historia, único tenor del mundo que alcanzó dar el «FA» sobregado.

«KRON-VEST» la única hoja del mundo que alcanza la más ALTA NOTA de distinción por la suavidad en su afeitado.



KRON-VEST

PARTICIPE EN EL SENCILLO CONCURSO MENSUAL DE HOJAS DE AFEITAR KRON-VEST Y FACILMENTE GANARA UN RELOJ DE ORO WALTER ROVER DE 8.500 PESETAS



vosotros, si queréis y como queráis. En todo caso, no pertenece a esta historia ni viene a cuento.

Porque la historia de un muchacho—y si no que lo digan los viejos—o no es nada o es la historia de un corazón o de lo que lo sustituya en vuestra concepción psicofisiológica como órgano específico del amor, si sois de los que creéis que el amor es una secreción interna.

Pues esta que estamos escribiendo es, una vez más, una historia de amor, sentimental, cursi y todo, peor que novela rosa.

Una historia de amor mudo, silencioso, táctico, una romanza sin palabras. Mejor dicho, las palabras pueden ser éstas o aquellas, las que el lector quiera poner, según su gusto; las que él hubiera dicho puesto en el caso..., si es que cree que las palabras tienen importancia.

En todo caso, esta historia tiene tanta, que no tiene ninguna.

* * *

Esta es la historia de unas mejillas encendidas.

Que no son las de Joaquín, aunque, bien mirado, Joaquín pudiera tenerlas; pero esto no nos importa a nosotros, acaso ni siquiera a Aurora, que era quien las tenía.

Lo que nos importa es que son las de ella. Siendo de ella, él las pudo hacer suyas, y bien tonto fué si no lo hizo. Pero, después de todo, si no lo hizo, allá él, aunque en una de las soluciones que pudiera tener la historia, en lugar de no tener ninguna, si lo hubiera hecho, no habría historia.

No habría esta historia; habría otra tan buena como ésta, porque lo esencial en una historia de amor, sea ésta, sea otra cualquiera, es que en ella haya unas mejillas ruborosas con el rubor delicado de las rosas, cuyo calor se enciende cuando conviene y baja y se desvanece en otros momentos... Si no hay esto, nada. A otra cosa.

Pero las hay, y si las hay, tomar por un camino o por otro tanto da. Habiendo unas mejillas como rosas color de rosa está hecha la historia, y se le

puede dar la solución, el remate o el desenlace que se quiera, o dejar que el lector le ponga el que mejor prefiera, o cortarla de modo que no pueda tener ninguno.

* * *

También os dejo hacer el retrato de Aurora.

Con ciertas restricciones.

Péndmela más bien blanca que morena, para que las rosas encendidas de la sangre, savia auroral de su primavera — porque tiene que ser muy joven: menos de los dieciocho, de todas maneras; acaso los diecisiete años fuera el óptimo, lo apropiado justamente para el caso—, se transparente mejor en esa carne y esa piel blanca que parece que el sol traspasa con su luz, cristal opalescente, vaso maravilloso para dejar brillar al través el rubor del sol que nace.

No me la pongáis fea, ni tampoco de tal género de belleza que las rosas de su faz estén allí fuera de su sitio. Que hay bellezas que exigen la palidez o una coloración nacarada muy discreta, ya que cuando se trata de estas muchachitas, en variedad de encantos es pródiga la vida.

Dadle a esa fresca luz de amanecer, que es aroma y encanto, un sustentáculo feliz, fácil, de tal guisa que ella no pudiera por menos de ser sonrosada, y que con serlo alcance la tolerable perfección que constituye la belleza femenina primaveral, que nunca necesitó ser excesiva, antes por el contrario, le conviene quedar a alguna distancia de los ejemplos clásicos. Quiero decir que todo esté dispuesto de manera que los bellos colores—rosa, clavel, cereza, etc.—vengan a ser el supremo ornamento de su hermosura y su esplendor natural, por el que se conoce que es flor y que está floreciendo como las rosas en los rosales cuando comienzan, y cuando cantan las niñas cogidas de las manos: «Viva la rosa en su rosal». Cuando, blancas por fuera, comienzan a abrir su corazón, cada vez más sonrosadas, hasta rematar dentro en un rubor de fuego que solamente las rosas y las muchachas, y algunas frutas que se parecen a ellas, saben tener.

Podríamos haber dicho también que una fea no tiene, en realidad, derecho a esas rosas rozagantes en las mejillas, y que si las tiene, es de una ma-

MEJILLAS ENCENDIDAS

NOVELA

Por Vicente RISCO

HACE muchos años — ¡de todo hace bastantes años para mí! — tuve en mis manos un libro cuyo título me impresionó; se titulaba «Les joues-en-feu», y este título me impresionó tanto, que no leí el libro porque me bastaba con el título. Comprendí que, por hermoso que fuese y su título lo anunciase, no era un libro para ser leído, sino para ser vivido, y así, en lugar de leerlo, preferí soñarlo, pues el vivirlo, aunque posible y aunque real en la vida de muchos de nosotros, de casi todos en algún momento, no siempre lo conseguimos cuando queremos, mientras que el soñar siempre lo tenemos seguro.

Y lo soñé en la forma que vais a ver, y que os va a parecer seguramente muy ingenua, y no sabéis cuánto me complace el pensarlo.

Felizmente he conservado hasta hoy la capacidad de impresionarme con estas cosas, de apreciar el valor de tantas deliciosas tonterías como se derivan del hecho maravilloso de que las mejillas de una muchacha se pongan color de fuego y de lo feliz que esto puede hacer al caballero que la acompaña.

Que de esto se trata, en suma, y en ello está, por lo menos, la mitad de la vida. Así, pues, hablemos.

* * *

Joaquín era un muchacho joven. Era lo que fuese, guapo o feo; era un muchacho y basta.

Conozco muchos que se contentarían con eso. Claro que ellos lo han sido en otro tiempo y, por lo tanto, no tienen derecho a protestar de que otros lo sean ahora.

Joaquín era cualquier cosa de las que suelen ser los muchachos de su tiempo: estudiante, hortera, aprendiz, hijo de familia o lo que sea. Lo esencial es que sea un muchacho. Lo demás lo podréis

nera abusiva, usurpando colores que no son de ella, que no le pertenecen, que acaso le hubieran venido bien a una guapa que los tiene mustios y quebrados, por tristeza o por mal de amore.—dijimos que esta historia podía decir cosas cursis—, y que si la fea los tiene, es por una equivocación inexplicable de la Naturaleza, la cual, sin duda, los tenía preparados para otra, y, sobre todo, que a la fea más le valiera no tenerlos. Pero es impío pensar así. Las chicas feas, por el contrario, merecen de nosotros una mayor galantería, una cortesía más refinada y más cariñosas atenciones... Mas, por ahora, dejaremos para otra ocasión la defensa de las feas.

En todo lo demás os permito—y es lo mejor—pintaros una Aurora a vuestro gusto, cada uno según sus preferencias, y así es un bien para todos.

No tengo ningún empeño en que Aurora haya de tener el cabello bermejo, rubio, castaño o negro; en que sus ojos sean oscuros—yo los querría más bien claros—, o verdes, o azules... Los querría, mejor, claros, porque cuando las mejillas se encienden de púrpura, los ojos claros adquieren un brillo extraordinario que hace desvariar... Pero, en fin, después de todo, yo no me he de casar con ella ni vosotros tampoco. Por lo mismo, tampoco me voy a encaprichar porque la nariz sea larga o corta, griega o chata, o respingona, como parece que todavía se lleva ahora; ni en su estatura, ni en las medidas de su cuerpo, ni en su manera de pisar.

Ahora, si por desgracia hubiera alguno que no gustase de las mejillas de rosa, peor para él.

* * *

Como íbamos diciendo, Aurora—la muchacha de las mejillas rojas—era... lo que gustéis: estudiante, costurera, hija de familia..., cualquier cosa de las que acostumbran a ser las chicas a los diecisiete años.

Desde que nació hasta ahora—«ahora» es el instante en que empieza esta historia, y esta historia empieza para cada uno en el momento de comenzar a leerla—hizo lo que hacen todas las muchachas; pero lo más importante que hizo, para sí misma, fué vivir, y lo principal que hizo para nosotros, para todos los demás, fué existir y ser como es. Con ello ha hecho bastante y algo más.

Otro tanto es lo que hizo Joaquín y nos basta.

* * *

Pues, señor, resulta que estando así las cosas llegó la primavera.

Y llegando la primavera sonríen los días, y el tiempo viejo, que es el más viejo de todos los viejos, se vuelve mozo—o lo cree él, como nos pasa a nosotros—, porque en estos días sonrientes el tiempo tiene nuevas bodas de oro.

La primavera temple de tal manera el lecho del tiempo, que el tiempo, adormecido por el invierno como un lagarto arnal en su agujero oscuro, desde el que arroja sobre nosotros sus tristes pesadillas hechas de nieve y helada, comienza a revolverse entre las sábanas, ya tibias, con el mismo eufórico placer con que nuestra alma flota en el suave aire perfumado que nos roza con su rumor de seda.

Y como la primavera venía de sol, se puso rubia, y poniéndose rubia, se puso colorada. Y la primavera venía jugando: se divertía pintando de rosa las mejillas de las chicas sofocadas, como el sol pinta las cosas con ese amarillo desvaído y brillante que es el color de la luz. La primavera puso un Instituto de belleza, y bien sabe ella que después de estar preparada y perfecta una belleza, no lo es todavía completa mientras los colores no florecen en las mejillas, y por eso trae sus preparados para embellecer y para que las mejillas se vuelvan rosas encendidas.

Diréis que esos colores se pueden hoy comprar en la farmacia y que no son demasiado caros. Mas, en primer lugar, ahora parece que no se llevan tanto los de la botica y, sobre todo, los que trae la primavera no cuestan nada y vienen ya para cada una según le conviene, diferentes de todos los demás; son para cada una los que su sangre debe dar y los que su género de belleza requiere, sin consulta de bruja, de madama ni de dermatólogo.

La primavera abre todas las puertas y deja florecer todos los rosales... ¡Qué ocasión nos ofrece cada primavera! Pero, en cada caso, la decisión depende de nosotros. Por eso hemos perdido tantas.

* * *

Pues una tarde de primavera se encontraron siete chicas: Aurora, Carmiña, Elvira, Maruja, Luisa,



Paulina y Nieves, y cinco chicos: Joaquín, Antonio, Eladio, Indalecio y Manolo.

(Siete chicas y cinco chicos... A nosotros siempre nos conviene que sobren un par de chicas, porque, de este modo, siempre nos puede tocar alguna, mientras que si no es así, ¡quién sabe! Porque entre chico y chico, ellas escogen, y ¡a veces escogen tan mal!)

Se juntaron, pues, siete chicas y cinco chicos. Todos juntos rieron y dijeron muchísimas tonterías, como siempre sucede en estos casos: el bien-estar primaveral, el gozo que nos produce el sol, la simpatía de unos y la antipatía de otros, de los amigos, de las amigas, entre ellas, entre ellos o entre ellos y ellas, la presunción juvenil el afán de agradar, la sangre que bulle, la «soberbia de la vida», disculpable entre los quince y los veinte años, se paga con eso: con ese hablar sin sentido, absurdo y encantador, de la extrema juventud, a a veces los viejos envidiamos tanto.

Después, con toda una hermosa tarde por delante, se encontraron en el caso de tener que discurrir lo que iban a hacer, lo cual no siempre es fácil de acordar a gusto de todos. Desecharon varias proposiciones disparatadas, cuyos autores fueron sancionados con el correspondiente abucheo, y, al fin, con general, unánime y entusiasta aplauso, determinaron ir a la viña de Elena, que se encontraba allá con sus papás... Tenían en la casa piano y gramófono, habría fresas, leche fresca, unos bizcochos bañados superiores que les mandaba un tío cura, acaso jamón y vino fresco, subido de la bodega en una gran jarra blanca con dibujos azules.

Muchos aplausos, muchas risas, vestidos claros, una modesta «Kodak» con dos carretes, pañuelos de colorines para las cabezas, mucho calor, ya que pica un poco; mucho sol dorado cayendo sobre los verdes tiernos.

Emprendieron el camino alegremente, esperanzadamente: dos o tres delante, otros pocos más atrás, hablando sin parar, riendo siempre, lanzándose pullas, provocándose unos a otros, chicas y chicos indistintamente... Joaquín tuvo la suerte de que, sin buscarlo, le tocase ir al lado de Aurora.

Un rato largo por la carretera sin sombra, envuelta en el sol alegre que cae sin descanso.

Por la nariz entra un aire que viene de los verdes extendidos del valle, de las retamas floridas del monte, de las digitales tiernas, de los tojos blandos, que aun tienen una verdura joven. Y este aire llega derecho al corazón, mezclado con el sol y con el verde y con la vida, y del corazón sube una alegría blanda y suave al principio, tan sutil que casi no se reconoce, no se sabe lo que es, pero que después se va haciendo más densa, más espesa, más sensible, y llega a la garganta, que se llena de una emoción gozosa, y a los ojos, que lloran sin lágrimas, de la dicha solamente de sentir que se vive, y que se vive en este instante siempre único y sin parejo, siempre nuevo cada vez que se vive, este instante en que el alma se llena de tanta esperanza que es ya ventura, que parece que la vida comienza ahora mismo, porque ahora es cuando van a romper todas las simientes que la vida traía de no se sabe dónde, acaso de otro mundo que no era más que presentimiento y noviciado para este de ahora, en que todo va a ser realizado, en que la ilusión se toca con la mano, casi con los labios...

Joaquín es ahora una esperanza que tiembla: lleva a su lado, sin que antes lo hubiera sospechado, lo que puede llenar todas las esperanzas de la vida, y tiembla ante la inminencia de una dicha para la que no hay comparación posible.

Pica el sol, y Aurora va llena de la misma ebriedad de sol y de esperanza desconocida, que es, en ella y en él, tan sólo presentimiento, sin forma reconocible, y la sangre joven que le danza alegre en las venas, alegre de primavera y de sol, y alegre, sobre todo, de recorrer aquel cuerpo lindo, y ligero, y nuevo que comienza la vida, para cuajar en promesa de amores y de dichas, salta a trocarse en belleza en sus mejillas, que enciende como rosas ardientes, brillantes de alegría, expresión de vida, de juventud, de virginidad, de dicha, de esperanza, de salud, de porvenir...

Sofocada, sonrosada de sol y de ser muchacha, de tener diecisiete años, ¡qué linda va Aurora, con las mejillas encendidas como cerezas maduras, como las manzanas perfumadas, como las fresas de ácido aroma, como el corazón acuoso de las sandías tempranas, como las moras no maduras en las zarzas!

¿Cómo no le ha de temblar a Joaquín el corazón; cómo no le ha de hervir la sangre de in-

quietud, de ansiedad gozosa, de esperanza secreta; cómo no ha de ir su alma conmovida de dicha y de temor?

De temor, porque la esperanza es aventura, porque no hay un muchacho, aunque se empeñe en negarlo, que en este trance no sienta temblar sus rodillas y batir fuertemente su corazón de incertidumbre ante la posibilidad de que en cualquier instante y por la circunstancia más tonta se le venga abajo todo su castillo de ilusiones antes mismo de ser edificado...

Carretera adelante ligaron conversación de cualquier modo, con palabras y dichos rientes, que no le importaban a Joaquín más que por ser de Aurora; que no le importaban probablemente a Aurora más que por ser de un muchacho, que en este momento era Joaquín, aunque cuando Joaquín no fuera otro sería... Porque, claro está, una chica así rara vez andará sin un acompañante, aunque ella no repare en ello, ni por ello se sienta orgullosa ni siquiera halagada, sino que lo tenga, como es razón, por lo más natural del mundo, que así son y han sido siempre las cosas.

Cuando, en medio de la inconsciencia de la dicha, las palabras, llevadas por el determinismo inevitable del instante, comenzaron a enfilarse una tras otra hacia donde el hado tenía forzosamente que encaminarlas, esto es, hacia el camino peligroso, hacia la senda desconocida donde el amor desafia a la suerte, hacia la encrucijada en donde se toman o se sufren las decisiones supremas, hacia el puente vacilante e inseguro que se tiende entre el sí y el no, he aquí que hubo que abandonar la carretera y meterse por un camino, un viejo camino de carro, camino de aldea, con altibajos y pedruscos, y el cambio de ruta descompuso los grupos y disolvió las parejas y cambió la disposición y el orden de los caminantes. Esto fue, de momento, doloroso para Joaquín, mas, en el fondo, le sirvió de generoso alivio, porque le salvó por entonces, y de un solo golpe, de la incierta decisión del destino y del arrojo obligatorio de consultarlo.

Separado de Aurora y unido al grupo, Joaquín, como los demás, siguió el camino, y a poco, el camino llevaba agua y hubo que andar con dificultad para no mojarse, y dar la mano a las chicas, entre risas, gritos y chistes, para ayudarlas a sostenerse en los pequeños guijarros blancos, que oscilaban bajo los pies, único camino andadero entre las aguas bulliciosas, y hubo que saltar muros y meterse por los senderos de las fincas por lo alto de los taludes, dando ocasión para que, al cogerse unos y otras los dedos suaves y rosados para prestarse ayuda, la corriente vital apurara el ritmo de la sangre e incluso las mejillas de los muchachos se encendiesen también del esfuerzo y de la risa.

* * *

Y llegaron, y Elena que los vio venir desde la ventana, bajó a la verja del patio, que sombreaba una parra, y hubo saludos, gritos, besos y carcajadas entre las muchachas, quedando los chicos un poco silenciosos y comedidos, ceremoniosos cuando bajaron los padres de Elena para hacerlos subir, aunque, al fin, se soltaron y hablaron como las chicas, sin ton ni son, si medida, y quien sabe si alguno no dijo algo que no debiera decir, solamente por el gusto de hablar, o por no hacer el ridículo estando callado, o por querer estar atento y cortés, acaso con la secreta esperanza de la merienda, o también por simple exuberancia y alegría agradecida a la primavera y al sol.

Acaso hablaron un rato sosegadamente, sentados en la sala grande y fresca, con sillas de rejilla y cortinas de cretona con grandes flores; las maderas entornadas para evitar el calor, y en la penumbra, cromos colgados con escenas de caza y paisajes suizos, encuadrados en marcos rústicos de corcho, con las varas cruzadas en las esquinas, y puertas de cristales con visillos de encaje para ocultar las alcobas, y una consola antigua desca-balada, con una imagen de Olot y dos jarrones con flores de trapo.

Hablaron en conversación general, sin hacer apartes, contestando casi siempre a las preguntas solícitas de los papás de Elena, por lo cual la conversación era un poco lánguida, pero les venía bien para descansar después del paseo.

Y con seguridad que, si así fue, Joaquín fue el que menos habló, no en realidad por estar pensando en nada, pues solamente era entonces su alma la que hablaba en su lejanía, ya que era la única que podía ver claro en este asunto. Su boca, por el camino, no había llegado, acaso por

fortuna, a soltar prenda, pero la procesión andaba por dentro.

Acaso bailaron un poco—parece seguro que bailasen—al son del piano cascado que había en una esquina, y que empezó a tocar Elena, atentísima con sus amigas, hasta que la relevó su mamá para que la chica pudiese bailar también, ya que era de rigor que los muchachos la sacasen... O al son del gramófono, que hizo funcionar con cierta solemnidad el padre, escogiendo los discos con desembarazo de entendido. Hasta que el papá se cansó y dijo que tenía que bajar a la viña, y cogió un quitasol blanco o un viejo sombrero de paja y se marchó.

Si sucedió que, en efecto, bailaron, pudieron darse varios casos: o Joaquín bailó siempre con Aurora—lo cual no es de suponer por varias razones: primera, porque aunque Joaquín no sea nada tímido de ordinario, es natural que lo sea en esta ocasión; segunda, porque a Joaquín no era el baile lo que más le interesaba en este momento, tercera, porque no le habrían dejado los demás acaparar a Aurora de aquel modo, pues no iban los otros a renunciar a la ocasión de llevar en sus brazos un instante a una chiguilla tan lindamente sonrosada, y aun podría añadirse que, en estos casos, el más impresionado es siempre el que más idiota se pone, el que menos se aprovecha y el que hace el peor papel.

Puede acontecer que bailase con ella algunas veces y las otras estuviera, como en el caso anterior, mirando atontolinado, o bien con un rencor secreto e inconfeso contra sus amigos, rencor que procuraría rechazar por lo que le humillaba en la peor ocasión, o contra sí mismo, lo cual sería más razonable.

Aunque también puede ser que por finura o por vencerse bailara algunas o todas las veces con las demás muchachas.

Por fin, también es posible que Joaquín no bailase nada, o por no saber bailar, o por estar siempre Aurora bailando con otro. Y en este caso de que Joaquín no bailase es seguro que los señores de la casa, por deferencia y por deber de hospitalidad, se sintieran obligados a decirle:

—¿Y usted no baila? ¡Qué poco animado es!

Porque las personas andadas, conforme se van alejando de la juventud, van llegando a creer que los jóvenes no hacen otra cosa ni a otra aspiran sino a divertirse. Claro que esto no siempre es verdad, pero acaso debiera serlo. También hay gente que cree que todos se divierten con las mismas cosas, y aun existe la creencia de que los jóvenes están siempre alegres. Es curioso que la juventud sea tan desconocida, habiendo pasado todos por ella... Es curioso que los viejos no se acuerden de que el baile, si en efecto ofrece ocasiones de alegría y hasta de dicha, también las ofrece de decepción y de amargura.

* * *

De lo que estoy seguro es de que después salieron a la huerta y comieron fresas antes de la merienda, todo con el inevitable bullicio y algazara.

Ahora que, como la gente joven procede por impulsos discontinuos, después de brincar y barullar un poco pararon un instante, sin saber propiamente lo que iban a hacer, como tantas veces sucede... Entonces quedaron Aurora y Joaquín sentados los dos en un banco de piedra, debajo de la enredadera, y los otros enfrente, unos de pie, otros sentados en algunas de esas sillas de madera pintadas de verde que hay en todas las fincas de las gentes de la ciudad y que casi siempre están rotas.

También puede ser que dos de los chicos se sentasen en la misma silla y que se estuvieran empujando uno al otro para hacerse caer para que se riesen las chicas, porque es un juego muy fácil y muy socorrido. Alguna de las chicas estaría también acaso sentada en las rodillas de otra que la tendría abrazada por atrás, por la cintura, y estarían las dos tarareando muy bajito, con aire enigmático de estar enteradas de todo, balanceando la de arriba las piernas cruzadas, y que después se empezasen a decir cosas imperceptiblemente una al oído de la otra, con unas risitas ahogadas que dan una rabia tremenda a quien las percibe si es varón, porque siempre se da el caso de que sospecha que todo aquello va por él, y en aquel instante, sobre todo si tiene al lado otra chica que le interesa, está odiando a aquellas dos más que a muerte.

Sin duda, esto le estaba pasando a Joaquín; azc-



rado e inquieto al lado de Aurora, miraba con encono a las amigas, de cuya burla sutil se sospechaba objeto...

De un modo o de otro, ni Joaquín podía hablar cómoda y confiadamente con Aurora, ni mucho menos, de lo que más deseaba y más temía decirle, porque los otros estaban muy cerca y porque reinaba ese silencio hecho de cansancio y casi de hartura de dicha, en que no se puede decir nada sin que los demás suelten la risa que tienen contenida y deseando estallar sin que sea por nada, sino por sencilla gana de reír e incapacidad de hacer otra cosa. Aquello le daba una rabia sorda, que se hacía cada vez más clara y tendía a precisarse: contra estas dos, contra aquél... Y eso que, por un lado, casi debía agradecer—según cierto pensar secreto—que no le dejasen hablar, porque así eludía y apazaba aquel momento temible en el que podía caer de la mayor de las ilusiones en el más amargo e irreparable de los desengaños, pensando en lo cual era preferible prolongar la ansiedad cuanto fuese, y, por otro lado, era un dolor perder aquella ocasión cuando nada podía interesarle como aquello, y sólo diciéndolo podía aliviar su inquietud y ser plenamente feliz, aunque ella se riese de él... Mas para aquello hacía falta soledad y allí estaban todos con ojos, con oídos y con risas prontas.

Así, pues, Joaquín y también Aurora, como si ya estuviesen de acuerdo, se unieron a la calma relativa de la asamblea.

Pero luego vino otra revolada y estalló de nuevo el ruido de palabras y de risas; a lo mejor dos de los chicos que se quieren arrebatar uno a otro cualquier chisme que uno de ellos cogió y las chicas aprovechan la ocasión para reír y pegarles y llamarles una porción de cosas, armando todos un gran alboroto.

Aurora, toda encendida, brillándole los ojos claros—pues insistió, encaprichado, en que eran claros—, que reían tanto como sus labios rojos, habla a gritos con los que disputan sin hacer caso de Joaquín, que allí está a su lado, embozado y confuso, haciendo esfuerzos para reír también... ¡Qué tonto ponen a uno y qué papeles le hacen hacer unas mejillas encendidas!

Aun queda tarde y tarde... Antes de bajar el sol ya estaba logrado el discreto aislamiento en medio de la compañía, que conviene para hablar, lo que se dice hablar, un chico y una chica. No siempre es tan cruel el destino en estos casos; a veces aparece un azar feliz.

Entonces hablaron.

Hablando muy bien, sin saber bien lo que se dice, porque no son las palabras las que hablan, sino la sangre y la vida que cantan mientras el corazón se deshace deliciosamente en una dulzura honda que casi ahoga la voz...

Y cuando, después de la hora fatidiosa e inútil de la merienda, volvieron a estar todos junto al banco de piedra, debajo de la enredadera, al marcharse los demás por la viña adelante Aurora se dejó estar en el banco con Joaquín.

* * *

Ahora estaban los dos alegres y no reían.

Ella se dejaba estar así sin saber por qué, dejando ir el alma sencillamente en la dulzura del momento, inocente y sin intención. El, prendido sin remedio en el encanto de las mejillas encendidas

de rosa de la chica, sin darse cuenta tampoco de todo lo que sentía, porque la codicia de amor abrasa el alma entera de tal modo que no hay manera ni tiempo para investigar... Si uno pudiera en estos casos conocer lo que siente al tiempo que lo siente, todas las cosas del mundo y de la vida caerían ya para siempre en el olvido eterno y no habría para uno más que ese afán, en comparación del cual todo lo demás carece de sentido, ni es más que sequedad y fealdad.

Aurora estaba todavía sofocada y encendida, el aliento le levantaba rítmicamente y un poco apurada y hondamente el pecho, y las mejillas tenían el rubor vivamente sonrosado y tierno de las cecezas nuevas, extendido hasta cerca de las orejas y abajo hasta la altura de los labios, encarnados y entreabiertos como si estuvieran esperando algo

Era un color tan lindo, tan suavemente cálido de vida, tan lleno de ingenua mocedad y de íntima alegría, tan oloroso a flor y a fruta fresca y perfumada, tan locamente hermoso que ponía sedientos los ojos y los labios de Joaquín—como pondría los de otro cualquiera que tuviese la dicha de encontrarse en su lugar...

Los ojos de Joaquín, nunca hartos de mirar en su deslumbramiento, mientras en sus palabras temblorosas daba libertad a la ternura sin nombre que lo hacía tan feliz, un poco dolorido e inquieto e impaciente, veían cómo ella lo escuchaba mirando a lo lejos, ganada ya por el misterio sublime del momento.

Y los dos ya en la misma tensión deliciosa, los labios de Joaquín sedientos, ansiosos, ardiendo de codicia y de sed, sintieron la suprema felicidad de besar aquellas mejillas sonrosadas.

* * *

Y se acabó la historia.

Sin duda otro la hubiera comenzado aquí. Pero ¿para qué? Lo que después viniera no nos importa realmente. Lo más probable es que fuera la historia vulgar y tonta de un noviazgo cualquiera como tantísimos otros que hay en la juventud. Lo regular es que ese amor hubiera rematado como acaban otros tantos y que Aurora a poco—porque la juventud se va rápidamente—no se volviera a acordar del caso. Y esto no es pensar mal de las chicas ni suponerles un duro e indiferente corazón; es que probablemente siguen con más fidelidad la ley inexorable de la vida.

Pero Joaquín... Joaquín ya no podrá olvidar aquello jamás en la vida. En las mejillas encendidas de Aurora los labios de Joaquín encontraron para siempre vida, luz, aroma, primavera, juventud, amor y alma, los únicos bienes de esta vida y lo único que aquí abajo importa.

Aquello pasó, fué un instante; pero el instante aquel no se olvidará jamás. Aquel instante abrió para siempre ante Joaquín las puertas de oro de la dicha o de la tristeza incurable, pero una tristeza tan bella que casi es dicha.

Aquel instante lo ha embriagado para siempre y aquel recuerdo perfumará su vida entera.

No importa que lo que le queda de vida sea triste y vulgar. Al Dante le bastó ver a Beatriz dos o tres veces fugazmente.

En todo amor, en toda vida hay, para quien sepa percibirlo, siempre un instante de éstos, que vale para siempre. Todo lo demás no importa; lo que importa es la presencia o la nostalgia profunda de unas mejillas encendidas.



PALABRA DE ECONOMISTA

ANTONIO ROBERT COMENTA LOS PROBLEMAS DE LA INDUSTRIALIZACION PLANTEADOS EN ESPAÑA

"El único camino para
elear el nivel de vida
de los españoles"

HAY QUE ESTIMULAR EL AHORRO



ANTONIO Robert es, ante todo, un hombre plenamente inserto en una vocación. Un profesional que ha recorrido toda la variada escala de posibilidades y trabajos de su carrera. Un ingeniero que, con las naturales limitaciones que imponen hoy la extensión de los conocimientos y la complicación de la técnica en cualquier rama de la ciencia, ha dedicado su vida a la ingeniería desde todos los ángulos generales que pueda ofrecer ésta como teoría, como práctica, como actividad. Su ficha biográfica ofrece una continuidad ejemplar, abarca un ciclo completo que arranca de la obtención del título de ingeniero industrial en 1929, comprende una etapa de director general de Industria y secretario general técnico del Ministerio de Industria y Comercio (1945 a 1948) y se continúa luego en la creación y dirección de empresas industriales privadas. Entre ellas, la primera fábrica de penicilina instalada en España. Y, al mismo tiempo, a lo largo de todos estos años, mezclados la acción y el pensamiento, publica en 1934 «Bases para una legislación de protección y auxilio de la industria»; en 1943, «Un problema na-

cional: la industrialización necesaria»; en 1945, «Los países olvidados y la economía de la paz», y dos años después, «El mañana económico de España: Mecanismo del progreso material». Y ahora, en 1954, ha lanzado «Perspectivas de la economía española», el libro que provoca esta entrevista, cuyo diálogo transcurre una luminosa tarde de otoño en un amplio despacho—techo artesonado, paredes adornadas con molduras que acotan superficies rectangulares, suelo encerado—de una casa-palacio de la calle de Alcalá. Y empieza sentados «en rueda» en torno a una mesa redonda como calculada para el ritual clásico de estas entrevistas, centrado sobre un problema industrial de máxima actualidad.

ESPAÑA, RICA EN ENERGIA HIDROELECTRICA Y COMBUSTIBLES SOLIDOS

BARRA.—Dice usted en su libro que según las estimaciones más solventes, el caudal de los ríos españoles, adecuadamente regulado por las obras de embalses pertinentes, puede proporcionar hasta 32.000.000.000 de kilo-

Don Antonio Robert comenta su último libro «Perspectivas de la economía española». El libro que provoca esta entrevista que ofrecemos a los lectores de EL ESPAÑOL

vatio-hora al año. ¿En qué cantidad se aprovechan ahora?

ROBERT.—Aproximadamente, en unos 8.000.000.000. Queda, por lo tanto, un amplio margen de reserva para ir aumentando progresiva y sucesivamente la producción.

DELEYTO.—Entonces, ¿posee España reservas suficientes de energía para su industrialización.

ROBERT.—Desde luego. Cuenta con reservas de energía hidroeléctrica y de combustibles sólidos—carbón—suficientes para el intenso desarrollo de su industria. El problema no es de «crear» la energía, sino de «aprovecharla». Es decir, realizar las instalaciones precisas para ello. Y contar con el utillaje necesario.

JALON.—¿Cuáles son las cifras de nuestras posibilidades carboníferas?

ROBERT.—En general, los países ricos en energía hidroeléctrica son pobres en carbón: Suiza, Italia, los países escandinavos. España, en cambio, y ello es una ventaja muy considerable, tiene también reservas importantes de carbón, cifradas aproximadamente en 8.000.000.000 de toneladas, de equivalente hulla, a las que deben sumarse los lignitos. De los mismos, sólo las «venas» turrolenses encierran más de 1.000.000.000 de toneladas de combustible.

DELEYTO.—Pero ¿de buena calidad y en condiciones de explotación favorables?

ROBERT.—Por su potencia calorífica —5.000 calorías por kilogramo— se aproximan más a las hullas bajas que al «Braunkoh-

le» alemán de 2.000 calorías, sobre cuyos yacimientos, como recuerdo en mi libro, se alzaron las gigantescas concentraciones industriales de Leuna y Oppan. En suma, las reservas carboníferas españolas, explotadas a un ritmo del 0,5 por 100 anual, podrían producir 40.000.000 de toneladas métricas de equivalente hulla, para añadir a las disponibilidades hidroeléctricas. En cuanto a si las condiciones de explotación de nuestros carbones son o no favorables, hay que tener en cuenta que todos los problemas que puedan presentarse en este sentido —elevada proporción de menudos, por ejemplo— son problemas que también se han planteado en las explotaciones mineras de otros países, y la técnica ha encontrado medios para atenuar esos inconvenientes.

BARRA. — Se cree que el desarrollo de la industria de producción de energía eléctrica precisa unas inversiones anuales de 5.000.000.000 de pesetas, ¿puede el ahorro español hacer frente a esa necesidad?

ROBERT. —El problema es mucho más amplio todavía, pues además de ese dinero hace falta mucho más para fábricas, minas, ferrocarriles, obras públicas, viviendas, regadíos, mecanización agrícola, etc. El ahorro voluntario puede cubrir buena parte de esas necesidades y se podría completar con una ayuda exterior. En caso contrario, habría que acudir al auxilio del ahorro forzoso, medida ésta a la que sólo se debe ir como último recurso, toda vez que entraña una disminución momentánea del nivel de vida.

LOS PROBLEMAS DE LA INDUSTRIALIZACION

JALON. —Pero el ahorro parece marcar una tendencia a la disminución...

ROBERT. —Eso es un fenómeno mundial. Existe siempre un proceso continuo, e inevitable, de desvalorización de las inversiones. Si así no fuera, el premio al ahorro, que es la renta, constituiría una carga insostenible para la economía de las sociedades humanas. Es conocido el ejemplo del sestercio que, colocado a interés compuesto en tiempos del Imperio Romano, representaría hoy un capital suficiente para adquirir todas las inversiones existentes en el mundo. Ahora bien: la «desvalorización» debe ser paulatina para que el ahorrador no tema verse privado de los beneficios inmediatos de su sacrificio.

BARRA. —Entonces...

ROBERT. —Hay que estimular el ahorro, favoreciendo la rentabilidad de las inversiones y desgravando, en alguna medida, las rentas dedicadas a la inversión.

Antonio Robert habla sin precipitación, sopesando las palabras. Tiene, en los ojos, una continua expresión pensativa. Y en la voz un leve pero perceptible acento catalán.

BARRA. —¿Cuáles son los problemas principales que tiene planteados la industrialización de España?

ROBERT. —En primer lugar, el del suministro de capitales; este problema afecta a todas las economías poco desarrolladas que

emprenden el camino de la industrialización. Lo normal, como en nuestro caso, es disponer de exceso de mano de obra, pero con capitales limitados y escasos. En segundo lugar, la industrialización de España tiene que realizarse en un clima de seguridad, de protección contra el futuro, sin que ello quiera decir que se intente amparar la rutina. El mejor sistema para infundir la confianza necesaria es una adecuada política de importaciones que evite la concurrencia en los mercados propios de productos manufacturados por nuestra joven industria con productos de industrias extranjeras, más antiguas y, por tanto, más capacitadas para competir con ventaja en los momentos iniciales de nuestro desarrollo industrial. Otra medida de protección puede ser impedir la proliferación de industrias similares, por el peligro que esto representa para las que ya vienen funcionando e incluso para las nuevas. Sería condenar a la esterilidad anticipadamente una serie de esfuerzos, necesarios en muchas otras actividades.

DELEYTO. —¿Por qué la industrialización es la solución lógica del problema económico español?

ROBERT. —Es el único camino para elevar el nivel de vida de los españoles. Ninguno de los otros países del mundo han tenido más remedio que aceptar esta solución; no han tenido, en suma, otra alternativa.

DELEYTO. —¿Cuál es, en años, el retraso económico de España en relación con otros países?

ROBERT. —Buscando como término de comparación el extraordinario nivel industrial de los Estados Unidos, podría establecerse de cuarenta a sesenta años, en lo que se refiere a la mecanización de las labores y a la productividad por obrero.

JALON. —En un plan de industrialización, ¿a qué debe tenderse: a concentrar la industria en zonas determinadas, o a procurar la dispersión?

ROBERT. —En general, y salvo aquellos casos en que la localización de las materias primas u otra razón de estrategia comercial impongan otra cosa, no debe tenderse a la concentración industrial. La dispersión industrial evita se acentúen los desniveles de salarios entre las zonas industrializadas y las exclusivamente agrarias. La concentración, además, reclama más gastos en el capítulo de transportes. Gastos que la dispersión industrial, si la industria se distribuye en zonas agrícolas, puede disminuir. Piensen, por ejemplo, en el transporte de alimentos destinados a la población obrera empleada en las fábricas. Por último, por una razón de equidad social, si la industrialización supone mayor riqueza, es justo procurar que ésta alcance a tantas regiones como sea posible.

JALON. —¿Qué regiones españolas ofrecen mejores perspectivas para una futura industrialización?

ROBERT. —Dos, sobre todo: Andalucía, por la abundancia de la mano de obra, y Galicia, por la misma razón y porque, además, cuenta con fuentes de energía abundantes.

BARRA. —¿Es deseable la participación del capital extranjero? ¿Y en qué condiciones?

ROBERT. —Sin ser opuesto, creo que hay dos problemas a discriminar: uno, la mera aportación dineraria para suplir la insuficiencia de ahorro español y la falta de divisas, lo que se puede lograr con una participación del capital extranjero en las empresas a través de créditos globales. El segundo es el de la colaboración técnica extranjera que puede lograrse a través de contratos y del pago de «royalties». También puede interesar la combinación de los dos factores: participación en el capital y colaboración técnica. No es absolutamente indispensable la participación directa en las empresas, aunque en muchos casos pueda resultar aceptable.

LOS LIBROS DE PROBLEMAS ECONOMICOS Y SU REPERCUSION

DELEYTO. —¿A qué causas obedeció la tradicional falta de una auténtica política económica y comercial española antes del Movimiento Nacional?

ROBERT. —A que no ha existido una conciencia clara del problema económico nacional, no sólo en los gobernantes, sino en todo el país. Ha de existir un convencimiento general de que todos estén persuadidos de que es necesario cooperar económicamente. La acción sola del Gobierno no basta.

JALON. —¿Cómo influye, en este sentido, la publicación de libros como este suyo «Perspectivas de la Economía Española»?

ROBERT. —Pues yo creo que los libros de esta naturaleza no deben intentar adoctrinar al Gobierno. Deben tratar de crear un «clima» favorable que ofrezca una base oportuna para la acción gobernante. Por otro lado, la política diaria se dedica a la solución de problemas concretos que muy difícilmente podrían abordarse en un libro.

JALON. —¿Cuál de sus libros le satisface más?

ROBERT. —En realidad, todos ellos forman un plan, son eslabones enhebrados en un propósito común: el planteamiento de problemas fundamentales de la economía española y la investigación de sus soluciones. Dentro de ello, quizá el que prefiera sea el tercero de la serie; «El mañana económico de España», en el que estudio los distintos modelos de estructura económica, en diferentes países, y deduzco consecuencias aplicables al caso concreto de nuestra Patria. Y claro está, también, este último.

(Coge un ejemplar de las «Perspectivas de la economía española» y lo muestra con un gesto que describe un círculo.)

BARRA. —¿Es favorable al intervencionismo estatal?

ROBERT. —Hoy, cualquier Estado debe procurar la conjugación de dos principios: el de justicia social y el de libre juego de las fuerzas económicas. Pero no creo posible establecer una contesta-

ción con validez general. Todo dependerá siempre de la situación particular y del grado de desarrollo de cada economía nacional.

JALON.—¿Quién da más juego en el Gobierno: el técnico o el político?

ROBERT.—El político debe cortar con el asesoramiento técnico. El técnico debe operar con visión política. Preferir, para la tarea directora de la economía de un país, a uno o a otro, no debe significar nunca un desplazamiento de ninguna de ambas facetas: ni la visión política puede volver la espalda al dictamen técnico, ni éste hacer caso omiso de la necesidad política del momento. No hay que olvidar que la finalidad de toda política es, en un tanto por ciento muy considerable, realizar una economía, una buena economía.

LA INDUSTRIA, LA AGRICULTURA Y LA POSGUERRA

DELEYTO.—¿Dónde está, actualmente, más atrasada la productividad en España: en la industria o en la agricultura?

ROBERT.—Posiblemente en la agricultura. La industria es ya de por sí un trabajo a máquina, y los desniveles están dentro de una misma línea. En la agricultura, la diferencia entre una agricultura de arado y tracción de sangre con una de tractores y tracción mecánica es más considerable.

BARRA.—¿Todos los factores de nuestro desenvolvimiento industrial se desarrollan sin retraso de unos sobre otros?

ROBERT.—Hay industrias que marchan algo retrasadas, como las de producción de energía eléctrica, debido principalmente a la escasez, en franca mejoría ya, de materiales y utillaje. Otras, sin embargo, marchan algo adelantadas sobre el plan general, como pueden ser las industrias químicas.

BARRA.—¿Se dió la inversión adecuada a los capitales que revertieron sobre la economía española a consecuencia de la guerra 1914-18?

ROBERT.—Hay que reconocer que a esos capitales no se les dió el destino conveniente. Debieran haberse dedicado a mejorar el utillaje y a crear nuevas industrias. No se hizo esto, que habría beneficiado nuestro posterior desarrollo industrial. Unicamente se tendió a la mejora y perfeccionamiento de nuestras comunicaciones, y al amparo de esta política se creó un ramo de industrias, como la de cementos, construcciones ferroviarias, etc., que venían a coadyuvar al plan general de obras públicas emprendido. Fue una mejora, pero hay que confesar que, a pesar de que la «Gaceta» aparecía por entonces llena de buenos propósitos, se hizo muy poco, si tenemos en cuenta lo que podría haberse realizado contando con la prosperidad mundial de los años veinte. Aquella situación favorecía la posibilidad de obtener una balanza de pagos beneficiosa por la exportación clásica de nuestros vinos y frutas, que tenían entonces consumidores ricos y numerosos.

BARRA.—¿Por qué la economía

nacional no ha podido obtener las mismas ventajas de la última coyuntura bélica que de la guerra de 1914-18?

ROBERT.—La guerra mundial que ha terminado y su posguerra han sido más duras y prolongadas que las anteriores. A esto hay que añadir que nuestros «stocks» estaban totalmente agotados en 1939, cosa que no sucedió al iniciarse la primera guerra europea. Además, nuestra estructura económica había experimentado grandes transformaciones a raíz de esa contienda, haciéndose más sensible a la coyuntura exterior. Las ventajas favorables que se derivaron de esa transformación de nuestra economía se compensaron con las desventajas que nacían de la imposibilidad de suministrar materias que eran ya fundamentales para la vida económica nacional, y de las que podíamos prescindir sin trastornos en 1914-18. Un ejemplo puede ser la casi imposibilidad de importar abonos nitrogenados durante la pasada guerra, hecho que repercutió en nuestra producción agraria, que hubo de padecer una grave contracción. Antes de 1914, la economía española no sentía las mismas necesidades de estos abonos y, por tanto, aunque se desenvolvía dentro de un campo más limitado, lograba una mayor independencia de la situación exterior.

DELEYTO.—¿Hay oposición entre la industrialización y la agricultura?

ROBERT.—En absoluto. La agricultura española no puede resolver sus problemas sin la industrialización. Al elevarse la renta nacional y el nivel de vida, crece el mercado para los productos agrícolas caros, como son los de regadíos, y permite, a su vez, la difusión también de los regadíos.

DELEYTO.—¿Es buena la política de autosuficiencia?

ROBERT.—El sostener la autosuficiencia a ultranza, yo creo que es una equivocación. Ahora bien, un país ha de desarrollar sus producciones básicas, porque puede ocurrir, como en períodos de guerra, que no pueda importarlas del exterior. No hay que olvidar que cada veinte años hay una guerra en el mundo.

EL FUTURO, LA COMUNIDAD ECONOMICA HISPANOAMERICANA Y LA TECNICA ESPAÑOLA

JALON.—¿Cuándo alcanzará España el nivel industrial correspondiente a su importancia como país europeo?

ROBERT.—Con quince años de un plan de inversiones intensas y la industrialización al ritmo que propugno en el libro estaremos al nivel de vida de la Europa occidental.

BARRA.—¿Hay posibili-

dades de constituir una comunidad económica hispanoamericana?

ROBERT.—Se pueden obtener resultados muy favorables para la familia de origen hispano basados en la cooperación técnica entre todos los países de la misma estirpe. Esta cooperación es posible porque tenemos en común el mismo idioma y problemas económicos parecidos. Las experiencias de unos pueden ser útiles a los demás, si existe la debida comunicación entre todos. Sería interesante también la formación de técnicos bajo normas y principios comunes, así como el intercambio de informaciones y resultados. Una vez realizado esto, se podría tender a la ratificación de convenios económicos que favorecerían indudablemente al conjunto de los pueblos. Todos los posibles acuerdos han de ser contrarios a la idea de autarquía del bloque hispanoamericano frente a las otras economías; el fin que se pretende es utilizar las afinidades para mejorar la cooperación económica en el mundo.

BARRA.—¿Cree usted que el camino para lograr la elevación del nivel de vida en España es el de la industrialización?

ROBERT.—Lo afirmo rotundamente.

DELEYTO.—¿Qué papel le corresponde desempeñar a la investigación y a la técnica española en esa tarea?

ROBERT.—Dejando aparte la investigación pura, la técnica española tiene señalada la misión de adaptar los conocimientos y las experiencias extranjeras a las necesidades reales de nuestra economía. Así, nosotros podemos partir de una fase técnica que ha superado ya muchos ensayos, pero la labor no puede ser en modo alguno de simple imitación o trasplante de experiencias ajenas. Nuestra coyuntura económica no es semejante a la de los otros países más desarrollados; no podemos, sin exponernos al fracaso, implantar en España idénticos procedimientos y medios que los que son apropiados en Estados Unidos en su actual fase de ebullición. Esta adaptación de unas realidades a la estructura económica española exige meditar detenidamente las fórmulas que conviene aplicar entre nosotros.

Sobre la mesa redonda, al quedar vacía, cuando abandonamos el despacho, parecen quedar flotando, como síntesis y resumen de la entrevista, unas palabras: «La industrialización de España es necesaria.»

(Fotografías de Aumente.)



Robert lee a nuestros redactores las más importantes afirmaciones expresadas en sus libros

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL PUEBLO DE BENITO

Por **Vittore QUEREL**

Vittore Querel

IL PAESE
DI BENITO



Corso Editore
ROMA

ESTE libro, debido a la pluma del gran periodista Vittore Querel, es una amena descripción del pueblo natal de Mussolini tal y como es hoy día, después de las pequeñas tempestades pasionales que desencadenó la política en todo el país.

Predappio, el pueblo natal del Duce, se nos aparece en la obra de Querel con toda su sencillez de pueblo de montaña, por el que parece que nada ha pasado y que todo sigue igual a como lo dejó Mussolini.

Muy pocas cosas verdaderamente sustanciales han cambiado en este pueblecito de Romaña, en el que las generaciones campesinas de los Mussolini siguen su vida de trabajo sobre la tierra.

Pero su casa natal está ahí, y también, un poco a distancia, la célebre «Rocca delle Caminate», que le fué regalada por suscripción popular y que hoy tiene en propiedad Raquel, la esposa de Mussolini, a quien las gentes campesinas de Romaña llaman, sencillamente, «la Señora».

Se hacen en esta obra agudas observaciones políticas y hay en toda ella como una suave ironía respecto a muchas conductas públicas y privadas, a las que se satiriza con elegancia espiritual y sentido de la medida.

Además de su valor literario y al contenido de su información meticolosa, el libro de Vittore Querel tiene el valor de documento gráfico, ya que va ilustrado con fotografías, muy poco conocidas, sobre la vida campestre del Duce durante sus estancias en Romaña y en su pueblecito natal.

Vittore Querel: «Il paese di Benito».—Corso Editore.—Roma, 1954.

EN SU PUEBLO NATAL, SU CASA SOLARIEGA

TODAVIA hay alguno que viene a Romaña pensando que sea peligroso preguntar dónde se encuentra la casa de Benito. Pero si tenemos que emplear la misma sinceridad que tienen los campesinos de Predappio, su pueblo de nacimiento, debemos decir al turista o al «peregrino» que aleje todo resto de temor porque antes que ellos ha habido muchos que lo alejaron lejos de sí y fueron a Predappio a ver la casa donde él nació.

Cuando viene el verano son muchísimos los automóviles que se dirigen a Predappio, y en atención a este turismo del recuerdo, que cada año es más numeroso, no estará de más que hagamos como una especie de guía en la que entren, además del paisaje entrañable, los tipos humanos, que hablan de Benito con un respeto tan inmenso que infunde a su vez respeto al que los oye.

Desde Forlì en automóvil se llega a su casa en poco más de diez minutos, corriendo a lo largo de una de las carreteras más bellas de toda la Romaña.

Se deja a la derecha a un enorme sanatorio que Mussolini quiso fuese construido en pleno campo, entre bosques altísimos, en la suavidad de

las colinas. Un sanatorio gigantesco que quiso también que lo hicieran operarios de aquella población de Forlì, a la que él quiso tanto. También se pasa, esta vez dejándolas a la izquierda de la carretera, un grupo de casas graciosas destinadas a los obreros, y que forman un alegre pueblecito moderno y lleno de vida, en el que se ve a los chiquillos corretear mientras juegan.

La carretera avanza entre dos hileras de plátanos y acacias. Podéis calcular fácilmente la edad de esos árboles, y es casi seguro que la carretera tenga los mismos años. No hace más de veinte años que la carretera fué construida, y esos árboles corpulentos fueron plantados junto a la cuneta. Se trata, pues, de una de tantas «stradas mussolinianas». Los habitantes de esos lugares habían soñado durante muchos años con una carretera así, aunque no se atrevieron a soñarla tan ancha y bien cuidada. Pero la realidad sobrepasó todos los sueños.

Poco después se adivina un río en el fondo del paisaje y la vegetación se hace aún más verde; pero hay también manchas de tierra roja, muy fértil. Una tierra que parece quemada, pero capaz de encenderse de nuevo, como hecha de recuerdos que el viento puede poner al rojo vivo.

Casas viejas, auténticas casas de campo, parecen colgadas sobre el río. En una curva, sobre unas colinas, se ve la silueta de una torre. No pararán muchos minutos para que el automovilista se encuentre junto a la célebre «Rocca delle Caminate».

En este momento estaréis de lleno en «su» tierra. No os conmováis porque os podrían ver, aunque los habitantes de estos lugares están ya bastante acostumbrados a notar conmoviones espirituales en los turistas que andan por esos lugares.

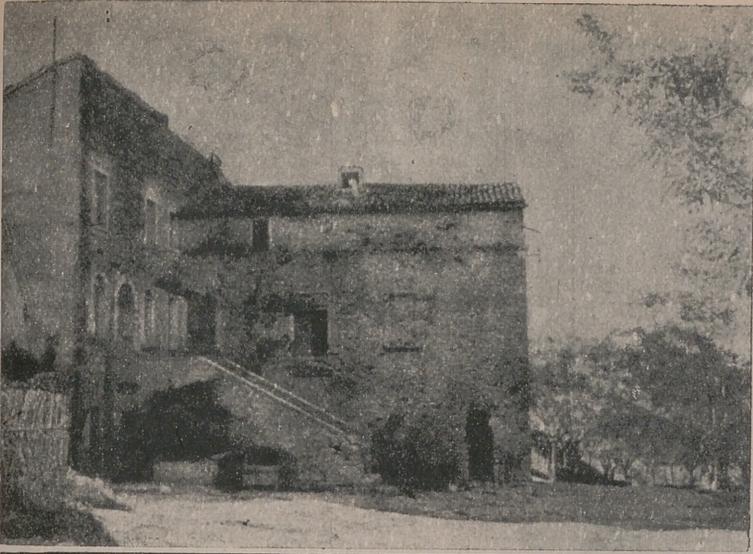
La «Predappio nova», se anuncia con una gran masa de piedra blanca en el fondo de la carretera. Es la iglesia, y está tal y como la dejaron los obispos y sacerdotes de nuestra alegre Romaña en los tiempos en que este templo fué inaugurado. Aun existe en circulación un «Número Único», que se publicó «en recuerdo de la consagración del templo de San Antonio», y que está lleno de artículos con firmas de ilustres prelados y hasta de humildes sacerdotes. Encima de la fotografía de la iglesia está impresa esta inscripción: «Su excelencia Benito Mussolini, jefe del Gobierno, Duce del Fascismo, trabajó y quiso en su pueblo nativo».

Es una construcción esbelta, airosa, que fué proyectada por el arquitecto Bazzani y aun tiene hoy en la fachada la inscripción con el año de la Era Fascista.

PREDAPPIO EN LA ALTA MONTAÑA

Finalmente, se llega al pueblecito de Predappio, que parece haberse quedado parado en una ausencia definitiva. Es uno de esos pequeños centros habitados de la alta montaña de los que se diría que la gente ha huido porque de un momento a otro va a ocurrir una inundación en torrencial.

Esta es la inmediata impresión del que llega por primera vez a Predappio, que parece al visitante la ciudad pequeña más pobre y abandonada de toda Italia. Es como una sombra de lo que hace solamente unos años fué. Grandes edificios, que fueron destinados a las oficinas Caproni, con



La casa solariega de Mussolini, en Predappio, el pueblo natal del Duce



Benito, en Romagna, era un padre feliz

magníficas instalaciones enterradas en la colina; fábricas modernas están hoy cerradas. Es el desempleo que atenaza el ánimo y el físico de un millar de habitantes de Predappio y de muchos que viven en los alrededores, y que en aquellos años afluyeron atraídos por las posibilidades de trabajo.

Bastantes de estos trabajadores no quisieron emigrar; otros fueron a las ciudades vecinas, en las que se les remitió nuevamente a casa.

En los primeros años después de la caída del Fascismo, el nombre de Predappio era una pésima referencia para los que no tenían más remedio que escribirlo cada vez que se les pedía el lugar de nacimiento.

Hasta hubo en este pueblo reuniones municipales, en las que se trató de cambiarle el nombre a la población; pero todos los «intelectuales» del pueblo estaban bastante comprometidos con la pasada situación política y no se pudo encontrar un cerebro capaz de encontrar un nombre eufónico y aprovechable. Y Predappio continuó Predappio, con su nombre que mucha gente seguía pronunciando casi en voz baja.

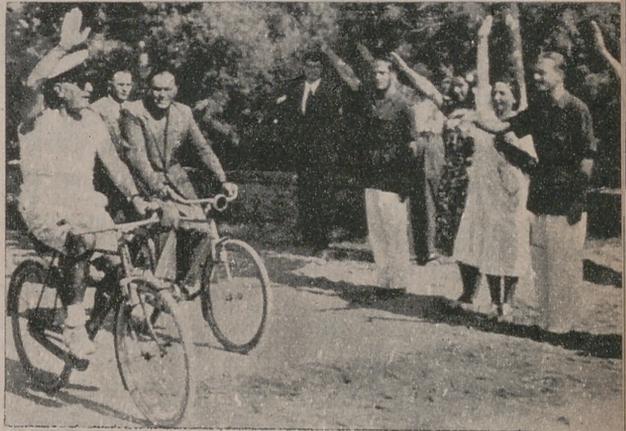
El río Rabbi pasa a cien metros de la vieja casa en la que nació Mussolini. Esta casa está un poco en alto en la colina. Para llegar a ella existe un camino por el que hay que subir andando. Los automóviles o las motocicletas tienen que quedar en una especie de rellano. El camino sube entre árboles que invitan a la meditación.

Está muy bien el que no se pueda llegar hasta esta pobre casa en automóvil.

En un folleto que estuvo en un tiempo muy difundido, y que es ahora de una gran rareza bibliográfica, se leen estas palabras: «En esta casa, el joven Alejandro Mussolini, a finales de octubre de 1882, condujo a su esposa, Rosa Maltoni. El matrimonio solamente entró un mobiliario compuesto de una gran cama de hierro, una mesa y unas pocas sillas. La esposa colgó en un muro una imagen de la Virgen, y Alejandro fijó un retrato de Garibaldi. Pequeña y humilde es la casa. En la planta baja, la maestra Rosa Maltoni instaló una aula de Primera Enseñanza. En el primer piso, al cual se llega por una escalera externa que sube por la fachada de la casa, hay un estrecho corredor y cuatro pequeñas habitaciones. Una sirve de cocina-comedor, otra sirve de alacena y las otras dos son habitaciones.»

La atmósfera familiar de esta casa lleva al ánimo del visitante un mundo de emociones revueltas. No hay nadie—aún el más declarado enemigo de Mussolini—que delante de esta pobre casa sonría, murmure o pueda, en aquel momento, alentar odios contra el que nació en esta casa humilde.

Hace unos años visitaban este lugar personajes importantes, que se declaraban muy honrados y orgullosos de haber podido visitar la casa natal del Duce. Hoy también existen visitantes, pero sus comentarios están llenos de prudencia. Muchos visitantes, pese a que cuando la llamada «dibujación» desaparecieron casi todos los objetos de recuerdo íntimo mussoliniano.



No era difícil encontrarle durante sus vacaciones fuera de toda etiqueta

Fueron muchos los «liberadores» de la última hora que acudieron a Predappio en busca de unos hipotéticos tesoros mussolinianos, en busca de los cuales lo revolieron todo. Para consolarse de su fracaso se llevaron los utensilios humildísimos de recuerdo familiar. Recuerdos de cuando la boda de la joven maestra Rosa Maltoni con el trabajador Alejandro Mussolini. Hasta el registro de firmas de visitantes que existía en la capilla fúnebre de los Mussolini desapareció, y parece que fué ofrecido en Bolonia, al precio de 20 millones de liras, a un americano de Chicago.

Pero algo fué salvado por los habitantes del país, que, pese al miedo a comprometerse, hicieron cuanto les fué posible. Hubo quien se limitó a fichar a los «profiteros», a los aprovechados del río revuelto, que ahora no están tranquilos.

En los últimos años ha ocurrido una verdadera emigración, un clarísimo éxodo de familias comunistas, que deben pensar que los aires de una comarca en la cual unas gestas tan poco heroicas fueron cometidas, dejaron de ser buenos para sus pulmones.

Se llevaron la forja, el mazo, las tenazas de herrero y demás instrumentos de trabajo proletario. Inmediatamente al saqueo la casa fué ocupada por un «compañero», que se instaló en ella con su familia; pero algunos años más tarde el comunista que había ocupado tan «heroicamente» la pobre casa natal del Duce, creyó prudente abandonarla por sí, calmados los ánimos, algún fantasma llegaba por las noches a turbar su sueño.

Luego, cuando la casa estuvo vacía y al cuidado municipal, comenzaron a recuperarse algunos de los objetos robados, que eran depositados durante la noche a la puerta de la casa.

Se tenía miedo. Hay demasiado ambiente mussoliniano en Predappio para cometer acciones imprudentes sin repararlas a tiempo.

Los asiduos al bar «Sport» parecían nostálgic-



Benito Mussolini en los tiempos de «La lotta»

cos declarados. En este local tuvo su primera sede la Juventud Italiana del Littorio y todavía ahora conserva en las paredes las inscripciones antiguas: «En este local no se discute de política.» «No se agradece la presencia de murmuradores.»

VEINTITRES BENITOS

El periodista Max David, hace cuatro años, contó en Predappio veintitres Benitos, que no han reformado, naturalmente, su nombre de pila. El Ayuntamiento, para cortar los rebrotes de la «epidemia» antigua, aconsejó a los vecinos que pusieran a los niños nombres más «progresistas», y desde entonces se puede encontrar algún que otro Palmiro, mezclado con algún tímido Alcide. Tímido no porque se haya tenido miedo de poner a alguna criatura el nombre de pila del que fué presidente del Consejo, don Alcide de Gasperi, sino porque se necesitaba cierta dosis de valor para ponerle en 1949 a un niño el nombre del tío de Mussolini, señor Alcide Mussolini.

Uno de los Benitos de Predappio que ahora tienen más relieve es el que llaman el «Benito Bis», o bien «Benito Partisani», que ha llegado hasta ser alcalde. Se trata de un pintor que, según el mismo dice, «no tiene color político», pero que, a la hora de medrar, bien que supo aprovecharse del bote de pintura roja.

«Benito Bis» fué el alcalde de la «liberación», pese a que a él se debían las pinturas murales de la «Rocca delle Caminate», y hasta se decía que, gracias a la mujer de Mussolini, doña Raquel, «Benito Biss» estudió pintura en Bolonia.

Benito Partisani, que en un tiempo fué devoto entusiasta del otro Benito, se hizo comunista. Los malintencionados decían que se trataba de un doble juego y que el alcalde rojo de Predappio tenía ya en su mismo nombre y su apellido el sistema de estar con un pie aquí y el otro allá.

Benito Partisani. Partisani, como los que descendieron de las montañas detrás de las tropas polacas el 28 de octubre de 1944. Benito, como «aquel otro».

Algunos dicen que Partisani era muy anticlerical y que en 1935, doña Raquel, su protectora, le hizo hacer las paces con la Iglesia, con lo que Partisani se hizo bautizar, tomando el nombre del marido de doña Raquel, entonces Jefe del Estado italiano.

«Esto es una historia falsa—dice ahora Partisani—, ya que no es cierto que a mí me hiciera bautizar doña Raquel. La verdad es otra. A mí me bautizó Mussolini personalmente. Tenía entonces yo siete años y Mussolini me bautizó tal como lo hacíamos los socialistas de Romaña.»

Era un bautismo «sul generis», que se usaba entre las familias subversivas. Una bandera escar-

lata se ponía sobre la cabeza del catecúmeno, y con una corcha se le rociaba después la cabeza con vino tinto de la tierra, mientras todos alrededor cantaban el himno del trabajador socialista. Y venga a gritar «¡Viva la República!», «¡Viva Mazzini!», «¡Viva Mussolini!».

Parece que es cierto que Benito Mussolini, entonces jefe indiscutido del socialismo en Romaña, bautizó de esta manera a Partisani en un pueblo de montaña muy próximo a Predappio.

Y ahora Benito Partisani tiene una taberna, quizá como influjo imponderable de aquel vino bautismal, con la ayuda del que se le impuso, entre cantos socialistas, el nombre de Benito, como lo llevaba Mussolini en recuerdo de Benito Juárez, que en el Cerro de la Campana hizo fusilar al Emperador Maximiliano de Méjico.

Pero ahora «Benito Bis» ya no es alcalde, sino un simple tabernero que vende en su establecimiento postales de Predappio, entre las cuales se encuentra en un lugar destacado la que reproduce la fachada de la casa natal del otro Benito. El que le bautizó.

UNA ROCA Y UN PODER

Son ya un poco lejanos los tiempos en que la provincia de Forlì decidiera reparar una antigua fortaleza para ofrecerla «a su ilustre hijo».

Hoy no es fácil entrar en la «Rocca delle Caminate», por lo menos por la puerta principal. La mujer del guardián, «Sfatiga», le cierra a uno el paso exigiendo «un permiso de la Señora».

En Riccione, cerca de Predappio, donde la «Rocca» está situada, siguen llamando a doña Raquel «la Señora».

Cuando doña Raquel volvió a Romaña después de la tragedia, ninguno pronunció una palabra de odio, sino que todos, en Riccione, han tenido por «la Señora» un gran respeto.

La «Rocca» sufrió el paso de la guerra. Los polacos hicieron con ella puntería con sus cañones y también fué saqueada por los partisanos.

Hoy la «Rocca» tiene un aire desierto y desolado; pero un poco en toda la Romaña se puede advertir ese tono de suave melancolía, especialmente en las zonas en que fué más activa «su» presencia.

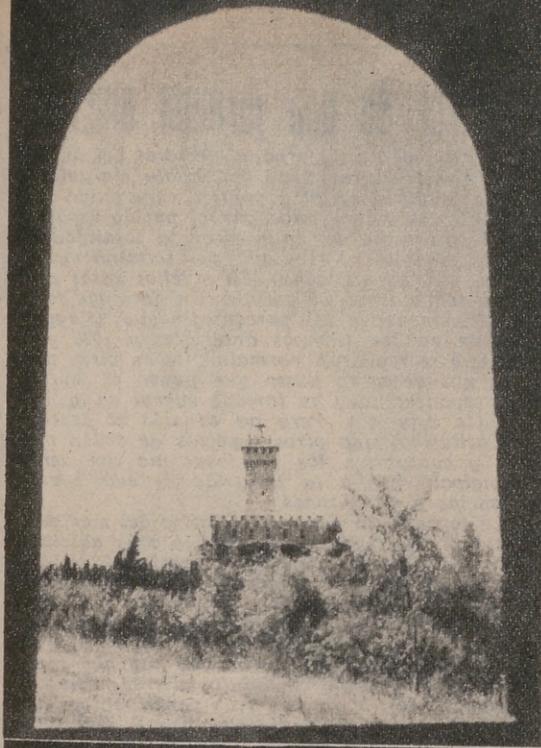
Más arriba de la «Rocca» hay una casa de campo, que habita, y donde trabaja la tierra, Pedro Mussolini, el primo segundo del Duce. Estos campos fueron cultivados por la familia en varias generaciones. Una lápida lo recuerda. Dice así: «Del 1600 al 1900 en esta tierra vivieron y trabajaron las generaciones agricultoras de los Mussolini. Aquí nació mi padre, el 11 de noviembre de 1854.»

Quiso dedicarle este recuerdo Benito Mussolini el 29 de julio de 1935. — Año XII E. F.»

Pedro Mussolini es un hombre más bien flaco, vivaz y lleno de cordialidad. Saluda con el sombrero en la mano, con una mirada de simpatía. Está muy orgulloso de la lápida. En realidad es él, Pedro Mussolini, el heredero directo de esta nobleza de agricultores que el Duce hizo fijar en la piedra como una rebelión contra el heraldismo cursi de algunos investigadores históricos, que revolvían archivos e inventaban tretas para demostrar que



Raquel en traje de baño en las rocas de Gabicee



La «Rocca delle Caminate», que fué regalada a Benito por suscripción popular. Hoy tiene un aire desolado y desierto



Esta columna y este candelabro de bronce constituyen todo el adorno de la tumba que espera los restos del Duce

Mussolini era de noble linaje. «Los míos son agricultores», replicaba Mussolini siempre que se trataba este asunto, y lo decía con un gran orgullo.

Pedro habla con una gran simplicidad, pero dice lo que siente. Una de las cosas que repite a menudo, referente al Duce, es la siguiente: «Benito debió venir aquí. Permanecer entre nosotros después del 25 de julio. Aquí habría estado seguro. La vida aquí habría sido otra para él.»

LA TUMBA QUE ESPERA

En el pequeño cementerio de San Casiano está la capilla fúnebre de los Mussolini. En el centro tiene un templete románico de sobrio estilo. Rodeando este templete hay una hilera de arcadas, cada una de las cuales forma una capilla. En la capilla más vecina está enterrado Alcide Mussolini, tío del Duce. Alcide era hermano de Alejandro Mussolini, el padre de Benito. Este fué el primer «caballero del trabajo» que Mussolini nombró. Su hijo Alfredo vive aún en la vieja Predappio. La hija Venusta, para la que el Duce tenía un gran afecto, está ahora en la Argentina. Otra hija de Alcide, María, vive en Milán, y Nice, la más pequeña, unas veces está en Predappio y otras fuera.

Estos son los parientes más próximos de Benito Mussolini, y por eso tienen sus tumbas preparadas muy próximamente a la que el mismo Duce se hizo edificar para él.

Los muertos de la familia más directa del Duce están en una cripta subterránea, a la que se desciende por una puerta que está a un lado del templete. Ligeras columnas sostienen el techo de esta cripta, que está a media luz. Allí pueden verse los retratos de Rosa y de Alejandro, de Bruno y de su mujer.

En estos retratos el padre de Benito se ve lleno de vitalidad. Bruno tiene un retrato en colores en que aparece con insignias de aviador. Este es un retrato que gustaba mucho a su padre cuando iba a esta cripta a pensar y hasta a tener como unas conversaciones con su hijo. Esas mismas que nos han quedado en la obra «Parlo con Bruno».

Sobre una mesilla hay un cuaderno en el que los visitantes suelen escribir algún pensamiento o frase que no suelen ser retóricas, sino de una gran sencillez. Muchos de los que firman son desconocidos; otros son grandes personalidades, que no tienen ningún temor de estampar su firma en este cuaderno.

Parece que si alguna vez se decide restituir los restos del Duce a su familia, Mussolini no será enterrado en esta cripta, sino arriba, en la super-

ficie, bajo una gran columna que fué colocada para ello. Delante de esta columna hay un candelabro de bronce. Encima está un capitel que simboliza el infinito.

El gran candelabro de bronce parece estar formado por varias piezas superpuestas. En la parte baja hay una inscripción que recuerda que fué ofrecido por «los fascistas turinenses en el aniversario del Imperio». Luego, encima, está un medallón con la efigie de la madre de Mussolini; más arriba está otro medallón con el retrato del padre, y luego, un águila imperial.

EL DUCE, DE PIEDRA

El paso de Forlì es como la antecámara de Romaña, según se viene de Roma. Allí es donde se encuentra la «Posada de Mussolini», llamada así porque en aquel lugar solía pararse el Duce cada vez que pasaba por aquella carretera. En esta posada explotan hoy para el turismo la «mesa del dictador», los «platos y servilletas del Duce». El dueño se llama Domingo Candiracci y ha sabido explotar muy bien para el turismo la fama de su establecimiento.

Un día al señor Candiracci le eligieron alcalde, pero no llegó a tomar posesión del cargo. El actual dueño de la «Posada de Mussolini» se asomó al balcón del Ayuntamiento de Acqualagna y dijo: «Citadini, io vi sono sincero. Io sono povero. Se faccio il sindaco debbo rubare a casa mia o al Comune. Meglio e che mi lasciate andare.» («Ciudadanos; yo soy sincero. Soy pobre. Si hago de alcalde debo robar en mi casa o en el Ayuntamiento. Es mejor que me dejéis andar tranquilo.»)

Es un hombre cordial y campechano, que hace fortuna con los recuerdos de Mussolini (nadie sabe si son auténticos) y con la proximidad del llamado «Duce di pietra», que es una gran roca en la que fué tallado el perfil mussoliniano. Es una gran roca, en la que desde muy antiguo se creía reconocer la silueta de Aníbal, César, Napoleón..., y que las autoridades provinciales creyeron que con unos cuantos toques podría obtenerse el exacto perfil del Duce, con casco militar y todo. Así se hizo y ahí está, pese a que se colocaron explosivos para hacer saltar el perfil. La roca es tan grande que ha resistido a todos los barrenos, y ahora, cubierta de vegetación, vuelve a tener ese perfil fantasmal, del que están orgullosos los habitantes de aquel lugar de montaña.

Y desde muy lejos se divisa, rodeada de vegetación, aquella gran silueta, que inspira supersticiones en los montañeses y que parece una verganza del pasado sobre las veleidades y cobardías de una política transitoria y mutable.



CABALLEROS

*Elegancia y distinción
de nuestras prendas
confeccionadas*

Galerías Preciados

Balace de una jornada electoral

EL balace de la jornada electoral del día 21 arroja un resultado que habla claramente de la madurez social y política conseguida durante estos quince años por el pueblo español.

El porcentaje de votantes en la totalidad de los Municipios ha rebasado, por término medio, el 73 por 100 del censo. En muchos casos esta cifra sobrepasa el 80 por 100. Un dato que comparativamente a los porcentajes que se registraban en los tiempos anteriores a 1936 y a los que se registran normalmente en otros países, nos descubre hasta qué punto el sentido de responsabilidad ha tomado cuerpo en la conciencia española. Pero no es sólo el aspecto cuantitativo, sino otros aspectos de orden moral y cualitativo los que conviene considerar principalmente a la hora de deducir consecuencias y enseñanzas.

La jornada se desarrolló dentro del más perfecto orden, bajo el signo de la más absoluta serenidad, de una ejemplar sobriedad en los ademanes, de una reflexiva conducta personal y colectiva, amparadas y tuteladas por una completa libertad que garantizó en todo momento el Poder Público. Y fué así en provincias y lo fué en Madrid, donde hay que reconocer que algunos candidatos dieron, desafortunadamente, a su acción un perfil político que desvirtuaba el carácter específica y exclusivamente administrativo, que, por su propia naturaleza y por las leyes vigentes, tienen estas elecciones municipales. Esta dimensión política la percibió inmediatamente el pueblo madrileño.

Nada fundamental podía legalmente estar en juego. Pero ni siquiera cuando se presentó la matización política, buscada y planteada por algunos, estimaron los Poderes Públicos que era precisa su intervención. Los que conaocen y gobiernan hoy los altos intereses de la Nación conocen perfectamente en cuánta estima tienen ya su auténtica independencia espiritual y política, y con qué aguda sensibilidad los madrileños y los españoles todos saben percibir dónde están las bases de nuestra paz, de nuestra firmeza, de nuestra fecunda continuidad, de nuestra fértil unidad y de nuestra siempre necesaria cohesión.

Madrid votó a quien quiso; pero Madrid no quiso ni quiere otros cauces para nuestro proceso politicosocial que los cauces del Movimiento Nacional. A la pregunta que implícitamente se le formuló en la calificación de ciertas candidaturas respondió con una homogeneidad, con una unanimidad moral terminantes. Las cifras no permiten la más mínima duda. Los hombres representantes del Movimiento, que es tanto como decir la paz, el orden, el prestigio internacional de España, la seguridad de lo que tantos sacrificios costó, obtienen más del 85 por 100 del total de los votos, mientras de las otras dos listas de candidatos, la una obtiene sólo el 16 y la otra el 4 por 100 de los votos emitidos.

Hay, por lo tanto, una afirmación rotunda y una adhesión definitiva a los postulados y a la obra del Movimiento; pero hay también una repulsa contra toda fisura, contra los viejos métodos y procedimientos, contra todo lo que directa o indirectamente, a la corta o a la larga, pudiera suponer peligro o quebrantamiento de unos principios y de un sistema político sobre los que toda discusión supondría automáticamente la aparición de la discordia y de la esterilidad. Los madrileños, los españoles, no aceptan ya sino el juego limpio y dentro de la normativa que ellos mismos se han dado libérrimamente. Quieren la continuidad creadora, la eficacia y la eficiencia que le aseguran su trabajo, el desarrollo de su vida económica y espiritual y su dignidad. Prueba clara que son las zonas medias y trabajadoras—nervio e impulso de la vida nacional en franco periodo de recuperación—las que con mayor intensidad han reaccionado con una espontaneidad realmente alocionadora, demostrando rotundamente su identificación con la doctrina y los propósitos del Movimiento.

EL ESPAÑOL

EL JEFE DE OPERACIONES ES UN EXPERTO EN LUCHA ANTISUBMARINA Y EN PROTECCION DE CONVOYES

CONOCE EL MEDITERRANEO COMO EL PASILLO DE SU CASA

**CARNEY,
EL HOMBRE QUE MAN-
DA EN LOS BARCOS
DEL TIO SAM**

QUIZA nuestros lectores recuerden que hace unos años estalló en los Estados Unidos lo que la Prensa llamó la «guerra de los almirantes» y también «la sublevación de los almirantes». Esto ocurrió en la época en que aviadores y marinos polemizaban, a veces con inusitada violencia, en torno a este tema: ¿Debemos fabricar aviones de largo radio de acción, como el «B-36», o portaaviones?

Naturalmente, los aviadores apcstaban por el «B-36» y los marinos por el portaaviones. Esta batalla, en gran parte reñida con vistas a los presupuestos destinados a las Fuerzas Armadas americanas, fué perdida por los marinos. Se intensificó la producción de grandes bombarderos y se dejó «dormir» en los astilleros la quilla de un portaaviones gigantesco.

El «cabecilla» de los almirantes era Radford. Fué destinado al Pacífico a guisa de represalia y allí salió a su encuentro la suerte, cuando se rompieron las hostilidades en Corea. Fué su oportunidad y su rehabilitación.

Hoy los almirantes han vuelto por sus fueros. Después de retirarse el teniente general con cinco estrellas Omar Bradley de la Jefatura de la Junta de Jefes de



Dos fotografías del almirante Carney. Arriba durante unas maniobras en Italia

Estado Mayor, le sustituyó Radford, el postergado de ayer, y dentro de un año, más o menos, entrará en servicio el primer gran

portaaviones de la serie «Forrestal». En mucha parte, la actual estrategia americana está basada en la capacidad de autonomía de los portaaviones, verdaderas bases navales flotantes.

ANCLADO EN EL PENTAGONO

Entre el plantel de almirantes con que cuenta en la actualidad la Marina de los Estados Unidos, ocupa un lugar muy destacado quien hoy es nuestro ilustre visitante: el almirante Robert Bostwick Carney, jefe de Operaciones Navales. Es tanto como decir jefe del Estado Mayor de la Marina de los Estados Unidos. Los otros dos jefes de Estado Mayor del Ejército y de las Fuerzas Aéreas forman con él el «Joint Chiefs Staff», que ya hemos dicho tiene como «presidente» al almirante Arthur W. Radford.

Sobre Carney descansa, pues, una de las mayores responsabilidades en cuanto a la defensa y seguridad de los Estados Unidos y del mundo libre. El lector no tiene más que pensar, por ejemplo, en el papel que está desempeñando la VII flota en Extremo Oriente, interponiéndose entre Formosa y la China roja continental. En realidad, la VII flota

ta es el más fuerte apoyo militar de la S. E. A. T. O.

Fué el almirante Carney quien, después de reunirse hace unas semanas el Consejo Nacional de Seguridad en Denver y, coincidiendo con la tensión internacional creada por el duelo artillero Amoy-Quemoy, dió orden a la VII flota para que prestase apoyo logístico a Chan Kai Chek, caso de que la isla-fortaleza de éste fuese atacada por los comunistas.

En lo que a España respecta, recordemos que ha sido la Marina de los Estados Unidos la encargada de construir las bases tanto navales como aéreas previstas en los convenios del palacio de Santa Cruz.

LA VIDA EN LA CUBIERTA DE UN BARCO

La vida del almirante Carney ha sido la vida de un marino. Queremos decir que fuera de la Marina no ha ocupado ningún cargo político. Es un técnico que ha pasado por todas las fases de su oficio. Durante la pasada guerra adquirió fama como experto en lucha antisubmarina y en protección de convoyes. Precisamente de ambas cosas dependió en alto grado el éxito de las fuerzas aliadas: de la neutralización de los submarinos alemanes y japoneses y de la protección de los convoyes que transportaban, entre otras cosas, el material del Préstamo y Arriendo, calificada por Stettinius como «arma de la victoria».

Nació Robert Bostwick Carney el 26 de marzo de 1895 en Vallejo (California). Vino al mundo en el seno de una familia de marinos. Lo fué su padre Robert Emmett, el cual se retiró con el grado de teniente en 1896.

El joven Carney hizo sus estudios primero en la Central High School de Filadelfia y en 1912 ingresó en la Escuela Naval de Annapolis. Fué un buen alumno, y de acuerdo con la educación anglosajona procuró destacar en algún deporte. Practicó la natación y el boxeo. Hoy, según el «Christian Science Monitor», toca la guitarra y posee un magnífico repertorio de historietas divertidas. Desde luego, nosotros hemos visto una curiosa fotografía de Carney tocando la guitarra, creemos que en Florida. Habrá que regalarle una.

En 1916 salió de la Academia Naval y se embarcó. Desde entonces la casi totalidad de su vida ha transcurrido sobre la cubierta de un barco, salvo algunos interregnos en Washington. Carney es evidentemente un hombre de mar. El primer barco a que le destinaron fué el «New Hampshire», de la Flota del Atlántico.

Durante la primera guerra mundial estuvo a bordo de un torpedero, el «Dixie», que tenía su base en Queenstown (Irlanda). En 1917 pasó al destructor «Famming» al ser ascendido a teniente. Puede decirse que cada año «estrenó» un navío de guerra, saltando del Atlántico al Pacífico y del Pacífico al Atlántico. Por su vida han pasado el

«Laub», el «Reno», el «Rathburne», el «Delphy», el «Mississippi», el «New Mexico», el «Cincinnati», el «Buchanan» y otros muchos más, la mayor parte de los cuales, si no la totalidad, hace mucho tiempo que se han convertido en chatarra.

Carney fué llamado en algunas ocasiones para trabajar en la construcción de barcos. En 1918 fué destinado a la Bethlehem Shipbuilding Corporation, en Squantum (Massachusetts), en cuyos astilleros se puso la quilla al «Laub».

En 1925 formó parte del Estado Mayor de la IV división naval, y en agosto de 1928 pasó a la división of Fleet Training of the Office of the Chief of Naval Operations, en el Departamento de Marina, en Washington. (División de Instrucción Naval del Departamento del jefe de Operaciones Navales). De allí pasó al «Cincinnati», ya con el grado de «lieutenant commander».

En 1933 regresó de nuevo a Washington, al departamento de astilleros. En este mismo año recibió por primera vez el mando de un barco: el destructor «Buchanan». Y en 1936 fué destinado a unos astilleros de la Armada en Kearney (New Jersey), y después al cargo «Sirius», trabajando para el Servicio de Transportes Navales. Dos años más tarde lo encontramos en la Shore Establishments, división del departamento del ayudante del secretario de Marina. Por esta época visitó Norteamérica el príncipe Olaf de Noruega. Al llegar a Washington nombraron a Carney para servirle como ayudante naval. Su prestigio en la Marina era ya muy sólido.

YOKOSUKA

Poco tiempo después vino el ataque japonés a Pearl Harbour y los Estados Unidos entraron en la guerra. En 1940 Carney había navegado en el «California», y de marzo de 1941 a septiembre de 1942 fué jefe ayudante de Estado Mayor y oficial de operaciones, pasando seguidamente a ser jefe de Estado Mayor cerca del comandante de las fuerzas de apoyo a la flota del Atlántico.

La guerra la hizo Carney en el Pacífico. Tuvo varias citaciones en la orden del día y ganó algunas condecoraciones. El «Denver», crucero que actuaba en aguas del sur oeste del Pacífico, intervino en acciones bélicas cerca de las Salomón, y durante el bombardeo contra la isla de Kolombaugara hundió a dos destructores japoneses. Carney participó en la toma de las islas Russell, Shortland y Bouganville.

En 1943, ascendido ya a contraalmirante, fué nombrado jefe de Estado Mayor del almirante Halsey en el sur del Pacífico. El mismo cargo desempeñó hasta 1945 en la III flota. Escenarios de sus acciones navales fueron: Las Salomón, el archipiélago de Bismark, el golfo de Leyte y Filipinas.

El 30 de agosto de 1945 es una fecha importante en la biografía del almirante Carney. Ese día recibió la rendición de Yokosuka, la segunda base naval secreta japonesa, a la entrada de la bahía de Tokio.

Carney salió de la guerra cargado de honores y medallas y consagrado como uno de los marinos más eminentes de la Marina de los Estados Unidos. A partir de entonces ha asumido muchos cargos, todos de importancia. En 1950 mandó el famoso acorazado «Missouri», que tanto se distinguió durante la guerra de Corea.

Hace unas semanas este gigantesco navío abandonó su viejo «hogar» de Norfolk, camino del desguace, siendo despedido por toda la población como si se tratase de un viejo amigo.

En septiembre de este año, después de haber sido ascendido a almirante, cargo que confirmó el Senado, sucedió al almirante Connolly como comandante en jefe de las fuerzas navales de los Estados Unidos en el Atlántico Norte y Mediterráneo. Una vasta área que va desde las Azores hasta la India y desde el Polo Norte al Ecuador.

EL MANDO EN EL MEDITERRANEO

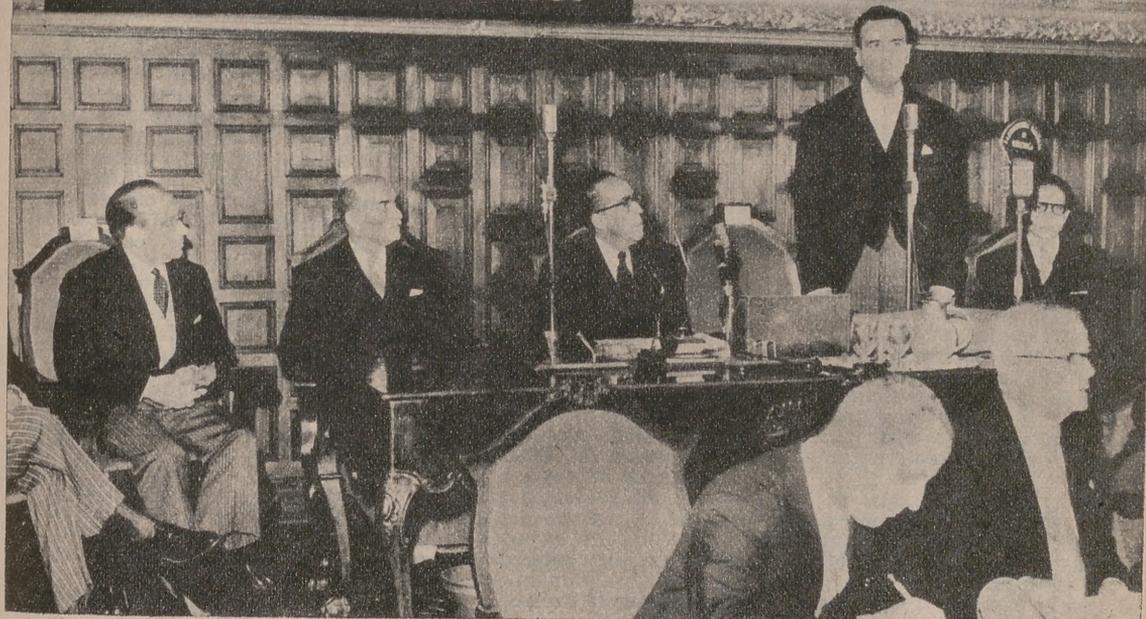
En 1951 se entabló una sorda polémica entre ingleses y americanos en torno al mando naval supremo en el Mediterráneo dentro del marco de la N. A. T. O. Los ingleses, considerando que este mar seguía siendo «un lago inglés» y una etapa decisiva en su ruta imperial, reclamaban ese mando supremo para un almirante inglés, que pensaban dárselo a Lord Louis Mountbatten. Los americanos no transigieron. El almirante Fechteler llegó a decir que de ninguna manera pondría los portaaviones de los Estados Unidos bajo el mando de un almirante británico, dando que supiese manibrar con ellos. Fué una banderilla puesta en todo lo alto del almirantazgo.

El entonces presidente de la Junta de jefes de Estado Mayor, Bradley, conversó sobre este asunto con los ingleses, pero sólo se llegó a un acuerdo de compromiso.

La consecuencia de todo esto fué que el general Eisenhower, jefe de la sazón del S. E. A. P. E., en París, nombró a Carney comandante en jefe de las fuerzas aliadas en el Mediterráneo y de las fuerzas aliadas navales en el sur de Europa. Carney, durante una temporada, instaló su puesto de mando en el barco «Mount Olympus», anclado en el puerto de Nápoles.

Finalmente Eisenhower le designó jefe de operaciones navales. Es la culminación de la carrera de Carney, quien conoce como nadie la importancia estratégica del Mediterráneo y en consecuencia de España, siendo igualmente partidario de un Pacto del Oriente Medio independiente de la N. A. T. O., pero apuntando a un mismo fin.

EL VIAJE DE RUIZ-GIMENEZ POR HISPANOAMERICA



UNA RUTA EN BUSCA Y DEFENSA DE LOS VALORES ESPIRITUALES DE LA RAZA

EL MINISTRO ESPAÑOL DE EDUCACION, EN LA UNESCO

EN la mañana limpia y alegre del 9 de octubre, en marcha ya los motores del avión, el Ministro de Educación Nacional, Ruiz-Giménez, consciente del significado de su viaje, volvió, pudiéramos decir, la vista al país y acercándose a los micrófonos de Radio Nacional dijo: «Me voy con un cargamento de ilusiones y de esperanzas y una conciencia de la responsabilidad.»

Estaban en derredor y le contemplaban Ministros y otros personajes. Con sonrisa de emoción reprimida, sombrero en mano, fué dando la mano a todos y cada uno de los presentes. Con ese adiós indefinible, sólo expresable por el lenguaje más imperfecto, el de la mímica y el gesto, se alejó. Su alta figura, que tuvo que inclinarse al entrar, desapareció por la puerta del avión. A los pocos minutos el aparato era un punto, una flecha en el espacio, con dirección a las tierras americanas.

Miles y miles de kilómetros fueron sucediéndose en su camino. España, el Estrecho, África y el salto del Atlántico.

Después de todo, su viaje, como una onda de España, no ha sido más que una sucesión de saltos. Salto a Caracas para presidir la Fiesta de la Hispanidad, salto a Bogotá para asistir al Congreso Iberoamericano de Educación, salto a Lima para presidir la Delegación española en el Tercer

Congreso de Seguridad Social y salto a Montevideo para dirigir la Delegación española en la Octava Asamblea de la UNESCO.

De salto en salto ha ido enhebrando tierras de grato pasado histórico. Montañas, ríos comarcas, ciudades, fueron saludándole con nombre español. Nada nuevo. Todo antiguo, pero de un pasado no muy lejano. A medida que avanzaba, en vez de alejarse, parecía que se acercaba más a España.

EL PRIMER «¡VIVA ESPAÑA!»

Y en la tarde del día 10 llegó a la capital venezolana, nueva, moderna, exponente de la prosperidad material del suelo nacional. Pero a las alturas del avión, a poco de cruzar el mar de las Antillas, habían ido llegando otros nombres... Barcelona, Valencia, Mérida, Trujillo, Sierra de Mérida. Un trasplante toponímico de la Península.

Pero no es sólo la toponimia, ni el idioma castellano, ni la religión católica. Allí, y en el aeropuerto, lo hizo valer al llegar al avión, está presente, perdura, una España de carne y hueso. Catalanes, vascos, canarios, aragoneses...

«¡Viva España!», fué el grito unánime al descender del avión el Ministro español.

Un «¡Viva España!» fuerte, estentóreo, profundo y largo que



Arriba: Ruiz-Giménez en un momento de su discurso ante los miembros del Consejo Municipal de Caracas.—Abajo: El Ministro de Educación Nacional en su visita al ministro de Relaciones Exteriores de Perú, acompañado del embajador español en Lima

no dejó de repetirse mientras el señor Ruiz-Giménez, entre himnos y otros actos protocolarios, saludaba a su colega venezolano, doctor Loreto Arizmendi, a otros miembros del Gobierno y al rector de la Universidad.

Aquel espectáculo humano en la primera tierra continental que pisó, el escenario claro y luminoso de aquella zona tropical y las magníficas realidades de un progreso material patente en los alrededores impresionaron los ojos y oídos del Ministro español. Ruiz-Giménez, aun bajo el im-

pacto de aquel encuentro con hombre y tierra, le dió forma a todo con las siguientes palabras:

—Vengo atraído por el magnífico espectáculo que constituye el progreso de Hispanoamérica.

Y no se refería ni a los coches, ni a las grandiosas avenidas, ni a los soberbios rascacielos, ni a tantos otros elementos de avance técnico y de comodidad. El Ministro español se refería al campo del espíritu, a la misión que le había hecho aterrizar.

YO TAMBIEN QUIERO SALUDARLE

En Caracas, ciudad que hace cuatro siglos fundó el español Diego Losada, Ruiz-Giménez encontró una ciudad con puertas abiertas. Con puertas abiertas para él, Ministro representante del Gobierno español. Su firma quedó en el Libro de Oro de la ciudad, fué declarado huésped de honor, rindió caballeresco homenaje a Bolívar y compartió horas y horas—dialogando o disfrutando agasajos—con los representantes del país.

Levantó su copa, al final de la cena de gala con que le obsequió su colega venezolano, y, presentes ministros e intelectuales, brindó por el futuro de la Hispanidad, aún en reserva.

—Si es esperanza del viejo mundo europeo dolorido, que hoy mira a Hispanoamérica como gran reserva espiritual de la Humanidad.

Ruiz-Giménez conversaba en la Embajada con cuantos españoles acudieron. Quizá todos. Españoles, sólo españoles, sin otra distinción. De corro en corro cambiaba impresiones. Era cosa de dialogar. Un obrero, abriéndose paso, antes de llegar a él, clamó:

- Señor Ministro, soy español.
- ¿Cuántos años lleva aquí?
- Quince. Vine antes de terminar la guerra. Soy exilado.
- ¿Quiere algo de mí?
- Que me he enterado que estaba en Caracas un Ministro español, y he venido a saludarle.
- Pues, para mí, esto es una gran satisfacción.

Y el Ministro volvió a estrechar fuertemente la mano de aquel obrero español.

Subió también de tono con la presencia del Ministro la fiesta oficial venezolana. «Ordenamos—decía una disposición conjunta de los ministerios del Interior y Defensa—que se conmemore el Día de la Hispanidad en las escuelas por medio de conferencias sobre el Descubrimiento y obra colonizadora.» ¡Cómo han cambiado las cosas! No hace muchos años aun perduraba en los textos escolares de muchos países hispanoamericanos la falsa leyenda, el tendencioso tejido urdido por los enemigos de España. La distancia, la separación, a consecuencia de ello, fué enorme, crecía por años.

Pero este 12 de octubre estaba allí un Ministro español, que asistió oficialmente a todos los actos, que en la espléndida mañana caraqueña depositó flores a los pies del monumento a Colón, que luego, acompañado de ministros, recorrió la Ciudad Universitaria y, por último, antes de partir para Bogotá, fué recibido por el mismo Presidente constitucio-

nal, coronel Marcos Pérez Jiménez.

El coronel Marcos Pérez, de aspecto serio, de no mucha estatura, con calva iniciada, e inteligente, es el hombre que rige los destinos de aquella nación. Decidido e inteligente, mueve y empuja la intensa transformación que allí se opera, está aupando al país hacia la prosperidad. Ruiz-Giménez pudo contemplar todo esto cuando marchaba hacia el palacio de Miraflores. Grandes avenidas, hermosos parques, impresionantes autopistas. Una ciudad moderna, reciente, que parece haber surgido con rapidez en media docena de años, y con cerca de dos millones de habitantes.

Pero Marcos Pérez y Ruiz-Giménez hablaron de cosas de cultura y del espíritu.

DE CARACAS A BOGOTA

Nuevo salto. De Caracas a Maracaibo, camino de Bogotá. Salto de una ciudad moderna a otra de afán industrial, Maracaibo es la ciudad que se nutre con la riqueza de los yacimientos petrolíferos que le rodean. Sin embargo, Ruiz-Giménez, en unas horas, pudo tratar del intercambio de profesores y alumnos entre las Universidades españolas y la local. Remontó el vuelo hacia Barranquilla, ya de Colombia, no lejos de la histórica Cartagena de Indias, y volvieron a sonar en sus oídos nombres de acá: Pamplona, Lebrija, Vélez, Medellín, Ocaña, Málaga. Y también vió después hombres, muchos hombres de acá, porque en Barranquilla es numerosa la colonia española. Gritos de júbilo, vivas, aplausos, pañuelos blancos al aire, tal fué la escena de su llegada.

En los aires otra vez, dominando las altas cumbres de los Andes, enfiló el curso del Magdalena, camino de Bogotá. Dos días de estancia era lo previsto en el programa.

El programa colombiano comprendía, desde la inauguración de la Exposición iconográfica y bibliográfica de temas hispánicos, en el Instituto de Cultura Hispánica, como principio, hasta la visita oficial, en el palacio de San Carlos, al general Rojas Pinillas, Presidente de la República. Y luego, actos culturales, diálogos con su colega colombiano, tanto en la Biblioteca Nacional como en el Instituto «Caro Cuervo». Y como consecuencia de las bibliotecas y archivos de aquella «Atenas de América del Sur» podrán venirnos datos e informaciones, libros, revistas. Todo cuanto exige una comunidad de pensamiento.

Poco antes de partir, la vieja Universidad Nacional, fundación española del siglo XVI, le imponía las investiduras de doctor «honoris causa».

UN CONGRESO A 2.850 METROS DE ALTURA

Quito, la bella ciudad de aire español, con calles típicas, sportales y plaza Mayor—fundación del español Sebastián Benalcázar—, fué la sede del Congreso Iberoamericano de Educación. Un Congreso a 2.850 metros de altura, bajo la mirada de la im-

ponente mole del Pichincha. Un Congreso con siete ministros de Educación: los de España, Perú, Paraguay, Costa Rica, Chile y Nicaragua. Y ciento cuarenta hombres de profesión docente entregados al estudio y discusión de problemas pedagógicos durante ocho días.

El país sentía, al mismo tiempo, las convulsiones de la política. Sesiones del Parlamento, campañas de Prensa, elecciones municipales, parecían distraer la atención de la capital. Pero no. La capital estimó la presencia de siete ministros de Educación, nunca acaecida en ciudad alguna americana. El Municipio declaró a todos los congresistas huéspedes de honor. Prensa e intelectuales, de un lado, y de otro, Universidades y Centros de Enseñanza siguieron de cerca, jalearon y aplaudieron el acontecimiento de la familia hispánica.

Sencillo, de amplia frente, con gafas y bigote blanco, el Presidente Velasco Ibarra, intelectual e hispanista como el que más, ocupaba el estrado presidencial, rodeado de banderas, en el acto de inauguración. «Es definitivo para la actualidad iberoamericana este Congreso», dice a los allí reunidos.

Con voz de España comenzó y terminó el Congreso. Con palabras de Lafu Entralgo y Ruiz-Giménez. Todos los días, a las ocho de la mañana, ya estaban, primeros, en la Sala de Cultura el Ministro español y el de Nicaragua, don Crisanto Sacasa, a pesar de sus setenta y cinco años. Ruiz-Giménez, durante muchas deliberaciones, fué uno más entre el público. Pero en los Plenos compartía la tarea de dirigir y encauzar los coloquios, junto a la mesa presidencial.

EN ESPAÑA HAY UN PUEBLO QUE SE LLAMA MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES

Estamos ya a 24 de octubre. Una tarde otoñal, aunque suave, pese a la altura. Quito goza de perpetua primavera. Situada en la llamada «Calle del Ecuador», que no es más que un valle de 3.000 metros de altura, alargado entre dos alineaciones andinas, el paso beneficioso de la línea acuatorial protege su clima.

Ha vuelto de nuevo al estrado presidencial del Congreso de Educación el Presidente Velasco Ibarra, para presidir la clausura. Cumple el secretario con «las generales de la Ley»: lectura de adhesiones, de conclusiones y unas palabritas más, y termina.

De pronto los fotógrafos acomodan sus cargas, toman posiciones, apuntan estando en media genuflexión. El señor Ruiz-Giménez levantándose en medio de una gran ovación, premio a sus lucidas intervenciones anteriores, mira a todas partes sonriente, y, apoyando las palmas de las manos, vueltas hacia atrás, sobre el borde de la mesa, recorre con los ojos el techo en espera de comenzar.

«Una madrugada de noviembre del año 36, Ramiro de Maeztu dejaba, antes de morir asesinado, unas cuartillas en defensa del espíritu, señalando la jerarquía fundamental de los valores hispánicos.» Ruiz-Giménez siguió así el camino trazado pa-

ra su viaje por tierras americanas, un camino recto en busca y defensa de los valores espirituales de la familia hispánica. «España—añadió en otro pasaje—, que vió la cara de la muerte, ama también la vida y quiere que América ame y que su juventud camine ansiosa de luz y belleza, llevando el mensaje de Cristo, de libertad y de justicia.»

El Salón de la Ciudad, en la vieja Universidad de Quito, estaba repleto. Una multitud heterogénea lo llenaba por completo. Parecía que en el Salón había algo más que las simples discusiones de los temas tratados, algo más que los acuerdos ya concretados. Allí vibra algo indefinible. Flotaba en el ambiente un espíritu mucho tiempo latente, que el Ministro español, perspicaz, inmediatamente polarizó: «En España—dijo—hay un pueblo que se llama Madrid de las Altas Torres...» Y así señaló el comienzo de todo.

Aun perdura el eco del mensaje español cuando el Ministro salió de Quito, la ciudad relicario de España. Dejó la capital ecuatoriana mirando desde las alturas del avión su grandiosa catedral con original pórtico y pretíl; el palacio del Gobierno en cuyas escalinatas cayó asesinado el católico presidente García Moreno; la iglesia de San Francisco con razón llamada «El Escorial de Quito», de arquitectura netamente española; la iglesia de los jesuitas, de estilo barroco, verdadera maravilla de arte en su exterior y de riquísimo contenido escultórico en su interior; y la iglesia de la Merced, de inmensa riqueza artística, entre la que sobresale su maravilloso púlpito de tallas afiligranadas.

El avión dejó lejos la mole del Pichincha y fué a parar a Guayaquil, la Barcelona del Ecuador, puerto nacional en la costa del Pacífico y de ambiente tropical. Aquí, como en las demás ciudades recorridas, no era extraño. Era un español para los españoles allí residentes. Visitó la Escuela de España, donde prometió libros y un proyector de cine que divulgue el conocimiento de la Patria lejana, y anuncia un viaje a la Península a los maestros. En un acto, que en su honor preparó el gobernador, Ruiz-Giménez condecoró al ministro de Educación del Ecuador, señor Nebot.

—España premia con ello al político ecuatoriano, hijo de un español tarraconense, le dijo con un abrazo cordial.

—Es la misma recompensa que ostentó mi padre—respondió el señor Nebot.

Nebot padre fué un tarraconense que, casado con una ilustre dama de Guayaquil, encabezó una dinastía política que ha contribuido al desarrollo económico del país. En los momentos iniciales de nuestro Movimiento ofreció su fortuna a favor de la Causa Nacional.

DE ESPAÑA VINO EL PRIMER OLIVO

De madrugada fué la llegada a Lima, la capital del último fuerte español en América. En la noche silenciosa parecían inquietados los recuerdos. Pero la luminosa mañana ablandó el corazón al contemplar una de

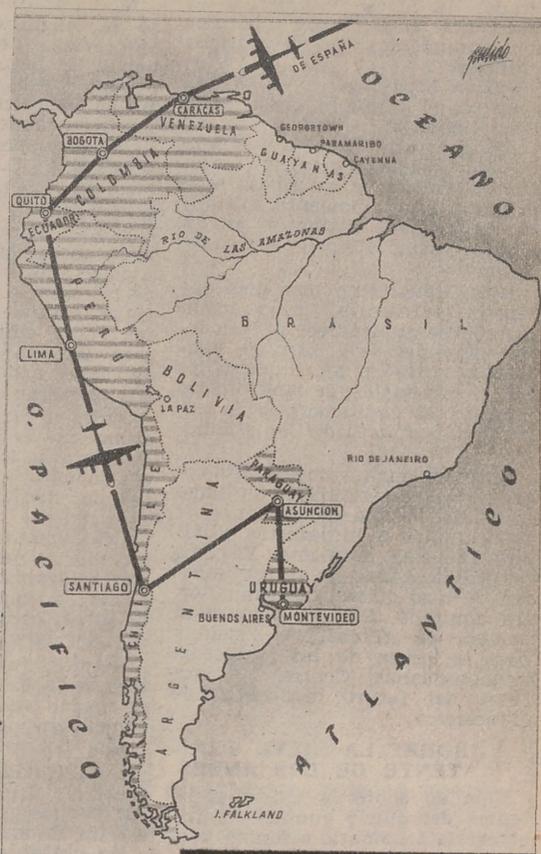
las perspectivas de la historia de habla española, como dijo Enrique Rodó de la ciudad fundada por Francisco Pizarro. Situada sobre el Rímac, tiene en realidad poca altura, muy cerca del puerto del Callao. Cada nombre es un recuerdo. Y también el ambiente, la misma sociedad limeña es una constante evocación de las viejas costumbres españolas. Aun perdura el dicho «aunque se vaya a Lima», tan frecuente en Andalucía. Es una de las más hispánicas en sus costumbres, que por algo fué en realidad durante dos siglos la Corte de las Indias.

Allí presidió la primera sesión plenaria del Segundo Congreso de Seguridad Social, y, por la tarde del mismo día, fué recibido por el Presidente Odría en su propia casa, en la intimidad. Ciento veintiocho en representación de 21 países fueron los asistentes al Congreso.

Parecía la Seguridad Social un tema al margen del camino. Más, no. España tiene en esto mucho que decir.

Muy de mañana se salió para Cuzco, la histórica capital del Imperio incaico. Quedó atrás Lima, la de Pizarro, la que desde los primeros momentos contó con la Academia Antártica, de la marquesa de Cañete, la que en el XVI y XVII tenía entre sus muros poetas y escritores en abundancia, la que tuvo teatro y conoció la Prensa cuando en Europa eran muy pocas las ciudades que la conocían.

Alguien dijo en el camino, al contemplar un barrio limeño, barrio aristocrático, en que sólo



Sobre el gráfico aparece marcada la ruta que ha realizado el Ministro de Educación Nacional en su viaje por Hispanoamérica

hay como árbol ornamental el olivo:

—De España vino, acá el primer olivo. Trajo dos posturas del Aljarafe sevillano el procurador Antonio Ribera. A su lado puso perros y guardas, pero le robaron una, que andando el tiempo apareció cientos de leguas más abajo, en el reino de Chile.

Era indudable que el mismo campo, a que se aludió en el Congreso, era también un recuerdo de España. El trigo, el arroz, el olivo, el lino, el cañamo, la caña de azúcar fueron de España. Y han quedado hasta con leyenda poética, la leyenda de Inés Muñoz, cuñada de Pizarro, que cultivó en una maceta granos de trigo que casualmente fueron en unos sacos de arroz.



Ruiz-Giménez, acompañado del embajador español en Caracas, recibe a los representantes de la Prensa venezolana

Se llegó a Cuzco, la ciudad sagrada, «la Meca de América del Sur para el turismo», pléfrica de monumentos de su antigua grandeza.

«¡Viva España!»
«¡Viva el Ministro de la católica España!»

Así gritaban quinientos alumnos de escuelas nocturnas, a los que el Ministro y su esposa asistieron en el momento solemne de su primera comunión en un acto conmemorativo del Año Mariano.

Ruiz-Giménez no hizo más que repetir la Historia. Luego, acompañado de arqueólogos y misioneros españoles de la zona de Ura-bamba, visitó en Machupichu los restos materiales de un imperio anterior al bautismo y a la comunión que llevaron los españoles.

Antes de dar un nuevo salto sobre los Andes, rumbo a Santiago de Chile, recibió delegaciones de intelectuales e hispanistas y visitó Escuelas normales. Y como despedida, Lima, galante y señorial, le hizo ofrenda de una flor. Un diputado, Delboy, propuso el nombre de «Trébol de España» para el cruce de las carreteras panamericanas Central y Sur, cerca del futuro hipódromo de Monterrico.

SOBRE LA NIEVE PENITENTE DE LOS ANDES

Volando sobre la «nieve penitente» del quicio andino—no me atrevería a llamarlo columna vertebral por su posición muy lateral en el Continente—ya se estaba en el espacio aéreo de la banda chilena, de ese país casi longitudinal, con una longitud superior a la existente entre Noruega y Gibraltar. Luego, pie en tierra, era todo carácter aristocrático, con fina primacía de los méritos artísticos e intelectuales sobre el orden material.

Cuando a Ruiz-Giménez le preguntaron, después de sus entrevistas con los ministros chilenos de Educación y Economía, sobre posibles acuerdos, el Ministro español, agudo, contestó: «Para vincularnos espiritualmente debemos pasar por encima de las barreras materiales.»

Luego siguió activo sus gestiones en pro del intercambio cultural. Con el mismo Presidente, general Ibáñez, pudo continuar su gestión en su residencia de Vía Mar, cerca de Valparaíso. Luego visitó la Universidad Católica y Técnica de esta última ciudad. Y, por último, el asilo de niños ciegos, fundado por el español P. Escudero. De manos del Presidente Ibáñez recibió la Gran Cruz de la Orden del Mérito Bernardo O'Higgins.

Sobre los Andes de nuevo, camino de Uruguay, hizo escala en Paraguay, invitado por su Presidente, general Alfredo Stroessner, con quien conversa largamente. La muerte inesperada del Nuncio apostólico, monseñor Federico Lunardi, hizo suspender gran parte del programa, salvo la imposición de una condecoración del Mérito Nacional y diálogos para el intercambio cultural, una cena de gala ofrecida por su colega paraguayo, un agasajo de las colonias regionales españolas y un almuerzo en el Instituto de Cultura Hispánica.

ADIÓS, PENAROL

El día 11 de noviembre se dividió el magnífico anfiteatro que Montevideo forma en preciosa bahía. Se llegó a la capital intelectual, fundada por el español Bruno Mauricio Zavala. Al día siguiente sería inaugurada la VIII Asamblea General de la U. N. E. S. C. O.

En las calles de Montevideo se nota la agitación del período electoral. Periódicos, pasquines alientan al «hombre de la calle». Aviones, desde el aire, dicen desde las alturas por quién hay que votar. Grandes letreros luminosos sobre edificios y de casa a casa iluminan nombres. Incluso canciones callejeras llevan por letra propaganda electoral.

Junto a esta convulsión ciudadana, los vivos colores de la indumentaria, los más diversos rasgos raciales, el rutilante dinamismo de una concentración internacional—la de la U. N. E. S. C. O.—aportan variedad al ambiente callejero. Son setenta y tres delegaciones de otros tantos países, además de observadores de otros, los que andan y se mueven por la ciudad.

—Adiós, Penarol—dijo un portero de la U. N. E. S. C. O. a un delegado indio, cuyos colorines coincidían con los del equipo de fútbol del mismo nombre.

—Adiós, Penarol—repetía sin cesar ese delegado indio al saludar por los pasillos, creyendo que era un saludo de buena amistad.

No obstante, Montevideo se ha hecho partícipe de la Asamblea de la U. N. E. S. C. O., con cuyo nombre ha sido rotulada, no sabemos si provisionalmente, la antigua calle de Hocuar.

Montevideo ha sabido recibir, corresponder y crear un ambiente adecuado de conferencias, exposiciones, conciertos e incluso campeonatos de atletismo. Poco antes de la inauguración oficial un coro grandioso, un coro de tres mil voces, integrado por los Coros del Litoral, del Este y de la Capital, interpretó en lo alto de la amplia escalinata de acceso al Capitolio uruguayo el «Himno de la esperanza», de Paul Hindemith, y el himno nacional del país. Después, las distintas delegaciones fueron entrando en el salón.

—Ese es el monumento a la Hispanidad, inaugurado el pasado 12 de octubre—dijo el embajador español, marqués de Saavedra al pasar por una pequeña placita de la Diagonal Graclata.

—¿Y qué plaza es?

—La plaza de España.

Una plaza de España enclavada en una zona que antaño se llamó la «pequeña Galicia». Allí está el monumento, de artístico basamento, con figuras que representan la «Madre Patria», el «Descubrimiento» y «La Cultura», y con la figuras en relieve de Don Quijote y Sancho. Don Quijote y Sancho en la ciudad intelectual del mundo hispanoamericano.

Banderas de todos los países ondeando sobre mástiles, dispuestas en forma de «U» al pie de la escalinata, eran el primer signo exterior de aquella concentración con fines culturales. En la parte alta de la escalinata, descollando

sobre las demás, dos altos mástiles de bronce, de cerca de quince metros de altura y coronados por águilas, mostraban al viento las banderas de la U. N. E. S. C. O. y del país.

UN TERRITORIO PROVISIONAL DE LA UNESCO

Como territorio de la U. N. E. S. C. O. ha quedado convertido el Palacio Legislativo de Montevideo. En la grandiosa galería de los Pasos Perdidos, de cien metros de largo por treinta de ancho, aproximadamente, lucían los mármoles nacionales, el rosado Verdum, el blanco y los granitos, también nacionales. Las columnas altas, de estilo corintio, rosadas, de base de granito y capiteles de mármol, daban mayor grandiosidad. Con la belleza de las esculturas y pinturas italianas de principio de siglo, daban majestad sobre aquel conjunto neoclásico tapices de colores rojo y gris exclusivamente. En este escenario fué la inauguración.

Dió la bienvenida el presidente del Consejo Nacional uruguayo, Andrés Martínez Trueba. Luego un indio, el doctor Sarvepalli Radhakrishnan, que presidirá las sesiones de la Asamblea, haciendo de estaño, vino a decir: «Estamos obligados a vivir juntos. Nuestra preocupación debe ser el recíproco entendimiento.»

No hizo más que terminar su discurso e inmediatamente surgió el problema ditirámico «China, sí; China, no». Claro, se manejaban dos Chinas. Fué Rusia, como era de esperar, quien pidió la expulsión de la China nacionalista y la incorporación de la comunista. Era cuestión de creenciales, según se llegó a concluir.

Había público presente, pero presente por invitación. Y con invitaciones contadas. Al presidente de la Asamblea Nacional, Alfredo Brum, que había pedido cinco, sólo se le concedieron dos.

Cada país acusaba su preocupación. El Japón, los posibles peligros de los experimentos term nucleares. La India, la discriminación racial. Rusia, su fanfarronería habitual. Y, al fin, España, presente por primera vez, habló:

«Si se desea honesta y verdaderamente la paz deben las naciones preparar juntas el imperio de los altos valores espirituales. Ellos son las más fuertes palabras para levantar el ánimo de los pueblos y asegurarles un pacífico destino.»

España, por boca de Ruiz-Giménez, puso de manifiesto que seguía su recto, el mismo camino. El mismo camino de siempre. El camino que le hizo pasar el 12 de octubre por Caracas y luego por Barranquilla, Bogotá, Quito, Guayaquil, Lima, Santiago, Asunción y Montevideo. El camino trazado por los que por allí anduvieron en siglos pasados. El camino de los sublimes valores del espíritu.

Contra la presencia de España en Montevideo hubo sus intrigas. Pero todo fracasó. Es más le dieron una vicepresidencia.

Era cosa de recordar las palabras del indio: «Estamos obligados a vivir juntos».

V CONGRESO NACIONAL DE MUSICA SAGRADA



DIRECTORES DE ESCOLANIAS, ORGANISTAS, CANTORES Y COMPOSITORES ESTUDIARON EN MADRID LOS PROBLEMAS DEL ARTE MUSICAL LITURGICO

QUINCE PRELADOS

DE TODA ESPAÑA PRESIDIERON LOS ACTOS DE CLAUSURA

HACE ahora cincuenta años que San Pío X daba a la luz pública el gran documento pontificio que habría de restaurar toda la música sagrada y litúrgica de la Iglesia. Un estilo teatral, con ciertos ribetes de ópera italiana, se iba mixtificando con el sentido solemne y profundo del cántico litúrgico. La sabiduría y el acierto, de que están llenas las páginas del «Motu Proprio», se aprecia hoy, después de medio siglo, al comparar la actual música sagrada con las composiciones de entonces, de gusto ligero, insustancial, inadaptadas al significado espiritual de la letra religiosa. Desde que Jacomo Carissimi, compositor italiano, en la primera mitad del siglo XVII, introducía el género dramático en la Iglesia, la confusión y mescolanza de estilos iba creciendo de modo alarmante.

Cuando se mira, con esta perspectiva de diez lustros, la desviación y profanaciones de la música religiosa de aquellos tiempos, impregnada de romanticismo barroco y dramático o de impresionismo debussista, o de grandes inquietudes renovadoras, nace en nosotros una profunda devoción hacia aquel Pontífice, hoy elevado a los altares, que supo marcar, con toda clarividencia, las directrices y normas del verdadero y sublime arte sagrado.

El V Congreso Nacional de Música Sagrada, celebrado estos días en Madrid, ha sido el mejor homenaje que España ha podido rendir a San Pío X.

Con todo desvelo, en jornadas llenas de trabajo incansable desde la mañana a la noche, presididas todas las Comisiones por la presencia del Obispo de Madrid-



En el mismo salón donde se celebran las ponencias, el padre Donostia dirige el coro de los padres capuchinos.—Abajo: Durante un descanso en el Congreso los padres Domingo López y Juan Ortega hablan con nuestro redactor

Alcalá y animadas todas las ponencias con la palabra siempre justa y oportuna de monseñor Lahiguera, este Congreso ha venido a colmar las viejas aspiraciones de la Iglesia española en su afán por una profunda renovación del arte musical, médula de la liturgia religiosa.

Quince prelados, llegados de las más apartadas diócesis de España, presiden el solemne acto con el que el Congreso se clausura.

Directores de escolanías, maestros de capilla de todas las catedrales, organistas, cantores y los más famosos compositores de música sacra, se han reunido en Madrid para estudiar y discutir los más acuciantes problemas de este arte litúrgico.

EN LOS PASILLOS DEL CONGRESO

El salón de actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Medinaceli, 4, es reducido para el número de congresistas.

El padre José Artero acaba de defender su ponencia sobre la formación de escuelas elementales y superiores de música sagrada, punto básico del Congreso. En los pasillos, un grupo de sacerdotes felicita al ponente. El padre Artero, con sus sesenta y cuatro años bien cumplidos, habla ahora de su larga experiencia de músico, de investigador, de teólogo eminente, de jurista, de escritor fecundo. Es hombre de innumerables facetas. Todavía recuerda sus primeros años de tiple en el coro parroquial de su pueblo.

Nace José Artero en Sena, un pueblecito de dos mil habitantes perdido en la serranía de Huesca. En el colegio de los padres salesianos hace sus primeros estudios. Desde niño tiene ya una gran afición, una ilusión: cantar

con los demás niños en la iglesia, en los días de fiesta. El párroco de Sena, un viejo sacerdote que a duras penas, ha logrado formar un coro en su parroquia, prueba su voz y se da cuenta que el niño canta maravillosamente.

—Desde mañana, al salir del colegio, te vienes a ensayar.

A los diez años, el regalo de Reyes es un violín que su padre le compra en una casa de lance, y en el mismo colegio de los padres salesianos José Artero hace sus primeros pinitos de violinista.

Aun no ha cumplido sus once años y el pequeño cantor ingresa en el Seminario de Comillas. Quiere ser sacerdote. A Comillas, en el baúl de la ropa, el joven seminarista lleva también su regalo de Reyes. El violín que hacía un año le regalara su padre.

Pero aquí el violín se va a enmohecer. Las declinaciones latinas apenas dejan tiempo para nada.

Un día hay un pequeño concierto en el Seminario. Ha llegado Monasterio, el gran compositor, y la «Schola Cantorum» interpreta algunas de sus composiciones en su honor. Llega la gran ocasión. A mitad del concierto, Artero hace un solo de violín que él aprendió en su pueblo.

Monasterio admira el prodigio del pequeño músico. Pero sobre todo le admira el maravilloso sonido de aquellas cuerdas. Examina el instrumento. No se le ve marca alguna, pero Monasterio afirma:

—Este violín es algo de lo que ya no queda.

Dos años más tarde, en una fiesta de Navidad, Artero interpreta una pieza para violín que acaba de componer el padre Otáñón. Cuando termina se acerca a la mesa para besar la mano del padre rector. Al volver, el violín, el gran amigo de Artero, estaba en el suelo hecho pedazos. Involuntariamente, un compañero se había sentado en él y sus cuerdas habían saltado. La caja estaba en el suelo partida en dos. En una se podía leer con cierta dificultad: «Ludovicus Bergonzi. Cremona, 1691». Era una de las mejores marcas de violín, adquirida un día a poco precio por el padre del pequeño violinista, en una casa de viejo.

A los diecinueve años, José Artero es ya doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia de Comillas. Cuatro años más tarde, antes de ordenarse de sacerdote, alcanzó el grado de doctor en Sagrada Teología y la licenciatura en Derecho Canónico.

El año 1925, en reñidas oposiciones, gana una canonjía en Salamanca y es nombrado prefecto de Música Sagrada.

Junto a esta faceta está la del gran periodista, de pluma ágil y amena. Durante unos años, en Madrid, forma parte de la Redacción de «El Debate» y de «Acción Española». En Madrid le coge la fecha del 18 de julio de 1936. Se

le persigue, se le busca. José Artero es sacerdote y, por añadidura, periodista de dos periódicos señaladamente antigubernamentales. Pero al padre Artero no se le encuentra. Con una chaqueta raída, pantalón en desuso y unas gafas de sol, el canónigo de Salamanca se hace el ciego y toca un violín viejo en las esquinas de muchas calles madrileñas.

Rector magnífico de la Universidad Pontificia salmantina el año cuarenta y uno, hoy el padre don José Artero es catedrático de Teología y Misionología en la misma Universidad, gran impulsor de la renovación española de música sagrada y figura indiscutible en este Congreso.

LA VENERABLE BARBA DE LOS PADRES CAPUCHINOS

A Medinaceli han acudido representantes de todas las escolanías y «scholae cantorum» de España. Montserrat, Aránzazu, Santa Fe, las siete escolanías de Jerez de la Frontera, «Los niños cantores del colegio de Caspe», de Barcelona; «Los niños del Espino», de Burgos; la escolanía de Lluch, de Mallorca; los tiples de Vitoria.

En Onteniente, un pueblo de Alicante tienen los padres franciscanos uno de los más famosos coros de España. Su director, el padre Pérez Jorge, es uno de los ponentes y de la Junta técnica del Congreso.

El padre Vicente Pérez Gorge es un franciscano sin barbas, con acento marcadamente levantino. Tiene cuarenta y siete años. Nació en Liria, de la provincia de Valencia, y, joven aún, comienza sus estudios en Benisa, en el colegio seráfico de los hijos de San Francisco. Veinticuatro años hace que este padre franciscano vive entregado a la dirección de los coros de Onteniente y Aránzazu. Cuando el padre Vicente habla de música, tiene siempre un recuerdo afectuoso para sus dos grandes maestros: Angel Mingoite y Andrés Isasi.

Su primera obra, «La Misa de Corpus Christi», le daba a conocer como uno de los mejores compositores de este tiempo.

La Sinfónica de Valencia estrena poco después su gran «Poema sinfónico». En Madrid, en la Real Basílica de San Francisco el Grande, se canta más tarde la misa que había de consagrar al padre Vicente como un compositor clásico, la misa «Mater Purísima».

En el santuario de Aránzazu, donde existe una de las mayores escolanías de España, se va a estrenar otra de las muchas composiciones del franciscano. La dirige el mismo compositor. Los cantores esperan la señal de dirección. Un profundo silencio. Empiezan los primeros acordes del órgano. El padre Vicente busca el diapason para dar la nota de entrada. Los chicos de la escolanía

apenas pueden resistir la risa. Aquello no sonaba. En lugar del diapason, el padre, distraídamente, había cogido la boquilla de cigarros y soplabla por ella.

El V Congreso de Música Sagrada no lo forman sólo los sacerdotes y religiosos. Hay también muchos seglares que han tomado parte en las discusiones y ponencias. Entre ellos está don José Ortega Gómez, director de la escolanía del colegio de San José que tienen los padres jesuitas en Valladolid.

«Una de las bases principales de toda escolanía —dice don José Ortega— es la formación de las voces de los niños. Hay que dar suma importancia al estudio de la vocalización. Compositores de fama mundial, como Palestrina, o cantantes de primera fila, como Caruso o Marcos Redondo, salieron de estos coros infantiles.

José Ortega es hoy un indiscutible maestro de canto y uno de los pocos baritonos con falsete de soprano. Un día, en casa de unos amigos, interpreta solo el dúo de «La Dolorosa» entre Rafael y Dolores. Al entrar otros amigos que, desde la puerta, escuchaban la voz alta y aguda de la mujer y el tono bajo y pausado del hombre, al no ver ninguna mujer en la reunión preguntaban:

—¿Dónde está Dolores?

Monseñor García Lahiguera, obispo auxiliar de Madrid-Alcalá, concede la palabra al padre José Antonio de San Sebastián. Habla sobre el canto popular religioso.

El padre José Antonio, capuchino, cincuenta y seis años y una barba negra recortada, donde asoman ya muchas canas, es un vasco enamorado de sus tierras del Norte, que firma sus innumerables composiciones con el seudónimo de «Donostia». Padre Donostia.

En Baztán, el valle más pintoresco de la alta Navarra, a cincuenta kilómetros de Biarritz, está el viejo colegio capuchino de Lecaroz, fundado allá en los últimos años del siglo pasado por el padre Llevaneras, hermano del cardenal Vives.

En Lecaroz, a los diez años, ingresa José Antonio de San Sebastián para profesar como religioso unos años después. Desde joven, en los primeros años de colegial forma parte del gran coro de Lecaroz. Durante dos años recibe las sabias lecciones de su primer maestro: Ismael Echezarra. A los diecinueve años, el joven novicio compone su primera obra. Un cuarteto de tipo clásico que su maestro alaba sin ponderación. A pesar del éxito, el capuchino no quiere publicar su cuarteto. Su primera publicación será otra. Una obra que le hará traspasar las fronteras y ganar la admiración de los más famosos compositores de París y de Roma: «Cuatro cuadernos de preludios para piano».

En París pasa el padre José Antonio largas temporadas. Se

SEIS CANCIONES DE RAFAEL MONTESINOS

(Canción de las palmeras, Canción de abril, Cielo de la Esperanza, Llegó el momento, Infinito y amor y Canción inacabada)

En el número 34 de

POESÍA ESPAÑOLA

pone en contacto con las compañías de teatro que dirige Henry Ghéon y, con la colaboración de este insigne maestro, compone y da la música a una obra teatral en cinco actos que recorre toda Francia: «La vida profunda de San Francisco de Asís».

Al frente del coro de Lecaroz sigue el padre su vida, dado de lleno a la dirección y a la creación de nuevas obras, que le ponen a la altura de los compositores más consagrados. Sus creaciones se inspiran por ahora en los episodios grandiosos de la vida del santo fundador. De vuelta a París, y otra vez en compañía con Ghéon, estrena, con orquesta y coro, «La Navidad de Greccio», de ambiente franciscano. En París al capuchino se le suele ver acompañado de los grandes maestros de la música. Sobre todo, hay uno con quien ha trabado una amistad profunda. Es el autor de «Dafnis y Cloe», de «La hora española», del «bolero», que hoy conocen hasta los más profanos en la música. Ravel es el mejor amigo del capuchino de San Sebastián.

—Ravel era todo simpatía, ingenuidad. Tenía un corazón tan grande como su inspiración poética y musical. Muchos veranos solía pasarlos en un pueblecito de la frontera francesa, en la raya de España, cerca de Lecaroz. Hasta aprendió algunas palabras vascas, que luego gustaba de soltarlas en la conversación. El y Debussy han sido, sin duda, los que más han influido en mi música.

En el colegio de Lecaroz, en los días de fiesta, la escolanía canta un divertido juguete cómico del padre Donostia. Se llama «La venerable barba de los padres capuchinos».

LA ESCOLANIA QUE CANTA MAS ALTO

Los prelados que se sentaron en la mesa presidencial del Congreso han intervenido en el estudio y discusión de todas las ponencias. El trabajo en común ha sido nota esencial de estas Comisiones.

Monseñor Higinio Anglés, presidente del Instituto Pontificio de Música Sagrada de Roma y del Instituto Español de Musicología, ha prestado al Congreso su más eficaz colaboración, tomando parte activa en la Asamblea. Su conferencia sobre el significado de la polifonía sagrada y del canto figurado moderno para la liturgia católica marcaba las sabias directrices para un sentido profundo en la renovación de la música como parte integrante en el ambiente litúrgico de la Iglesia.

Monseñor Anglés, catalán, nacido en Maspujols, un pueblo de Tarragona, es hoy una autoridad indiscutible en todo cuanto se refiere a música sagrada. Sus estudios en Institutos y Universidades de Alemania, Francia e Italia y su ingente obra como publicista le acreditan de un bien ganado prestigio en España y en el extranjero.

No hace mucho tiempo, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas daba a conocer su último trabajo: «Las cantigas



El Ayuntamiento de Madrid ofreció una recepción a los congresistas de música sagrada

Santa María, de Alfonso X el Sabio». Es una fiel transcripción y estudio crítico, donde el autor demuestra cómo España, en aquellos tiempos lejanos, conocía los secretos de la anotación musical más adelantada de Europa.

—¿Cuál es, monseñor, la característica más acusada de este Congreso?

—Sin duda, el entusiasmo de todos los congresistas y la buena voluntad y apoyo que a él le ha prestado todo el Episcopado español. Yo estoy seguro que este entusiasmo y buena voluntad serán premiados con una eficiencia práctica que redunde en provecho del culto de nuestras iglesias.

Muchos de los congresistas han sido discípulos de monseñor Anglés en el Instituto Pontificio de Roma.

El padre Cipriano Cháverri, redentorista, acaba de cursar con él sus estudios de música sagrada. Hoy dirige la escolanía de Santafé, un pueblo de Granada.

En Santafé tienen los padres redentoristas un Seminario, donde el padre Cipriano, un joven sacerdote que apenas ha cumplido sus veintisiete años, es prefecto de Música.

Durante los meses de verano, los colegiales de Santafé pasan las vacaciones en una finca de retiro que los padres redentoristas poseen en el pico más alto de Sierra Nevada. En el pico de La Veleta. Aquí, la escolanía, más aliviada de las tareas escolares, pasa gran parte del día entre cantos y ensayos. Por esto, el padre Cipriano Cháverri dice que su coro es el que más alto canta en España.

LOS BENEDICTINOS DE SILOS

Junto a los directores de capilla,

lla, compositores y cantores de todas las catedrales españolas hay aquí, en el Congreso, un grupo de famosos investigadores en el extenso campo de la musicología española. Entre ellos, el padre benedictino Germán Prado.

Los primeros pasos en la música los da el benedictino en Barbadillo del Pez, de Burgos. Cuando tiene trece años, el cura párroco de Barbadillo lo lleva al monasterio de Silos. Germán tiene buena voz y pasa al coro del convento.

Las revistas españolas de musicología, como la «Música Sacrohispana», comienzan a conocer la firma del joven benedictino.

Hoy, entre múltiples trabajos, el padre Germán Prado es maestro de coro en el convento de Montserrat, de Madrid.

Cuando al benedictino se le pregunta qué le ha dado la música, dice:

—La música me ha dado la satisfacción de mis ilusiones, viajes por el extranjero y... una boina. Cuando, siendo niño, en mi pueblo, canté en una festividad organizada por el Ayuntamiento, el alcalde, como premio, me regaló una boina, que he conservado muchos años.

UNA VISITA INESPERADA

De la catedral de Málaga llegan al Congreso su antiguo maestro de capilla, don Domín-

Franciscanos y capuchinos que asistieron al Congreso conversan con nuestro compañero de Redacción



go López Salazar y don Juan Ortega.

Durante treinta y cuatro años ha dirigido el padre López Salazar la «Schola Cantorum» de la catedral. La inspiración musical del maestro de capilla se ha plasmado en obras que hoy son clásicas. Su «Pasión según San Mateo y San Juan y, sobre todo, su «Vere languore», compuesta hace más de treinta años, se repiten hoy, como muestras de un estilo original dentro de una perfecta línea clásica.

El padre Ortega es un antequerano, que lleva treinta y seis años cantando. El tiene cuarenta y cuatro. Cuando aun no cumplía los ocho, en Antequera hace de protagonista en unas zarzuelas acomodadas para niños. Todavía el padre Ortega recuerda la música y la letra de aquellos cantos en «La noche de Reyes», en «El santo de la Isidra», o en «La «corría» de toros».

Cuando, a los nueve años, hace su ingreso en el Seminario, Orteguita, como le llaman sus compañeros, es el primer tiple de la «Schola». Por este tiempo, allá por el año veintiséis, la Reina Madre visita el nuevo Seminario de Málaga. Hay una solemne función religiosa. La «Schola, Cantorum» interpreta piezas polifónicas de compositores españoles. La voz del primer tiple retumba fuerte y potente en los muros de la capilla. Al terminar, la Reina se acerca a los cantores. Se interesa por el tiple de los nueve años.

—¿Sabes música? Lee aquí.

Y el pequeño seminarista de letra las notas de una partitura.

Tiple, contralto, tenor más tarde en la catedral, hoy el padre Ortega sigue cantando, como siempre, como hace treinta y seis años.

ESCOLANIA MODELO

Las ponencias, los debates, el coloquio no suelen terminar en el gran salón del Congreso. En los pasillos, cuando llega la hora del descanso, en la misma calle de Medinaceli, los congresistas siguen, por su cuenta, en charla a nimada, las conversaciones que se debatieron en el salón de actos. En un rincón de la antesala, el padre González Barrón, maestro de capilla de la catedral de Madrid, habla con el último ponente.

El padre Barrón pertenece a la Junta ejecutiva. Es director y compositor. Su poema coral «Asís» es una verdadera joya musical. Antes de venir a Madrid dirige la capilla de Mondoñedo y Astorga.

En sus primeros años, el maestro y compositor se apega demasiado a la técnica tradicional. Un día, en el Palacio de la Música, en el año 1928, mienta a estudio en el Real Conservatorio, bajo la dirección del maestro Vega, oye la orquesta de Falla, dirigida por el autor de la «Danza de fuego». Barrón se entusiasma. Nunca había oído esta música. Desde entonces se convierte en un entusiasta de los procedimientos modernos. De la técnica nueva. Sus composiciones tendrían ya otra tendencia. El «Miserere» del maestro González Barrón es la primera

señal de su nueva concepción de la música sagrada.

El padre agustino Samuel Rubio es organista y director de la «Schola Cantorum» en el Monasterio de El Escorial. Noventa cantores, entre voces graves y blancas, componen esta «Schola». El padre Samuel es un sacerdote joven, entregado a la música que hizo sus viajes de estudio por Italia y Francia y que guarda su mejor recuerdo de Carducci, profesor de composición en Roma. Sólo hace unos meses que este padre agustino publicó su «Antología de polifonía sacra española».

Paseando con el padre Germán Prado y mientras esperan la última ponencia de la tarde, que corre a cargo de don Valentín Ruiz Aznar, maestro de ca-



El padre Otaño durante una sesión del V Congreso de Música Sagrada

pilla de la catedral de Granada, está el padre Martín Gorostidi. El padre Gorostidi, sacramento, vasco, nacido en Amézqueta, de San Sebastián, ha fundado en Madrid una escolanía modelo. En el número 3 de la calle Sáinz de Baranda hay ensayos todos los días. Más de un millar de niños han pasado por esta casa. La escolanía del padre Gorostidi actúa en todas las iglesias de Madrid.

Es una escolanía modelo la del padre Gorostidi.

UNA FIGURA DEL CONGRESO: EL PADRE OTAÑO

Con sus setenta y cinco años y algunos achaques de la edad, el padre Nemesio Otaño ha hecho un esfuerzo gigantesco por hacer acto de presencia en el Congreso. Un bastón y un hermano lego le han acompañado.

El padre Nemesio es ya conocido como músico, cuando entra en la Compañía de Jesús. Al terminar sus estudios sacerdotales, sus superiores le envían a Valladolid, como profesor de Geografía en el colegio de San José. Aquí el joven jesuita conoce

a Vicente Goicoechea, maestro de capilla y compositor ya de primera fila en el mundo musical moderno. Con Goicoechea forman tertulia otros compositores, Vicente Arregui, Facundo Lavíña y Jacinto Manzanares.

Cuando en 1903 San Pío X publica su «Motu proprio», el cardenal Cos, arzobispo de Valladolid, concibe el primer Congreso Nacional de Música Sacra y encarga su organización a la experiencia de Goicoechea y a la juvenil actividad del padre Otaño. En este Congreso comienza el moderno resurgir de España en la música sagrada. Aparece la revista «Música sacrohispana» y Otaño agrupa en torno a ella a todo lo que significa algo en este arte litúrgico. Hombrs modestos y desconocidos, como Urteaga y Martín Rodríguez, se colocan en primera fila. Como homenaje a Pío X, el padre jesuita quiere publicar una antología de órgano español. Un año más tarde la antología causa sensación en toda Europa.

El padre Otaño descubre los mejores talentos musicales de su época. Un joven religioso vasco, Luis Iruarrizaga, envía al azar, al director de la revista, unas sencillas antfonas de órgano. Se entusiasma el padre Nemesio ante aquellas cuartillas y aconseja a los superiores de Iruarrizaga que le dejen dedicarse a la música. Pronto el joven religioso se convierte en una figura internacional.

Una de las fases más interesante y fecunda del padre Otaño en su magisterio en la Universidad Pontificia de Comillas. No sólo el nivel musical, hasta el humano, el humanismo es elevado de modo sorprendente por la actividad incansable del jesuita, cuando nada de esto se sabía en el ambiente eclesástico de España. La «Schola Cantorum» de Comillas, sus programas, sus solemnidades religiosas y académicas anticipan un esplendor del que van participando los demás institucionales hoy tan florecientes.

El padre Nemesio Otaño es un compositor fecundísimo. Muchas de sus creaciones populares, inspiradas en el folklore español, se cantan hoy como anónimas en España y en América. Sus grandes obras de polifonía a lo clásico y a lo moderno le dan gran resonancia en todo el ambiente musical del mundo.

Entre otras actividades del gran maestro y compositor en estos últimos tiempos, es la dirección del Real Conservatorio Nacional de Música.

Hoy, el padre jesuita Nemesio Otaño, un poco cansado de su inmensa y agotadora labor, se ha retirado al colegio de San Ignacio, en el barrio de Ategorrieta de San Sebastián.

El padre Otaño tiene toda la ciencia del sabio, pero también toda su verdadera ingenuidad. Hace ocho años, el pueblo de Azcoitia, su pueblo natal, rinde un caluroso homenaje al hijo predilecto. Al final, como siempre, hay unos discursos y el padre tiene que hablar.

—Estoy muy contento. Muy satisfecho. Hijos míos. Hasta otro homenaje».

Ernesto SALCEDO

SORPRESA EN EL QUAI D'ORSAY

UN ARISTOCRATA FRANCÉS AL SERVICIO DE LA U. R. S. S.

ASTIER DE LA VIGERIE, EL "BARON ROJO", ESTA DE MODA EN PARIS



Astier de la Vigerie aparece en esta fotografía en el momento de iniciar su declaración ante el juez



MONSIEUR Astier de la Vigerie se alza con gesto indolente de su sillón. Los ojos de todos los miembros de la Asamblea Nacional quedan fijos en él. Se discute en esta ocasión sobre la C. D. E. y el debate está en su momento cumbre. Y cuando este personaje se alza, todos los asistentes se preguntan qué nuevo cariz tomará el asunto. No en vano los discursos de Astier de la Vigerie están siempre provistos de una pequeña carga de dinamita y de su correspondiente bolsita de hiel.

El cabecilla del partido comunista francés, el «barón rojo», como se le viene llamando, empieza a hablar. Su intervención parlamentaria carece de brillantez de forma:

«Hoy el embajador de Francia en Gran Bretaña, quien por lo menos debe de estar al corriente del estado de las negociaciones y de las posturas británicas, duda...»

Quando llega a este punto no hay muchos miembros que sigan exactamente las palabras del líder comunista, y los que lo hacen no tienen noticia de la gravedad que implica el conocimiento de las frases que De la Vigerie cita a continuación.

El discurso, como todos los discursos pronunciados ante la

Asamblea, es publicado en el «Diario Oficial». Siguiendo la costumbre establecida, M. De la Vigerie corrige sus propias pruebas de imprenta, y al llegar al texto citado en su discurso, pone comillas. El resultado es literalmente como sigue:

«... duda *«que haya más apariencia que realidad»* y también *«que se abriga la esperanza falsa de procurar a los parlamentarios un argumento de plaidoirien»*.

Puestas las comillas, Astier de la Vigerie, descansa. Claro que las palabras, las frases, el hecho en sí, pensarán ustedes, es perfectamente inocente. Cualquiera puede citar el pensamiento de un embajador francés en un discurso parlamentario. Cualquiera puede poner comillas a las frases citadas para que no quede lugar a dudas sobre lo acotado. Ciertísimo.

Lo malo es que el texto citado por Astier de la Vigerie correspondía «exactamente» al del telegrama que el embajador francés acababa de expedir al Quai d'Orsay. Y este telegrama... era «secret».

ENTRE LAS PUNTAS DE UN PANUELO DE BOLSILLO

La sesión parlamentaria de la que acabamos de hablar, se ce-

lebró el 24 de noviembre de 1953. El «Diario Oficial» que publicó el discurso de Astier tiene fecha 25 del mismo mes y año. Desde entonces acá la prueba fehaciente de que los secretos más secretos existentes en el Quai d'Orsay, estaban en poder del partido comunista, ha estado durmiendo un sueño, que dudamos se pareciera al de los justos.

De verdad que es ridículo, y que de puro absurdo es risible, el hecho de que en un país que se dice organizado, los secretos de Estado no sólo puedan estar de tal forma al alcance de un partido satélite de otra nación, sino que la evidencia de que lo están sea publicada en el «Diario Oficial» de la nación, sin que un par de ojos no abúlicos, se dé cuenta de ello... hasta un año más tarde.

Porque ha sido ahora, al año, de semejante intervención de Astier de la Vigerie, cuando a un juez militar se le ha entregado este ejemplar del boletín, y allá en la página 5474, en la segunda columna, el hombre ha debido restregarse los ojos, como si lo que estuviera viendo no quisiese que fuese cierto.

Todo un año ha estado el famoso «barón rojo»—y su partido con él—gozando de completa tranquilidad para sus más o me-

nos confesables maquinaciones. Con la prueba de su traición saliendo por entre las puntas del elegante pañuelo de bolsillo, el aristócrata comunista, personaje de ocasión, se ha estado paseando y contoneando por delante de las narices de una serie de Gobiernos miopes, sordos o atacados de males peores para la vida de una nación como Francia.

A TRAVÉS DE UN MONÓCULO

El comandante Resseguier, juez militar que instruye la causa de las diversas «fugas» habidas en el seno del Gobierno francés, tiene mucho trabajo. A medida que progresa en sus investigaciones, las sorpresas aumentan en número y calidad. Por eso ya ni siquiera se sentiría sorprendido por la evidencia de que en el Ministerio de Asuntos Extranjeros hay «escuchas» del partido comunista, si no fuese porque la extraña figura de Astier de la Vigerie se halla de lleno complicada en el proceso.

La imprudencia—o la osadía—cometida por el «barón rojo» en su famosa intervención parlamentaria, hacen de él en la actualidad el centro geométrico al que van a parar todos los hilos del espionaje comunista. Y Astier de la Vigerie no es personaje para despreciar.

Pertenece a la más elegante aristocracia. En su aspecto o en sus maneras nadie distinguiría a un jefe del proletariado francés. Claro, que él a sí mismo, y aun en todas las intervenciones oficiales, se llama—paliando la cosa—«líder progresista». Y esto le permite vivir como le dé la gana y llevar el tren de vida que se le antoje. Un líder progresista, es un líder progresista. Y puede tener coche, frecuentar los más refinados círculos y dirigirse a la plebe, mirándola a través de un monóculo, si ustedes quieren. Además, la palabra «progresista» permite al portador—hablando en términos más o menos bancarios—inclinarse del lado comunista hasta dar con la frente en tierra. Y le permite, además, en este caso, organizar una red de espionaje que es sin duda alguna por su gravedad y alcance, la más importante de las organizadas desde la guerra para acá.

Que el Gobierno, o los sucesivos Gobiernos, no se hayan dado cuenta de que asentaban sus reales en el centro mismo de la inmensa tela de araña tejida por Astier de la Vigerie, no es asunto que ataña al «barón». Allá

ellos. Allá Francia si el estado lamentable en el que se hallan los Poderes públicos no le permiten darse cuenta de la gravedad de su situación.

«MAL DE TODOS... CONSUELO DE NADIE»

El camino por el que se ha llegado a conocer con toda evidencia quiénes eran los hombres que en el Quai d'Orsay trabajaban como espías comunistas, ha sido largo y nada fácil. No es que ahora esté todo aclarado, no. Para ser francos, hasta el mismo juez reconoce hallarse lejos del final. La madeja estaba demasiado embrollada para ser devanada tan fácilmente. Pero, de momento, han salido a la luz una serie de pruebas y de nombres. Y sobre todo el nombre de Astier de la Vigerie está ya complicado en el proceso, y esto quiere decir algo tratándose de tan escurridizo personaje.

Desde que en el pasado mes de septiembre fueron descubiertas una serie de «fugas», en el seno del Consejo de Defensa Nacional, todo el mundo suponía que en el Quai d'Orsay ocurría tres cuartas de lo mismo. Y aun se sospechaba esta contingencia desde mucho antes. Pero la «ocasión»—¿qué «ocasión» sería ésta, Señor?—aun no se había presentado. Gracias al celo del comisario Dides se descubrieron las «fugas» en el Consejo de la Defensa Nacional. Gracias a la investigación que siguió a todo el escándalo se logró capturar al autor, un periodista llamado Baranès.

Son ahora los abogados de este tal Baranès, quienes han esgrimido ante el juez las pruebas de que en el Quai d'Orsay también se producen «fugas».

—¡Que no se castigue al inocente!—hubiéramos querido decir exclamar a estos señores, ante el juez.

Pero, no. Lo que parece que han ido a proclamar ante el comandante Resseguier, es que en el país, el que más y el que menos es espía comunista.

—Aquí tiene usted, señor juez. Aquí están las copias de dos boletines facilitados por nuestro cliente al señor Dides, con fecha de 30 de junio y 24 de agosto de 1953. En ellos queda bien claro que en el Quai d'Orsay también hay espías.

Y en vista de que sí, de que queda bien claro en estos boletines que en el Quai d'Orsay hay otros traidores, los abogados han debido descansar satisfe-

chos. Su táctica, por lo visto, no es demostrar—¿cómo hacerlo?—que el señor Baranès es inocente, sino demostrar que la mayoría de los funcionarios del país están a sueldo de Moscú. Una vez que lleguen a demostrar que la regla general en el país la constituye el ser espía comunista, estos señores abogados estarán seguros de haber salvado a su cliente.

ZAPATETAS EN EL AIRE

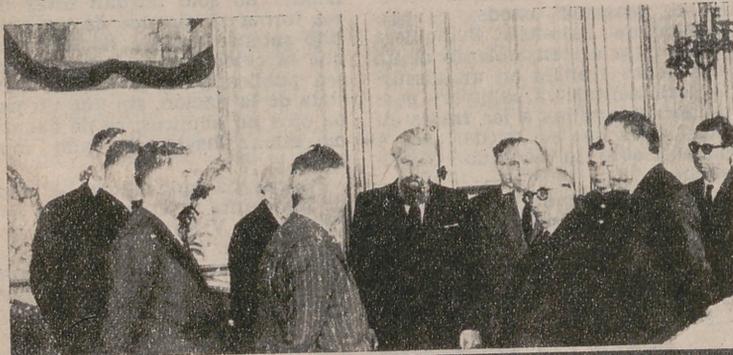
El contenido de los boletines entregados al comandante Resseguier es por demás interesante. En ellos se recogen con todo detalle reuniones celebradas por el Comité comunista de junio a agosto de 1953, y uno de sus cabeceillas, François Billoux, se refiere a problemas de política extranjera con una soltura y una seguridad que hacen pensar que está bien al corriente de los más «secretos» documentos e informes, guardados en «cifra» en el Quai d'Orsay.

Hablando sobre todo de los acontecimientos en Berlín-Este en la época dicha, François Billoux declara que el embajador François Poncet reconoce, «en los informes que envía al Quai d'Orsay», que la represión está limitada al mínimum, y que, además, el embajador, «en otro informe al Quai d'Orsay», insiste en el lado positivo que tiene para los soviéticos los acontecimientos de Berlín-Este: Reconoce que en Alemania occidental la opinión estima que las cosas no pueden seguir así. La idea de discutir con los soviets está tomando cuerpo, y los socialistas alemanes han tenido en esta cuestión un éxito difícil de igualar: François Billoux cree que la U. R. S. S. llevará estas concesiones para favorecer a Alemania hasta el último extremo.

En el mismo «Boletín», y siempre tratando de política exterior, Billoux indica que «según el Quai d'Orsay», el general Naguib, desde la proclamación de la República en Egipto, hizo saber a los soviets que tenía la intención de seguir una política de cordialidad. A la vez que declara que es preciso acoger esas demostraciones de simpatía con la más profunda reserva, el líder comunista afirma «que en el Quai d'Orsay (¡otra vez!) se señala que la proclamación de la República egipcia ha sido acogida con frialdad en varios países árabes, sobre todo en Irak, donde se ironiza sobre las pretensiones de Naguib.

Por último, el mismo Billoux presenta ante el comité comunista «un informe del embajador Joxe» sobre la Unión Soviética. Según Billoux, el embajador francés ha señalado que desde hace algún tiempo la Prensa de Moscú se interesa sobre todo en la elevación de la vida de masas, a la vida mejor para todos, etc., etc. Pero Joxe revela un malestar en los medios agrícolas y que a lo que se está asistiendo es a la «preparación» del lector de Prensa soviética y a «meditaciones» sobre un bienestar material más tangible, más bien que a satisfacciones bastante alejadas de la realidad.

Todos estos detalles y alusiones que Billoux da en su discurso son más que decisivos para con-



Una delegación de jefes comunistas franceses, entre ellos Duclos, en la Embajada rusa de París

vencer al más ingenuo de que los comunistas hacen en el Quai d'Orsay algo más que entrar y salir.

—¡Estamos en el Quai d'Orsay igual o mejor que en nuestros propios despachos!—están gritando los contenidos de estos boletines a la gubernamental encrme oreja de cartón.

Y el «enfant terrible», el comunismo francés, se siente suficientemente alegre y consentido como para pegar dos ideales zapatetas en el aire, ante las barbas de su achacoso abuelito, «M. le Gouvernement».

UN PASTEL SOBRE LA MESA

El comandante Resseguier entra de nuevo en acción. Esta vez recorre metafórica y literalmente los pasillos del Quai d'Orsay. Los hilos de todas las sospechas y evidencias dejan bien claro que el ovillo está en el bolsillo del barón Astier de la Vigerie. Pero de vez en cuando dicho juez también se encuentra nudos y trampas de importancia que requieren su atención durante un cierto tiempo. Uno de estos «nudos» se llama monsieur Brunet.

Hace mucho tiempo que en el Quai d'Orsay se sabe que M. Brunet es un «progresista» con todas sus consecuencias y que sus simpatías hacia los soviéticos son evidentes. Pero M. Brunet sale y entra del edificio sin que nadie le moleste, asiste a sus reuniones progresistas y mantiene una estrecha y afectísima relación con Astier de la Vigerie. Si un día se observa una pequeña irregularidad en el servicio que dirige «África-Levante», una sección de carácter extraordinariamente delicada—no se le llama la atención, sino que se le propinan cariñosos golpecitos morales. Y el funcionario sigue adelante en sus funciones, a veces misiones de importancia en el extranjero. Va y viene, trae y lleva. Claro que hoy en día el comandante Resseguier ha llegado a la conclusión de que lo que M. Brunet trae y lleva, lleva y trae, son secretos de Estado. Y que adonde los lleva es a la sede del partido comunista francés. Y M. de Brunet ha quedado a disposición del juez instructor para ser interrogado. Ante la mesa del comandante aparece el asustado Brunet.

—¿Es usted funcionario del servicio Africa-Levante?

—Sí, señor juez.

—Se le acusa de facilitar informes secretos al partido comunista. ¿Qué dice usted a esto?

—Sería de verdad magnífico que M. Brunet o sus abogados protestasen ante lo injusto del procedimiento.

—Ponen ustedes la golosina exquisita ante los ojos del glotón, le dejan solo y cierran la puerta... Y aun pretenden ustedes que el pastel se conserve intacto sobre la mesa?

PREGUNTAS SIN RESPUESTAS

Todo llega en este mundo. Y el momento en el cual A. de la Vigerie se ha de presentar ante el juez llega también. El juez militar está seguro del papel que en el asunto desempeña el «barón», y ante el cariz que toman los acontecimientos decide meter las narices en el asunto y celebrar una pequeña conversación con



François Billoux, diputado comunista, complicado en el «affaire» del «Barón rojo»



Comandante Besseguier, juez que instruye la causa de las «fugas» en el Gobierno

A. de la Vigerie. Hay cosas por las que el juez siente una curiosidad irreprimible. Cosas sobre todo en torno al famoso telegrama «secreto» que De la Vigerie se permitió citar desvergonzadamente en público.

—¿Cómo sabía usted la «existencia» de este telegrama?

—¿Cómo consiguió procurarse su texto literal?

Como era de esperar, Astier de la Vigerie abre los ojos desmesuradamente ante tales preguntas. Su aire no puede ser más cándido, sus protestas no pueden tener un tono más patético. Con aire de absoluta inocencia asegura al «señor juez» que todo lo que él sabía, en aquel momento se reducía a los rumores que corrían por los pasillos de la Cámara, y... «nada» más. Con un movimiento de resignación humilde ante la injusticia que con él se comete, el líder «progresista» cierra sus afirmaciones. Pero el juez no termina sus preguntas.

—Entonces, si todo lo que usted sabía se reducía a rumores que circulaban por la Cámara sobre tal telegrama, ¿es posible saber por qué puso usted el texto entre comillas al corregir las pruebas de imprenta?

Un nuevo movimiento de resignación por parte del «progresista» y un descorazonado balanceo de cabeza. Pero el personaje no contesta a las preguntas que el juez formula. Probablemente la pregunta no tiene más que una respuesta demasiado evidente.

LOS CALCULOS DE «MONSIEUR DUPONT»

Pero si nuestro personaje no ha querido aclararle sus dudas al juez en el momento en que éste quiso que se solucionasen unos cuantos jeroglíficos, en cambio sí

pretende dar explicaciones a través de la Prensa. Naturalmente, sólo «L'Aurore» y «L'Humanité» dan crédito y apoyan unas explicaciones, capaces tan sólo de embrollar aún más las cosas. Sólo alguien de una buena fe, rayana en la más absoluta imbecilidad, podría creer dichas problemáticas razones. Y por lo visto los únicos que «creen» oficialmente las razones de De la Vigerie son los comunistas. A «M. Dupont», al pacífico y panzudo «monsieur Dupont» no hay quien le convenza de que Astier de la Vigerie no tenía un estupendo servicio de espionaje en el Quai d'Orsay.

De muchas cosas más está también convencido monsieur Dupont. En primer lugar, de que sólo el Gobierno es responsable de la defachatez de Astier de la Vigerie, puesto que si conocía hace tiempo por los boletines que Baranès facilitó a Dides, y éste a su vez transmitió a sus superiores, las «fugas» que venían ocurriendo en el Quai d'Orsay, y no las pudo—o no las quiso—evitar a tiempo, nadie sino él es el responsable de cuanto está ocurriendo. En segundo lugar, monsieur Dupont empieza a echar sus cuentas: tiene mucha familia y la vida está difícil. Por otra parte, el oficio de espía parece que está bien y es bastante lucrativo. Incluso el Gobierno da toda clase de facilidades. ¿No estaría bien...? Monsieur Dupont sonríe. Sonríe ante la juguetona idea que se le viene a la cabeza: cualquier día el letrado que hoy campea en el Quai d'Orsay, como sigan las cosas así, va a ser sustituido por otro. Otro de sugestivo colorido. Y rezaría: «Escuela para espías. Enseñanza garantizada».

María-Jesús ECHEVARRIA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

SORPRESA EN EL QUAI D'ORSAY

**UN ARISTOCRATA
FRANCES AL
SERVICIO DE
LA U. R. S. S.**



El «barón rojo», que ha saltado del anonimato a las primeras planas de la Prensa de todo el mundo, tuvo que responder ante el juez de sus servicios prestados a Moscú



El «líder progresista», como se autodenomina él mismo Astier de la Vigerie, en un mitin celebrado en el Veldromo de Invierno de París

ASTIER DE LA VIGERIE, EL "BARON ROJO", ESTA DE MODA EN PARÍS
Un nuevo escándalo de espionaje en Francia.-Vea este interesante informe en la pág.